



CONCURSO
"HUCHA DE ORO"

A charcoal-style illustration of a child with a backpack standing in a schoolyard. The child is seen from behind, wearing a light-colored t-shirt and dark shorts. The backpack is brown with yellow accents. In the background, there is a school building with several windows and a few bare trees. The overall tone is muted and artistic.

EL NUEVO Y OTROS CUENTOS



FUNCAS



XXXVII
CONCURSO
"HUCHA DE ORO"



EL PUENO
Y OTROS SUEÑOS



FUNCAS



Primera edición: 2012

©Fundación de las Cajas de Ahorros (FUNCAS)

©Edita Fundación de las Cajas de Ahorros (FUNCAS)

Caballero de Gracia, 28

Tel.:91 5965718

28013 Madrid

Maquetación: Fundación de las Cajas de Ahorros (FUNCAS)

Cubierta e Impresión: Advantia

ISBN: **978-84-89116-93-1**

Déposito Legal: M-24797-2012

L

a Fundación de las Cajas de Ahorros (FUN-
CAS), publica, los relatos ganadores y fina-
listas del Concurso de Cuentos “Hucha de
Oro”, en este caso en su XXXVII edición.

El Jurado calificador del concurso estuvo presidido por Luis Mateo Díez, y formaron parte de él como vocales José María Merino, Luis Landero, Carmen Posadas, y Carmen Valcárcel Rivera.



XXXVII
CONCURSO
“HUCHA DE ORO”



EL PUEVO

Gonzalo Calcedo Juanes

PRIMER PREMIO

XXXVII CONCURSO "HUCHA DE ORO"





“...y desde allí, como si se hubiera olvidado de algo, se volvió a mirar al estéril azul evanescente y contempló al chiquillo que había dejado atrás.”

Truman Capote

A Cosimo le despertó la impaciencia. Su primer día de colegio. Iba a ser el nuevo otra vez, pero no le importaba. Es más, le excitaba aquel distingo, el sentirse exclusivo. A sus doce años y nueve meses, con un padre diplomático, acaparaba una experiencia desmedida: *colleges* en Londres, *lycées* en París, internados en Roma, Berna, Ankara... Sacaba buenas notas (excepto en gimnasia), era educado, casi severo para su edad. Hablaba cuatro idiomas, escribía correctamente tres. Quienes le rodeaban estaban orgullosos de su temple. Sencillamente, nunca había decepcionado a nadie.

Abrió los ojos sin atisbo de legañas, como si cobrara vida la estatua de un ángel. Observó con rigor científico los haces de luz que atravesaban el dormitorio. Aún no se había encariñado con aquella pieza de la casa recién alquilada: le desagradaba el tono azulado de los tabiques, la greca de flores

a media altura, como si renegase del mundo infantil representado por la mezcolanza de juguetes: toscos aviones de madera, cosecha de sus seis años, acechando a una laboriosa reproducción del Bismarck; la colección a escala de Ferraris rojos en hilera, formando una serpiente luciferina; el trenecillo del Far West huérfano de paisaje, el microscopio de plástico barato, la brújula de marcaciones y sus temblorosas fosforescencias... La casa entera le resultaba ajena a pesar de que las voces que escuchaba a diario eran las de sus padres, la de Rosita, la mujer que le cuidaba y cocinaba, la de su hermana Helena cacareando sus lunáticos amoríos al teléfono. Tenían dinero, tesoros. Eran una familia rica y eso le señalaba en su trasiego por tantos colegios. El dinero, reflexionaba a menudo su padre en voz alta, a la postre resultaba importante.

Se sentó en el borde del colchón y plantó sus pies sobre el colorido rosetón de la alfombra. No le gustaba; la anterior, que representaba un parchís gigantesco, había desaparecido durante el último traslado. Esta era grave y mullida, equivocada, como de salón. Ni siquiera tenía el toque exótico de la alfombra del despacho paterno, así que la pisó ufano, como humillándola. Fue hasta la ventana, anticuada y alta. Puesto de puntillas entrevió la calmada avenida. Aguardó a que pasase un coche. Ya aburrido, se enfrentó a sus bienes terrenales. Apenas había jugado la víspera, por lo que había pocas cosas fuera de los estantes. Era ordenado, pulcro. Se sintió vagamente atraído por los Ferraris de la vitrina. Plantó sus manos en el cristal, movió la derecha en dirección al tirador. Como siempre, estaba cerrada con llave. La colección, para qué negarlo, pertenecía más a su padre que a él. Retrocedió, cogió el bloque de goma de una construcción y lo esgrimió amenazadoramente. No era un ladrillo de verdad, pero rompería aquel cristal. Tras unos instantes de turba-

ción, lo dejó caer sobre la alfombra. Apenas se escuchó un blando retumbo. La decepción atirantaba su pequeño rostro. Continuamente llegaban nuevos Ferraris a la vitrina, pero nunca le permitían jugar con ellos. Limpió con la manga la calcomanía que habían dejado las yemas de sus dedos en el cristal y se desentendió.

Estiró los brazos como hacía su madre al sentarse ante el tocador, desperezándose coquetamente. Se movió en la refulgente maraña provocada por el sol. Luz de oriente, decía su padre en ocasiones, como sintiendo nostalgia por algún destino lejano. Abrió el ropero, tan grande que cabía en él. La ropa elegida, la más adecuada para su primer día de colegio, ya había sido seleccionada por Rosita, puesto que su madre había estado de viaje y, entre risas, presumía de vivir con otro uso horario. Descolgando la percha con la camisa y el pantaloncillo de verano, se preguntó si ella, después de todo, sentiría la misma impaciencia. Tentado estuvo de salir de estampida para abordarla en el nacarado dormitorio principal, pero la natural rigidez de su padre, últimamente muy cansado, le detuvo.

Se libró del pijama, algo sudado. La prenda cayó al suelo formando un gurrúño, como un trapo de cocina. Frente al espejo de cuerpo entero que deformaba la perspectiva del cuarto, se contó las costillas una a una con los dedos; se equivocó y volvió a empezar: cinco, seis, siete... Su rostro se contrajo asustado cuando, en la nerviosa cuenta, le salió una de menos al lado derecho. Pero no volvió a auscultarse. Tenía que desayunar de prisa y salir corriendo si quería ser de los primeros en clase. Causaba buen efecto a los profesores y te garantizaba elegir pupitre. Aún le duraba el mal recuerdo de un oscuro colegio inglés, colmado de buhardillas, al que llegó tarde. Fue

recibido por un pasillo de miradas burlonas e intentos de zancadilla: sus compañeros de clase en hilera, con el director del centro cruzado de brazos, esgrimiendo una falta de piedad educativa, según el ideario de la institución. Jamás se repetiría, murmuró para sí Cosimo. ¡Jamás!

Ya era fuerte, no sentía miedo, había aprendido esa lección y otras más.

Se calzó a traición unas deportivas demasiado usadas, que su madre no requisaría hoy: pensaba salir de casa antes que ella se despertase y le juzgara mirándole de arriba abajo durante un frágil segundo. Abrió con sigilo de ladronzuelo la puerta del cuarto. Salió y volvió a cerrarla; cualquiera que se levantase y echase un vistazo pensaría que seguía durmiendo. A derecha e izquierda, el pasillo ya no se le antojó tan exagerado como el de un hotel. La mansión alquilada parecía encoger a ojos vista. Echó a andar llevando en bandolera la cartera con los cuadernos nuevos para tomar nota de los horarios y la lista de futuros libros. Fuera del dormitorio perduraba la penumbra de la noche. Su mano se encrespó sobre el blanquecino cuadrado que enmarcaba el interruptor de la luz. Mejor no. Avanzó tanteando la pared puerta a puerta: la del dormitorio de invitados, la del baño que recordaba a unas termas romanas, la de su furibunda hermana Helena, siete años mayor, que presumía de tomar somníferos; seguía la de sus padres (ante la que contuvo un suspiro culpable), la del austero despacho, la ambarina de doble hoja que anunciaba el hueco de la escalera. Sentía al fin el amanecer coloreando la piel de sus manos. Franqueó esta última barrera y volvió a ser un niño al bajar los escalones de dos en dos, olvidando en el arrebato sus cautelas.

Ya abajo, pasó por delante del dormitorio de Rosita. La pieza, no mayor que la despensa de la casa, albergaba un diminuto retrete con un incómodo lavabo descolgado de los azulejos como una pila sagrada. Recordaba también a un manantial y a Cosimo le encantaba usarlo, pero la puerta estaba cerrada por dentro con un pasador. La buena mujer, que le había cuidado desde los dos años, temía a los secuestradores de niños ricos. Ahora roncaba dominada por sus casi cien kilos de peso. Si no perdía una veintena, había oído decir a sus padres, su corazón podría pararse. Cosimo aguzó el oído para escuchar aquella respiración. El cascarrabias despertador de su mesita sonaría en poco tiempo, alertando a la mujer. Ella ponía en funcionamiento la casa con vocación de ama de llaves.

Buscó refugio en la industrial cocina. Abrió la nevera tirando del asa con las dos manos. Era grande, pero dentro no había reses enteras colgando de ganchos, como en las cámaras frigoríficas de las carnicerías; tampoco murciélagos ateridos ni gélidos habitantes del planeta Kion. Buscó la jarra de leche, llenó un vaso y subido a un taburete abrió el armario de las galletas. Alcanzó de puntillas la caja de las de chocolate, que había empezado la víspera, durante un disimulado ensayo de todos los movimientos que hoy estaba llevando a cabo. Comió a degüello, dejando migas por todas partes. Sin censura, su estómago galopaba. Cuantas más galletas comiese mejor. Harto se sentía más tranquilo. Pero tenía que apurarse.

Cuando se consideró lleno, acabó la leche que quedaba en el vaso, recogió las migas que afeaban el mantel y se lavó las manos en el fregadero. Cerró el grifo, se secó a la bayeta en silencio. Creyó escuchar un pájaro cerca. En el cielo, las bandadas de estorninos creaban dibujos al carboncillo,

fugaces escorzos que era imposible retener con la mirada. Le tembló la barbilla igual que si reprimiese el llanto.

Escuchaba, como el canto de las sirenas, la llamada del colegio reclamándole. El miedo emitía sus señales, pero se sobrepuso. Ya era alto, incluso fuerte. No le pegarían y respondería con ironía a las bravuconadas de los más crecidos de la clase. Le abrirían paso pisándose unos a otros. Se colgó circunspecto la aventurera cartera y abandonó aquel hogar provisional por la puerta trasera, la que daba al resbaladizo patio trasero, una república gatuna que su madre ansiaba colonizar.

Salía de casa una hora antes de lo necesario, a escondidas, por eso nadie estaba despierto para decirle adiós.

Era una mañana rutilante, embaucadora, como si el verano no quisiera marcharse y se aferrara con sus cálidas manos a chimeneas, veletas y pararrayos. Pronto su seda celeste se desgarraría, pero eso aún no había sucedido. Cruzó el jardín delantero, brillantado por el rocío. Abrió la cancela y pisó los adoquines de aquella avenida pacífica y descansada, en la que todas las casas se consideraban a sí mismas mansiones. Un último vistazo a la suya le produjo un equívoco: realmente no era tan grande como sus padres creían, tal vez porque los centenarios árboles que sombreaban la acera parecían gigantes. Tal vez, sencillamente, porque iba alejándose de ella.

Llevaba un rato caminando, a buen paso, cuando un gato gimoteó desde un murete de piedra. Cosimo le dijo al minino que en su casa había comida de sobras; contrariar a su madre era un ejercicio saludable. El animal volvió a maullar. Algunos perros ladraron rencorosos: a un ladrido

se sumaba otro en la distancia. Los perros dominaban la ciudad y se avisaban entre ellos. El jolgorio de los pájaros en la ampulosa bóveda vegetal se aceleró. A Cosimo le dolió el cuello de tanto mirar hacia arriba. Giraba en círculo sobre sus talones muy despacio, mareándose embobado por aquella altura. Luego reconoció el sonido de una escoba raspando un camino de cemento. Se detuvo para mirar a través de unos barrotes. La casa era modesta, casi rural, y tenía las contraventanas verdes. El hombre, que ahora fumaba un cigarrillo, no parecía un jardinero. Vio a Cosimo y murmuró con el cigarrillo en los labios:

-Mucho madrugas.

A Cosimo las palabras le rasparon la garganta al responder; aquel hombre era el primer mortal con el que hablaba desde el día de ayer.

-Tengo que ir a clase.

-Mira que eres aplicado. Creí que todavía era tiempo de piscinas y ginebra. Uno ya no se acuerda de la época en que iba al colegio.

Cosimo no supo responder. Sus padres bebían, pero no se emborrachaban; sin el descrédito de la resaca no había nada que lamentar. Las piscinas, eso sí, le fascinaban, aunque la que tenían en casa no estaba en condiciones de uso por culpa de una grieta y era ridículamente pequeña. Para su hermana Helena, un estanque. Ni para regar flores servía.

-¿Y te gusta ir al colegio? —le preguntó el individuo como si estuviese al tanto de sus cuitas.

-Me encanta.

-Pues no te entretengas.

Retomó su tarea sin mucho entusiasmo, para añadir de inmediato:

-Ah, no te olvides decirle a tu padre que ya le devolveré la herramienta mañana.

Cosimo asintió confundido, mientras el hombre barría, de paso, el cigarrillo que había dejado caer descuidadamente.

Según se alejaba notó sudoroso el cogote. La correa de la bolsa le marcaba el hombro y se la cambiaba de lado a cada poco. Un gesto nervioso. Pronto vería los muros y verjas del colegio. Contuvo el aliento. Destacaría en matemáticas, como quería su padre. Las matemáticas eran la clave, aunque a él le encantaba la geografía, mirar mapas, aprenderse de memoria nombres de países, capitales: París, Londres, Estocolmo, Singapur... Si sacaba buenas notas le comprarían una bicicleta nueva, italiana, con un maravilloso juego de cambios. Algo tan perfecto y exacto que parecería fabricado por un relojero. Pero para eso tenían que ahorrar, recordó sonrojado.

Corrió con sus miedos y quimeras arremolinándose, danzando, encabritándose en su mente. Corrió para que ningún otro se le adelantara. Llegaría antes que los profesores, antes que...

El edificio se transformó ante sus ojos: las almenas y torreones se desmoronaron. No parecía surgido de un cuento de terror. Era un colegio funcional, discreto, con un patio un tanto miserable, al que le hacía falta

repintar las líneas que delimitaban las canchas, y un polideportivo que recordaba a un hangar de aviación. Cosimo apretó los labios. No iba a llorar, por supuesto que no.

La gran verja negra estaba ligeramente abierta: quedaba el sitio justo para que entrase un niño flaco como él. Se coló por el hueco y pisó las primeras hojas que habían perdido los árboles. Ya secas, crujieron en cadena, como caparazones prehistóricos de alguna especie de tortuga. Cosimo atravesó el jardín encogido, cual rastreador que acecha. Pero a cada paso aquella jungla iba perdiendo sus atributos. Rebasó el patio, dedicando una afligida mirada a la red que colgaba raída de su aro. Jamás acertaba a encestar, tal vez porque aún no se había desarrollado lo suficiente y sus piernas y brazos carecían de empuje. Este año tampoco lo lograría, admitió derrotado. No se mintió más. Nunca sería el nuevo. Conocía el lugar desde que tenía memoria. Cosme, no Cosimo. Qué manía con cambiarse el nombre y fantasear con todo. Su madre no se cansaba de reprenderle cariñosamente. Su padre no era embajador (llevaba puntillosamente la contabilidad de una ferretería, una droguería y una autoescuela) y Rosita no era ninguna criada, sino una tía soltera, entrada en carnes y bastante charlatana. La casa en la que vivían era como las vecinas, sencilla, en parte feliz, en parte amargada. Y su hermana Helena lloraba a menudo y nadie sabía bien por qué.

Cosme subió la escalinata y se sentó arriba, en la cúspide, como el pequeño heredero de un linaje extinguido. El colegio estaba cerrado y no abriría sus puertas hasta septiembre, pero él conjuraba su eterno miedo realizando aquel viaje escolar cada día de vacaciones, mientras contaba los que restaban para el final. Se tapó los oídos cuando, soñando despierto, empezó

a escuchar el bullicio de sus compañeros acercándose en tropel. Sollozó. Todavía era agosto y probablemente estuviesen durmiendo su agotamiento ciclista, la extenuación de tanta zambullida en la piscina municipal, pero no pudo dejar de imaginar cómo le rodearían gritando: ¡El tonto, el tonto, el tonto...!



ΥΠ ΑΓΓΕΛ ΕΠ ΛΑ ΒΙΑ

María de las Nieves Morales Cardoso

SEGUNDO PREMIO
XXXVII CONCURSO “HUCHA DE ORO”





A Leonel, mi ángel cotidiano, por el amor, por la luz, por su insistente vocación de salvarme.

El ángel desciende lentamente, guiado por el claroscuro de los charcos que le anuncian la proximidad de la tierra. Debió aterrizar unos minutos más al norte, allí donde las luces de la bahía se diluyen en el agua, presagiando el desamparo de la ciudad, pero nunca había sobrevolado una capital tan oscura. Casi a ciegas desciende el ángel, hasta caer de nalgas sobre el contén sucio de tierra húmeda y desechos perrunos. Mierda de viaje, piensa, y se arrepiente de no traer el mapa que le ofrecieron sus superiores antes de la partida, mientras intenta acostumbrar sus ojos a la penumbra (si es que los ángeles pueden acostumbrarse a algo). Entonces, al otro lado de la calle, ve dos rayas metálicas, paralelas, insinuándose tendidas sobre el basalto. Una línea de tren, adivina, y se acerca a observar los raíles que milagrosamente soportan la herrumbre sobre unos durmientes de madera gastada, casi prehistórica, probablemente más vieja que los ángeles, o al menos eso le parece. Pero él ignora su edad, sólo sabe que ha llegado tarde a su primera noche de empleo en La Habana. A estas horas la mujer de rostro gris marcada en su agenda ya debe haber saltado al agua viscosa de la bahía, justo frente a los ojos del Cristo de Casablanca, cerrados como siempre, y el

ángel se ha quedado sin nadie a quien salvar. Es por eso que ahora camina a lo largo de la vía, detestando la gravedad, el contacto del suelo con sus pies inmemoriales, maldiciendo que en la tierra le esté prohibido volar, so pena de descielo. Debe pasar inadvertido, cosa difícil para un ser de tan confusa silueta, pero los jefes creen que con no volar se resuelve el asunto; idiotas ellos, masculla el ángel, reniega de este jodido empleo que le han asignado desde arriba, porque a quién se le ocurre mover personal tan especializado para salvar a quienes no quieren salvarse. Él mismo, que alguna vez fue humano pero no lo recuerda, no está vivo y no le va tan mal, aunque en realidad tampoco está muerto, por algo lo tienen loco esos mosquitos que no respetan su sangre celestial, esa humedad subiendo por los pies en desuso, ese olor putrefacto viajando desde las albañales aguas del río Luyanó hasta los inmaculados huecos de su nariz, cuando de pronto mira hacia donde se pierden los raíles y ve una silueta más triste y confusa que la suya acostada en la vía.

Le juro, doctor, que era un ángel. Ángel, querube, serafín, espíritu celeste, ser alado, cómo quiere que se lo diga. Uno puede estar tan loco como para pretender ser un poeta rentable, un marido eficiente, un padre de familia digno y próspero, siquiera un ser humano real, corpóreo, en este país surrealista; tan loco como para esperar que los americanos levanten el bloqueo o Fidel la libreta de abastecimientos; tan loco como para creer que ascenderás del anonimato inédito al premio Planeta, resolviendo de un golpe tus problemas y los de tus descendientes y los de los descendientes de tus descendientes; tan loco incluso como para querer suicidarse bajo un tren que no se sabe con cuántas horas de atraso pasará; pero de ahí a confundir un ángel con una mariposa nocturna, un samaritano conciente o un vulgar ambulanciero del SIUM, va un aluvión

de símiles, un enjambre de hipérbolos, una muchedumbre de retruécanos, en fin, doctor, un trecho demasiado grande. Y no me importa correr el sacrilego y esquivado riesgo de ser manido si aseguro que ese ángel me salvó la vida. Confieso que dudé ante la claridad de la silueta que se acercaba por la línea, lo tomé gradualmente por una conjunción de fuegos fatuos, un amasijo de luciérnagas, una alucinación férrea pre-mórtem, un colega tan frustrado y más loco que yo, buscando su lugar en la vía. Otro a quien se le rompió el aire, los sueños, la máquina de escribir... Usted creará estúpido y esnobista que un hombre decida tirarse delante de un tren porque se le rompió la máquina de escribir. Pruebe a pasar horas, días, meses mutilando los ojos y las teclas, escupiendo versos, conjuros, historias que no fueron, canjeando culpas y dolores en cifras intangibles, en espera del mensaje en el ordenador del amigo caritativo que diga usted es el triunfador de este año, seis mil euros providenciales por su libro, por sus desgarraduras, por sus muertes, y usted escribiendo en pleno onanismo monetario, pensando esta metáfora una bolsa de leche para el niño, este soneto unos zapatos para la mujer, esta sección una mesa decente, una ventana sin comején, un ordenador propio, y la convocatoria a punto de cerrar el plazo, mientras usted aprieta las teclas con más hambre, con más rabia, oyendo el ruido de la vieja Remington que se resiste como nunca, la Remington mordiendo las vocales, atorando el papel, agonizando su voz ronca, y la voz de la mujer diciendo cuándo vas a cambiar la llave de la cocina, ya le aprietan los zapatos al niño, esa ventana cualquier día se cae pa'l carajo, y la voz de la suegra machacando yo te lo advertí, a quién se le ocurre casarse con un poeta de pacotilla que no sabe poner ni un clavo en la pared, y la voz de la ciudad como un eco de todas las voces, repitiendo eres un roto, un inútil, un fracasado con mayúsculas, y la Remington que acaba de joderse; dígame entonces, doctor, si no va uno a echarse en la pri-

mera línea y esperar ahí el temblor en los raíles, la voz del tren que te libere de todas las demás... y de pronto esa luz como una señal en medio de la vía, esa luz tutelar, profética, diciendo debes seguir, quizás sólo falte un poco de grasa en el rodillo de la Remington, en la garganta de la mujer, en las arrugas de la suegra, un poco de grasa en los goznes inmundos de esta ciudad que te abandona y te posee en cada verso... esa luz que se va y te deja con menos desamparo, o con más desamparo pero menos muerte por ahora; le juro que era un ángel, si lo ve, doctor, déle las gracias.

El ángel revisa su agenda. No dice nada allí acerca de un hombre joven, mal vestido y con cara de náufrago sin tabla, acostado sobre unos raíles tan deprimentes como él. Tampoco hay un acápite para salvamentos de emergencia, suicidas imprevistos y otros azares propios de su nuevo empleo. Pero el hombre sigue horizontal y triste sobre la vieja línea, esperando su destino con una parsimonia casi celestial y el ángel comienza a preguntarse si debería intervenir. Quizás no pase ningún tren por esta vía; quizás el hombre sólo desea descansar de una vez sin que venga un ángel primerizo a joderle la muerte. O quizás es un caso para algún colega más experto y luego allá arriba podrían acusarlo de intrusión profesional. Busca en su manual de instrucciones el capítulo de ética, pero la lluvia y el aterrizaje forzoso han dañado las páginas. No queda otra que avanzar, aproximarse a la figura del suicida que lo observa con más resignación que asombro mientras murmura unos versos inéditos, a mitad de angustia entre Vallejo y Ronsard. Un poeta en apuros, supone el ángel sin darse cuenta de la redundancia en la frase, sin comprender qué reveladora señal puede ver en sus alas inexpertas, en su luz indecisa, este hombre a punto de salvarse o de perderse, éste que ahora se sienta en la línea con su inventario de miserias, ya sin ganas de ser

aplastado por una locomotora antediluviana que viene con cinco horas de retraso, mientras otra luz, ajena a los ángeles y a los trenes, se acerca a la vía.

Mire, compay, usted será muy periodista y to' lo que se quiera, con mucho respeto, pero hay que ser comemierda pa' creerse ese cuento del ángel. Allí lo que había era un travesti y otro imbécil con ganas de morirse y con paciencia, que bastante hay que tener pa' esperar un tren en este país, da igual si es pa' subirse o pa' tirarse debajo de él. Esto se lo digo entre usted y yo, no lo vaya a escribir, no sea que me desgracie la pincha y la residencia en la Habana. Usted sabe que pa' un oriental como yo la única forma de asegurarse la capital es meterse a policía o a constructor en un contingente y a decir verdad yo no tengo vocación pa'l cemento. Antes usted cogía el tren Santiago-Habana, se instalaba en casa del primer pariente que le diera un filo y a echar pa'lante, como si fuera nacido y criado aquí, pero ahora ni casándose, compay, con decirle que yo tengo un socio que es profesor... Disculpe, periodista, ya sé que estábamos en el rollo ése del travesti y el otro tipo... ¿Que cómo sé que era un travesti? Figúrese, compay, si un macho bien definido va a andar por ahí de madrugada con un par de alitas en la espalda y un cintillo dorado en la cabeza. Y si lo mira bien, el otro tipo tampoco está muy claro, pa' juntarse con uno así, bueno, usted sabe... Yo, aunque sea policía, soy socio de mis socios, pero tienen que ser hombre' a to', hasta si están en desgracia, como el socio mío que le estaba diciendo, el que se casó con la habanera hace un año y pico y todavía está ilegal, el pobre, a cuenta y riesgo de que lo viren pa' Santiago. Al principio yo mismo lo envidiaba, usted sabe, compay, qué clase de suerte, tremenda hembra, habanera, con casa y to' de ella solita, pero ahora pa' venir de otra provincia a vivir acá hay que llenar más papeles que pa' irse al extranjero, hasta un permiso te tiene que dar el gobierno y resulta que la mujer de mi socio tenía la casa todavía a nombre del papá que se había muerto

y debía hacer una “moratoria” de heredero, bueno, creo que se llama así, será por lo que demora el trámite, y en lo que el palo iba y venía... Sí, ya sé que yo también me estoy demorando, que usted está aquí por el otro asunto, bueno, el caso es que voy pasando en el patrullero por la calzada de Luyanó cuando veo una luz en la vía, me pareció muy raro porque esa zona es más oscura que una boca'e lobo, entonces me metí con el carro pa'dentro y allí estaban los dos tipos: el del disfraz y el otro con ojos de carnero degollado, primero pensé que era un jinetero haciéndole un “trabajito” a un turista extravagante, pero luego vi que los dos estaban muy normal, es decir, que no se estaban toqueteando ni na', además, el otro tipo con esa cara de infeliz, esa camisita vieja y los zapatos pidiendo relevo, los jineteros no andan tan mal vestidos, así que me acerqué a pedirles el carné de identidad pa' verificarlos por la planta... Coño, periodista, si usted supiera la que pasó mi socio en la oficina del carné de identidad ahí en Alamar, imagínese ir cada tres meses a renovar el permiso pa' estar en La Habana, porque hasta que la dichosa “rotatoria” no estuviera no le ponían el permiso permanente, y cada tres meses mi socio frente al buró del oficial del MININT, un tipo con su nariz muy estirada y su cara de oriental ya “nacionalizado” diciendo si de aquí a tres meses no ha resuelto esta situación será devuelto a su lugar de origen; mi socio, el casado, el decente, el profesor, teniendo que otr la misma mierda cada tres meses de un idiota semejante, hasta vergüenza le da a uno ser policía, pero figúrese, periodista, siempre es mejor estar del otro lado del buró, ¿no le parece?, y entonces na', ya sé que a usted lo que le interesa es lo que pasó en la línea, pues cuando le estaba pidiendo el carné a los tipos, me llamaron por la planta porque habían robado en la bodega de Pérez y Atarés, y allí los dejé, en definitiva no estaban jodiendo a nadie y uno también es gente aunque use uniforme, ¿no le parece, compay?, si quiere venga mañana pa' seguirle contando la historia de mi socio.

Es la primera vez en su vida que ve un policía. Al menos en su vida celestial; de la otra nunca ha podido dar cuenta. Pero el hombre que se acerca no es más que una figura de uniforme, como él, incluso más barroco, a juzgar por el brillo de la esposas que cuelgan del cinto y la saliente culata del revólver, así que el ángel no comprende el repentino temblor en la voz del poeta, el susto desgarbado con que se para de la línea, sacudiéndose el fondillo del pantalón, mirando al suelo, tal vez para ocultar un prosaico desdén en sus ojos. También el ángel mira hacia abajo, a los pies del policía, y descubre las botas remendadas, burdo colofón (o nacimiento) de unas piernas en arco que parecen sostener un peso mucho mayor del que quisieran. Todos los policías deben de tener las piernas arqueadas y las botas tristes, intuye el ángel reprimiendo un aleteo metafísico, mientras escucha por inercia la frase dicha también maquinalmente, por favor ciudadanos su carné de identidad; como si el pobre supiera latín, murmura al dorso de las alas y de pronto recuerda que debía pasar inadvertido, una silueta más en la intemperie de la noche, un soplido disperso, por favor ciudadanos su carné de identidad, repite el policía sin advertir la discordancia de número en la frase; como si un carné dijera tu verdadero rostro, y al ángel se le antoja que estos dos hombres junto a él son una misma sombra, números grises como la mujer marcada en su agenda, como el carné que los atrapa en una misma ciudad irremediable, por favor ciu... va a repetir el policía cuando escucha el aviso en su radio, mira a los interrogados con alivio y da la vuelta desde sus botas, el alma un poco más ligera sobre las piernas zambas. Vaya suerte que hemos tenido, suspira el poeta y se marcha también, doblando el paso no sea que el policía se arrepienta; el policía de vuelta a sus pies de censor, a su uniforme de habanero bastardo, el poeta de vuelta a sus paredes, a su

máquina rota, canturrea bajito el ángel sin hacer caso del tren que se acerca por la vía, por fin el tren con cinco horas de retraso que se detiene brusca-mente a unos cien metros para observar la silueta blanca que se aleja, por favor ciudadanos su carné de identidad su número de preso su patente de culpa, repite el ángel para sus adentros, mientras sigue los pasos del poeta para asegurarse de que al menos esta vez, regrese a salvo.

Usted podrá hacer lo que estime conveniente, pero yo no voy a firmar esa planilla. No llevo veintisiete años soltando el hígado en la locomotora, ahogando en tizne los pulmones, para que ahora venga un inspectorcito vestido de limpio, sin un callo en la mano, a querer jubilarme por peritaje médico. Al psiquiatra que vaya su abuela, el muy cabrón, usted perdone, director, pero enciende la sangre que con cincuenta años en las costillas te traten como a un loco o como a un borracho. Usted me conoce y sabe que en mi vida me he dado un trago, ni siquiera el día de mi santo, además, quién va a gastar un medio en ron teniendo una mujer leucémica y un refrigerador roto hace diez meses. Pero loco tampoco estoy: yo vi lo que vi... Claro que mi segundo no vio nada, si se pasa la mitad del viaje dormido, a ése los trenes le importan un carajo, si entró a trabajar aquí fue para buscársela como casi todo el mundo, vendiendo pasajes en la bolsa negra. Yo sé que no es su culpa, que esto no lo arregla nadie, por lo menos mientras haya que estar madrugadas en cola para comprar un dichoso boleto así sea hasta Santa Clara. Pero yo nunca he tenido corazón para cobrarle a alguien por un pasaje el salario de un mes, vaya a saber qué problema tiene la gente, y por eso sigo con mi frío roto y sin esperanzas de reunir algún día los cincuenta dólares que cuesta el motor nuevo. Yo pensaba que este año, con la cantidad de viajes extras que he hecho y mis doscientas horas de trabajo voluntario en el taller de Luyanó, quizás saliera vanguardia nacional y me asignaran un frío nuevo por el plan del sindicato... Ya

sé, director, que uno no puede dejar un tren así, parado en medio de la vía, pero me la juego que si el inspectorcito ése hubiera visto lo que yo vi, tampoco tendría cojones para seguir conduciendo... Perdona la palabra, ya a estas alturas eso es lo de menos, eso y el frío roto y los pasajes en bolsa negra y los trenes que se atrasan sin que a ningún inspector le importe un pito el porqué de la rotura, yo sólo le pido, director, que no me separe de mi máquina, si usted hubiera visto aquel ángel caminando por la vía sin volver siquiera la espalda al escuchar el pito de la locomotora, también hubiera parado el tren y se hubiera bajado en un temblor de manos y se hubiera largado como un loco a averiguar si su casa, su frío roto, su mujer leucémica siguen aún en el mismo sitio, ya sé que uno no puede dejar un tren lleno de pasajeros en medio de la vía, pero las señales son las señales, quizás para el otro año con más trabajos voluntarios, más viajes extras, director, usted haga lo que estime conveniente, pero yo no firmo esa planilla, no la firmo.

El poeta se detiene frente a un edificio de aspecto excomulgado. Mira hacia la ventana del cuarto piso, la única donde aún hay una luz encendida y después de dudar unos minutos, comienza a subir las escaleras. Misión cumplida, respira el ángel, pero aguarda hasta que la puerta se ha cerrado. Luego un llanto de rutina, un silencio de alivio, una ventana a oscuras y el hombre queda de nuevo a salvo entre sus muros, entre las piernas de la mujer que gime mientras piensa en los asuntos domésticos del día siguiente y agradece al Changó escondido en lo alto del closet que al neurótico de su marido no se le ocurriera hacer ningún disparate. Misión cumplida, respira el ángel, y de pronto recuerda que ésta no era su misión, que los rescates prescritos en su agenda no son intercambiables, de modo que sacude las alas para desperezarse la mierda de reglamento que lo ha llevado a pie toda la noche y echa a volar hacia la bahía, guiándose por el resplandor blanco del Cristo, dejando atrás el

río impúdico, las calles nauseabundas del viejo Luyanó, el elevado tan añejo y lúgubre como los pocos trenes que lo atraviesan a deshora. No hay un alma sentada en el muro de la avenida del puerto, el ángel sobrevuela la impotente cabeza de la estatua y planea hacia una roca, para desde allí asomarse a las aguas, verdosas como un espejo sin azogue, que no le devuelven su imagen, sino una silueta dudosa, parecida a la suya, pero angustiosamente humana. De aquí a tres días sacarán el cadáver de la mujer de rostro gris, cuarteado por los peces, y el ángel preferiría no saber que el policía verá su primer muerto con frialdad de oficio, que el poeta escribirá una ingrata historia sobre muchachas tristes y ángeles ineptos, que el maquinista escuchará la noticia en los andenes- los periódicos no hablan de estas cosas- y volverá a su casa agradeciendo o lamentando que la mujer ahogada en la bahía no sea la suya. Es mejor no saber. Es mejor volar de retorno con las alas apagadas como lo hace ahora por su propio albedrío, descendiendo hacia el punto donde dos rayas metálicas, paralelas, le anuncian el principio y el fin de la memoria. El ángel echa a andar a lo largo de la vía, disfrutando la gravedad, el contacto del suelo con sus pies casi terrenales, hasta llegar al sitio donde hace unas horas se detuvo un tren a sus espaldas, y piensa qué daría por ser un pasajero dócil, un profano mortal como el poeta inédito o el policía o el viejo maquinista, alguien a salvo de estas alas malamente proféticas, de esta agenda inviolable e incumplible. Pero el tren se ha marchado con su carga, con su hipoteca de almas obedientes, quizás la única a salvo es la mujer de rostro gris, ésa que ha tenido la cordura de saltar a tiempo antes de ser un número, una silueta condenada, y ahora es una marca de luz en los despojos de la noche. Sobre los raíles ha comenzado a amanecer, el ángel mira hacia los lados sintiendo un extraño alivio de estar solo y, silenciosamente, se tiende en la vía.



HACE HORAS QUE AL BEBÉ PO SE LE SIENTE

José Manuel Barros Campoy



A la callada esperanza que supone mis padres.

H

ace horas que al bebé no se le siente. Le he dicho a Pam que no debemos preocuparnos por esa tontería. Desde que nació, el niño no da mucho la lata. Después de la última toma, duerme de un tirón hasta las ocho de la mañana. Lo tengo todo bien registrado en mi cuaderno de notas. Según mis datos, el bebé responde desde hace meses rigurosamente a esta pauta. Aunque no se le oiga desde hace un buen rato, no debemos perder la calma. Seguro que duerme.

Pensándolo bien, lo que verdaderamente me asusta es que los gusanos hagan sus capullos por entre los mimbres del moisés. Se diría que han infestado la casa. Prácticamente, la han tomado. Sé que es un temor absurdo y que no son venenosos, pero una vez soñé que uno sellaba con hilillos de seda la boca de un recién nacido. Fue espantoso, era como si el gusano le diera respuntes en las comisuras de los labios. Esa noche me desperté sobresaltado y le conté a Pam la pesadilla, especialmente lo de la mordaza de seda. Recuerdo que sólo logré de ella una mirada fría y la barbaridad de que no estaba en mis cabales. Fue entonces cuando pensé que no era nada extraño que reaccionara de ese modo porque Pam es así de seca y a veces se

comporta como si careciera de alma. Pero de todas formas, en aquella ocasión hubiese sido fácil advertir que su desprecio no me afectó en absoluto. Porque pocas horas antes de su desagradable desplante supe, por el colibrí que le libó los pezones, que estaba embarazada. No es por nada pero por fortuna la noticia me hizo lo suficientemente fuerte como para soportar toda clase de humillaciones de allí en adelante.

Aunque la razón por la que aún no nos hemos asomado a ver al niño es que tenemos mucho trabajo atrasado. Desde que G. Sand lució una de nuestras corbatas en los salones del Hotel France no damos abasto. Tenemos a toda la flor y nata de la ciudad detrás de nosotros. Y no paran de hacer encargos. Hasta he llegado a pensar que algunos de los ridículos snobs que nos hacen los pedidos son más insaciables que los gusanos.

Es sorprendente, pero se ha corrido la voz y la fama de nuestros artículos ha alcanzado el otro lado del Atlántico. Precisamente ayer recibimos una carta de Quebec. En ella nos solicitaban dos foulards para dos gemelas siamesas, que están algo trastornadas. Es un caso raro, la verdad; pero todo se debe a la prescripción de un psiquiatra de Saguenay, una villa cercana a la capital, que se le ha ocurrido que unos pañuelos anudados al cuello, completamente distintos en color y estampado, subsanarían el conflicto que hace de las personalidades de las siamesas equiparables. Pam ha pensado recoger esta anécdota en unos dípticos publicitarios. Imagino que irán dentro de las cajas doradas en que presentamos los pañuelos y las corbatas. Yo no estoy muy de acuerdo con la nueva línea empresarial y se lo he hecho saber. En cierto modo, supone romper con la filosofía embrionaria con la que comenzamos. En principio, absolutamente todo debía ser artesanal.

Eso fue lo pactado. Así que recurrir a una propaganda en la que se resaltan cualidades supuestamente mágicas y sanitarias no me parece adecuado. Inmoral y deshonesto, le he dicho. Pam me ha contestado, algo molesta, que soy corto de miras además de un pobre imbécil. Supongo que tendrá razón porque aborrezco sobremanera toda clase de aventuras y de cambios.

Creo que en este preciso momento es oportuno subrayar que cada vez que tratamos asuntos de parecida importancia, es ella quien se lleva el gato al agua. Lo que pretendo decir es que ya lo da prácticamente por hecho porque le he oído hablar de ello por teléfono con lo que parecía ser una especie de diseñador gráfico.

«Al menos, podríamos prescindir de la foto a color de las siamesas. Será esperpéntica», le sugerí tapándole el micrófono con la palma de la mano. Pero los propósitos de Pam son inquebrantables. Aun así no me explico por qué tuve la necesidad de interferir de un modo tan grosero. En realidad, estaba convencido de que no había nada que hacer. Pam difícilmente transige y no da un paso atrás; así que zanjó el asunto, segundos más tarde, diciéndome que no dudaba de que gracias a nuestro producto las sonrisas de las siamesas serán limpias, sanas, equilibradas.

Con todo, desde que a Pam se le ocurrió la idea de la cría de gusanos y la manufactura artesanal de los pañuelos y corbatas prestamos menos atención al niño, la verdad. Dar el pecho a su hora, asearlo y hacer algún que otro arrumaco son parte de nuestros quehaceres rutinarios. Hasta el momento creemos que con eso basta, ya que lo hacemos siguiendo un orden estricto, como el que hemos mantenido en la selección, nominación

y genealogía de los gusanos. De modo que no nos pesa en la conciencia, aunque parezca un poco sórdido decirlo. De todas maneras, no sé si será por la edad, pero el bebé no es nada receptivo. Mueve los ojos de forma descoordinada y se nos queda mirando vidrioso, alelado. Apenas reacciona. Quizá por eso ni siquiera aún hemos decidido el nombre con que llamarlo. A pesar de todo, me tranquiliza el hecho de que Pam ha sopesado seriamente la posibilidad de consultar a un pediatra.

Sin embargo, a veces pienso que no lo estamos haciendo bien del todo. Cuidar a un niño ha de ser bien distinto que criar gusanos. Pero no estoy muy seguro, la verdad. Supongo que Pam se reprocha el mismo comportamiento y las mismas dudas que yo, aunque en una ocasión me confesó que tenía la impresión de que el pequeño era un bicho raro y que eso la distanciaba. En aquella ocasión, no me tomé muy en serio sus palabras. Las dejé pasar; pensé que se debían al natural desequilibrio que padecen las mujeres tras el parto. Pero el niño no es muy normal, que digamos. No se parece ni a nada ni a nadie. Es una pena, pero Pam tiene razón cuando dice que no se ríe y que es poco menos que un engendro inanimado.

Hoy toca cocer los capullos. Faltan pocos minutos para la hora señalada. La tarea es repugnante, pero irremediable. Imaginar la agonía de los bichos mientras se hierven me trastorna enormemente. Pero al menos me alivia pensar que mueren al instante. Por fortuna, la cocción coincidirá con la próxima toma. Lo tengo todo bien calculado. Eso me dará un respiro. Tan solo he de esperar que el bebé emita el gemido para excusarme. Así que a poco que abra los ojos y gima, dejaré la tarea y subiré a la habitación. Le he dicho a Pam que se lave las mamas porque el sollozo está al caer. Ni el

ruido del telar ni los borbotones nos impedirán oírlo. Lo digo porque sería una pérdida de tiempo precipitarse. Retrasaría la producción. Aunque corre a mi favor que en todo momento he tenido muy en cuenta que el bebé es muy puntual. Así que juego con ventaja. El único inconveniente es que solo da un gemido. Pero es largo, inconfundible, penetrante. Después abre la boca de par en par y al cabo de un instante la cierra de golpe como un cepo de caza. Entonces entra en una especie de frío letargo en que es imposible despertarlo. Y es que el pequeño parece estar programado como un animal primario. Es comprensible que en estas circunstancias a la pobre de Pam le dé un poco de grima tocarlo. Creo que por eso es por lo que me obliga a dárselo envuelto en una manta. A veces, a la hora de darle el pecho, Pam se ha quejado de que se le eriza la piel y se le corta la leche. Entonces le damos unas dosis de agua azucarada que el bebé succiona con avidez a través de un pezón de plástico.

Han dado las once y, a continuación, hemos oído el gemido. Pam ha levantado la mirada por encima de las gafas. Es su sobria manera de indicármelo. He subido las escaleras y he entrado en la habitación. De repente, el gemido se ha apagado antes de lo habitual. Me he asomado a la cuna y he sentido un latigazo húmedo y pegajoso en la cara. Supongo que se estará de acuerdo conmigo en que es muy difícil sobrevivir a golpes como éste. El bebé me ha cazado el rostro con una especie de lengua protráctil y apenas he podido levantar la cabeza. Literalmente me ha capturado. Alarmado, he llamado a Pam a gritos. Cuando ha llegado a la puerta, ha apurado una calada de su perenne cigarrillo y su temple me ha helado la sangre. Se ha acercado a la cuna como si estuviese segura de que lo que se encontraría allí lo hubiese supuesto con antelación. Quizá sea por eso por lo que ha apaga-

do la colilla en la mejilla del bebé sin temblarle el pulso, aunque la lengua haya saltado instantáneamente como un resorte metálico. Me ha secado la baba con un pañuelo a golpecitos y me ha recriminado el hecho de que anduviera tan desprevenido. Eres un cretino, me ha dicho con su voz cascada mientras hacía mecer el moisés de un manotazo. Yo no he sabido qué decir, pero me he sentido protegido. Fue entonces cuando se produjo la eclosión de las crisálidas y cientos de mariposas pulularon en la habitación.

Desde lo sucedido, apenas hemos cruzado palabra. Hasta ahora la acumulación de trabajo atrasado nos ha servido de excusa a ambos. Ella no abandona el telar y yo me entretengo con el tintado. Ayer me sugirió que adelantaríamos mucho si la seda ya estuviese coloreada de antemano. Al parecer la idea la ha leído en una revista japonesa especializada. Por de pronto, hemos decidido aplazar esta línea de investigación para la próxima temporada porque, según el artículo, la estructura de la fibra resultante es muy débil y la seda se resquebraja. Aparte de eso, me advirtió que desde ese preciso instante ella se ocuparía en exclusiva del bebé.

Desde que he dejado en sus manos el cuidado del bebé no se oyen los gemidos. Pensé que esta cuestión no podía dejarla pasar por alto; pero no sabía cómo romper el silencio que de forma tácita se había impuesto entre nosotros. Me propuse sacar las fuerzas necesarias para preguntárselo. A fin de cuentas, no era muy descabellado decirle para empezar que yo era su padre y que en cierto modo era natural que no pudiera quitarme lo sucedido de la cabeza. Pero no he tenido valor. Pam me aturde. Estar frente a ella es como tener una mordaza. Todo es silencio y a mí se me hace un nudo en la garganta.

Reconozco que el impasse ha estado a punto de sacarme de quicio; pero hoy parece que Pam me ha leído el pensamiento. Tal vez habrá notado una pizca de curiosidad en mi actitud servil, avergonzada. Durante la cena se ha sincerado; me ha dicho que ella es la culpable de que al bebé no se le sienta y que por favor la dejara explicarse sin interrumpir. Pam es muy inteligente y siempre ha sabido medir los tiempos y las palabras. Por eso no le costó nada ir directamente al grano. Hasta tuvo el exquisito tacto de librarme de los pormenores. Es cierto que malgastó unos pocos minutos en disculparse y que titubeó al empezar; pero al final me convenció con unas pocas pero rotundas palabras. En resumidas cuentas, ha decidido deshacerse del bebé porque descubrió que se alimentaba de mariposas y era lógico prever que su voracidad fuera a la larga perjudicial para el negocio. No tuve nada que objetar; el argumento era impecable. Además no habría sabido cómo gestionar ante los clientes la incomodidad de no haber hecho frente a los pedidos. Aunque ahora que caigo, repasando un poco la conversación, le quedó por resolverme un detalle importante. Me refiero al paradero del bebé. Honestamente, he de confesar que después de valorar las consecuencias he preferido no saberlo. Conociendo a Pam estoy seguro de que es muy escabroso. Resultará extraño pero a estas alturas de la historia no albergó dudas de que hicimos bien en no ponerle nombre, sin esa referencia será más fácil que el bebé se pierda en la memoria.

Estoy rendido. Tengo algo de jaqueca. Será esta media hora muerta que no tenemos nada que hacer y me noto el cansancio. Me he echado en la cama. Las fotos de las siamesas no han llegado y una mariposa acaba de posarse en uno de mis hombros. Mientras cierro los ojos, he pensado que tal vez Pam, el bebé y yo somos en realidad la materia con que este dimi-

nuto insecto lepidóptero ha fabricado uno de sus horribles sueños. Pam me ha tomado la mano porque así es como duermo. Me pregunta si me siento a salvo. Le digo que es mi agente protector. Me besa y me dice que se ha tomado la temperatura corporal y que quiere engendrar otro hijo. Apático, me he echado encima.



LA PARTIDA

Fabián Rubén Dorigo



La partida se armó de manera improvisada. Fuimos seis: Don Oscar Reinoso, patrón de la estancia La Morita; su hijo Mauricio, recién llegado de la capital; Rodolfo, el capataz; y Sergio y Germán, dos de los peones. Yo, por entonces estudiante de leyes y compañero de Mauricio Reinoso, fui llevado nomás de convidado. Acaso por no dejarme solo con las mujeres de la casa.

Rodolfo había sido el que descubrió la presencia del cazador furtivo en las tierras de don Oscar.

—Ha de ser un indio —dijo—, porque anda en pata y apenas si les pega unos mordiscones en crudo y deja a las pobres bestias para que se las coman los caranchos.

—Eso no es de cristianos —dijo doña Dolores, la madre de Mauricio.

—¿Y vos que esperás, mujer? Andá para la cocina a decirle a la Juana que nos prepare unas viandas que salimos de partida —dijo don Oscar.

El capataz repartió las armas y las municiones. A mí me dio una veintidós.

—Quedátele al lado a ver si el porteño se nos pega un tiro en el pie con ese matagatos —le dijo sobrador don Oscar a Mauricio.

—¿No sería mejor avisar a la autoridad? —pregunté.

—La autoridad ya está avisada —dijo don Oscar mientras se señalaba el pecho con el dedo índice de la mano izquierda. Gritando para hacerse oír entre las carcajadas, continuó.

—Ahora va a ver usted como se aplica la ley en la pampa.

Salimos poco antes del mediodía, a caballo. No soy apostador, pero si lo hubiera sido, no habría puesto ni un centavo en las patas del pobre indio que a esa altura, supuse, estaría desesperado por abandonar las tierras de don Oscar, si sabía lo que le esperaba.

Yo iba confiado en que, llegado el momento, podría convencer a los cuatro bárbaros que me acompañaban (siempre creí que Mauricio estaría de mi lado) de que una reprimenda y un buen susto serían suficientes para evitar que el pobre indio se volviera a meter donde no lo mandaban.

De entrada nomás sospeché que me había equivocado feo.

—Por las huellas se nota que está hambreado el infiel. Está piel y huesos— dijo uno de los peones.

—Nos va a durar poco, entonces —dijo casi con regocijo el capataz.

—Ya vamos a ver cuanto lo hacemos durar —terció don Oscar—. Pensar que en los tiempos del General Roca, Dios lo tenga en la gloria, mi padre

cobrava un patacón por cada par de orejas de indio. Hoy lo vamos a tener que hacer gratis, nomás.

Las carcajadas me irritaron. Sobre todo las de Mauricio. Esperé a que hiciéramos un alto para hablarle a solas.

—No puedo creer que te rías como estos tipos, de las barbaridades que dice tu viejo. Te desconozco, hermano.

—Jorge, no me pongas pesado, vos sabés como yo que estos indios no son hombres. Son casi como animales. Para poder lidiar con ellos no te queda otra que ponerte a su altura. Las leyes están hechas para la gente, no para estos.

—A quien te referís con “estos”, ¿al pobre indio muerto de hambre que vamos a cazar o a tu viejo y sus matones?

—Déjame de joder —dijo y dio por terminada la charla.

En ese momento pensé en volverme. Sin embargo, algo me decía que debía seguir adelante. Si no podía evitar la matanza, en el peor de los casos, sería testigo de las atrocidades que se cometieran y no pensaba callarlas. Lo que no sabía entonces era que iba a tener que esperar casi setenta años para animarme a contar lo que vi.

—Estará flaco —dijo uno de los peones—, pero por el largo de las zancadas, parece que escapara del mismísimo diablo.

Me detuve yo también a mirar las huellas y me asombró la distancia que había entre cada paso. O el indio medía casi dos metros o prácticamente

volaba sobre el terreno. Bravo por él, pensé, acaso pudiera llegar a los límites de la estancia antes que nosotros lo alcanzáramos.

—Bueno, menos cháchara y metámosle a estos caballos que quiero volver para la cena, carajo —dijo don Oscar tratando de disimular la decepción que parecía empezar a ensombrecer aún más su carácter.

—Parece que no va a ser tan fácil, ¿no? —Me animé a decir.

Mauricio me congeló con la mirada. El resto azuzó a sus cabalgaduras y salieron al galope.

Al pasar un monte los alcancé. Estaban eufóricos. Un par de kilómetros más adelante, antes de llegar a la siguiente ondulación del terreno, se veía claramente una figura corriendo. Parecía cubierto por un poncho negro que le llegaba hasta los pies. Su cabeza también estaba cubierta.

—Déjemelo patrón —dijo el capataz—. Como en los viejos tiempos.

Vi que en sus manos habían aparecido como por arte de magia, un par de boleadoras.

—Andá nomás. Nosotros vamos a ir al tranco y te esperamos en la próxima loma. Allá seguro vamos a encontrar un árbol que nos sirva.

—Ustedes están locos —dije sin poderme contener—. Lo que van a hacer es un delito.

—Decile al porteño que se calle o vamos a tener que buscar otro árbol para él —dijo don Oscar a su hijo.

Supe que hablaba en serio.

Con el alma en un hilo vi como Rodolfo salía al galope y al llegar a la siguiente ondulación lanzaba las boleadoras con maestría. Desapareció un instante después detrás de la loma.

Ignoré los gritos de alegría que dieron los dos peones y seguí detrás de la jauría humana en la que me había visto arrastrado. Con disimulo miré mi veintidós. Tenía sólo seis balas pero si era necesario, estaba dispuesto a usarlas.

—Ni se te ocurra, porteñito —dijo Mauricio pasando a mi lado, como si acabara de leerme la mente.

Cuando pasamos la loma encontramos el caballo de Rodolfo pastando con tranquilidad bajo un árbol. A unos cinco metros, bajo el sol del mediodía, el capataz estaba tirado boca abajo en el piso. Tenía las boleadoras enroscadas en el cuello. Una de las bolas de piedra se le había incrustado en la órbita del ojo izquierdo. Más de la mitad de la bola había desaparecido dentro del cráneo del que hasta hacía unos instantes había sido capataz de La Morita. La escena era espantosa pero en mi interior me alegré por el pobre indio que, vaya uno a saber como, se había zafado de la boleada de Rodolfo y se la había devuelto con semejante fuerza. Sin embargo, si hasta el momento no había podido amainar la sed de sangre de los de la partida, sabía que ahora sería imposible. Amagué a volver, creyendo que si iba con la historia a la policía podría evitar una masacre, pero me lo impidieron.

—Acá nadie se abre —dijo don Oscar—, y sigue vivo.

Anduvimos hasta que se hizo de noche. El ánimo de los peones había cambiado radicalmente después de la muerte del capataz. Ni las ofertas de recompensas por parte de Mauricio, ni el miedo que le tenían a don Oscar, parecían compensar un sentimiento aún más pavoroso que se les estaba metiendo bajo la piel.

Por la noche ellos se quedaron algo alejado de Mauricio, don Oscar y yo. Sin embargo, alcancé a escuchar parte de su conversación.

—Como lo dijo la Eulogia —dijo uno de los peones.

—Si nos volvemos don Oscar nos mata —dijo el otro.

—Prefiero morir a manos de un hombre —respondió el primero.

Cuando se dieron cuenta de que yo estaba escuchando, se quedaron callados. Finalmente se acostaron y se durmieron. Decidí que lo mejor era imitarlos.

Por la mañana los peones habían desaparecido. Sin embargo, lo habían hecho dejando tras de sí las mantas de dormir y sus dos caballos. La sangre se me heló cuando vi las huellas que se hundían con claridad en el suelo polvoriento. Huellas bien profundas, como si nuestro perseguido se hubiera ido de allí con los dos hombres cargados sobre sus hombros.

—Cagones —gritó don Oscar, con una ira que no convencía ya a nadie.

—Te dije que esos dos no valían ni mierda —respondió Mauricio.

—¿Pero ustedes creen que los dos peones se fueron caminando en

medio de la noche y dejaron todas sus cosas acá? ¿No ven las huellas? Me parece que lo mejor es volver a La Morita y avisar al comisario.

—Dije que de acá no se va nadie vivo, carajo —dijo don Oscar mientras apretaba con demasiada fuerza su escopeta.

Seguimos camino los tres: don Oscar al frente, con los caballos de los peones, yo en medio y Mauricio al final, pendiente de que no se me ocurriera recular. Lo intenté más de una vez y cada una de ellas me encontré con los dos caños de la escopeta de Mauricio.

—Seguí adelante, porteñito.

—Estás tan loco como tu viejo. No se que carajo estamos persiguiendo pero estoy seguro de que nos va a dejar fríos a los tres como hizo con el capataz y los peones.

Unos kilómetros más adelante encontramos a los dos peones. Estaban enroscados en la copa de un árbol. Parecían dos muñecos de trapo.

Ninguno de los dos hombres habló, por lo que entendí que tampoco serviría de nada que yo lo hiciera.

Estábamos a punto de internarnos en un pequeño bosque cuando volví a intentar la huida. Comencé a hacer que mi caballo caminara cada vez más despacio hasta que escuché acercarse los pasos del caballo de Mauricio. Detuve el mío. Mansamente, el caballo de Mauricio se me puso a la par. Su jinete había desaparecido. Don Oscar se dio vuelta, miró el caballo de Mauricio, después a mí y luego más allá de mí, con los ojos desorbitados. Me di vuelta.

A un kilómetro de distancia se veía una figura negra, llevando un bulto, que supuse sería Mauricio, sobre sus hombros. Fuera lo que fuera se movía a una velocidad inhumana.

Don Oscar comenzó a disparar. Además de dejarme sordo, los disparos espantaron a los caballos. Anduve un trecho intentando resistir sobre mi montura hasta que una sacudida me arrojó al suelo. Antes de desmayarme alcancé a escuchar algunos disparos y también unos gritos horribles. Esto último tal vez lo haya soñado. O no.

Me desperté pasado el mediodía. Por suerte, entre todas las cosas que mi caballo había desparramado en su carrera, estaba mi cantimplora. Volví al lugar donde había dejado a don Oscar. Allí encontré su caballo a la entrada del bosquecito. Tendría que haber regresado a La Morita pero mi curiosidad fue más fuerte. Até el caballo a un árbol y entré caminando sigiloso. Seguí las delgadas huellas que se veían con claridad aún sobre el pasto.

En un pequeño claro en medio del bosquecito, los encontré. Estaban todos, en un solo montón. Me quedé mirándolos, atontado, un buen rato. Debo decir que la escena era grotesca y horrorosa pero había algo hermoso en ella, casi artístico. No estaban simplemente apilados; estaban integrados unos con otros como si siempre hubieran conformado un todo. Había una armonía absoluta en esa conjunción de carne y huesos. Sus cuerpos estaban retorcidos y, como si fueran de arcilla, encajaban perfectamente los unos en los otros. Aquí y allá se veían distintos miembros mezclados, fundidos. En alguna parte se adivinaba una boca aunque no pude adivinar de quién, los labios soldados, junto a un vientre abierto de un tajo que dejaba al aire un

retorcijo de tripas que parecían latir por los cambios de la luz que se filtraba entre las hojas del follaje. De alguna manera era la escultura más horrenda y más atrayente que he visto en mi vida. No sé cuánto tiempo estuve ahí admirándola hipnotizado, hasta que escuché unos ruidos en el bosquecito. Venían desde el lado opuesto al que yo había venido. Mi primer impulso fue escapar corriendo pero inmediatamente comprendí que no hacía falta que lo hiciera. La morbosa escultura estaba terminada, no había lugar para mí en ella, no tenía nada que temer. Si continuaba vivo, y me animaría a pensar, si llegué vivo hasta este día, es simplemente por mi papel de testigo. No sé cómo pero lo supe. Por eso cuando lo vi salir al claro ni siquiera me alarmé. Mentiría si dijera que me espantó, mentiría si dijera que me provocó algún tipo de rechazo verlo. Al lado del espectáculo que tenía en frente, lo que fuera que había entrado al claro era casi insignificante. Fue algo parecido a lo que se siente cuando conocemos una gran obra y luego al artista que la creó. Supongo que es porque uno espera ver en él reflejada la magnificencia de su creación y siempre, sin excepción, uno se ve defraudado en sus expectativas. En este caso, eso que estaba frente a mí, ahora sí despojado de su poncho negro, era una especie de silueta desenfocada, cavernosa, que se movía espasmódicamente hasta que finalmente se detuvo a unos dos o tres metros de distancia. No parecía tener ningún tipo de expresión, nada que hiciera pensar en un sentimiento inteligente en el fondo de esa masa gelatinosa y palpitante. Pude sentir, sin embargo, que me observaba, acaso, midiéndome con ojo experto. Para qué, nunca lo supe.

Al rato estaba sobre el caballo de don Oscar cabalgando hacia La Morita. Cuando llegué, inventé que me había perdido por la noche y no había vuelto a ver al resto de la partida. Me creyeron y a las pocas semanas

pude volver a la capital sin que nadie sospechara nada. Durante meses la policía peinó toda la zona pero no encontraron ni siquiera rastros de los cinco hombres. Nunca, hasta hoy, conté lo que había pasado y mucho menos que en esa última visión pude percibir con total claridad que, tanto Mauricio como su padre, todavía estaban vivos cuando los abandoné en medio del bosquecito.



EL DESEO DE LLEVAR CALCETINES ROSA

Rosa María García Ruiz



*A Javier, que espera verme escribir todos los días.
Y a Disciplina, que no hay manera de que venga para quedarse.*

Charo bostezó tan larga y profundamente que pensó que, en una de esas, su boca se desencajaría y tendría que recorrer Madrid entera buscando en Urgencias alguien que colocara de nuevo su mandíbula. La imagen le provocó una mezcla de carcajada y tos que hizo que se sonrojara. “Lo que hace el aburrimiento”, pensó, y se arrebujó en el asiento esperando a que el tren arrancara.

Charo llevaba los últimos cinco años subiendo al tren de las siete menos cuarto de la mañana y encontrándose el mismo panorama: personas somnolientas luchando por coger la postura idónea para dormir unos minutos; si acaso algún chico aquí leyendo, repasando apuntes, otro allí escuchando música. “A estas horas debería estar prohibido levantarse de la cama”. Lo pensaba ella, que apagaba el despertador a las cinco y media para dejar la casa aviada. A las seis y diez desayunaba sin ganas, se metía en el baño para lavar sus arrugas y atusaba unos poco favorecedores pelos; se

vestía sin prestar atención, cogía el bolso, la bolsa con la fiambra y a la calle, hiciera calor o cayeran chuzos de punta. Suerte que vivía cerca de la estación y en Alcalá de Henares el tren era cabecera y siempre podía elegir asiento. Conocía de vista a muchos de los viajeros del vagón, pero nadie hablaba, como mucho algún gesto con la cabeza, algún suspiro de comprensión. Cinco larguísimos años, para terminar de cotizar a la Seguridad Social y sacar una mierda de jubilación. ¡Qué necesidad tenía ella de estar limpiando escaleras a los sesenta y tres años! Con la pensión de su Luis podrían vivir sin estrecheces; en cambio, estaban peor que antes: había que ayudar a los chicos, que pasaban apuros en sus casas y que, como por arte de birlibirloque, acudían con más frecuencia al nido. A ninguno de sus tres hijos parecía importarle el esfuerzo que ella hacía para mantener la nevera llena; y a su Luis, lo mismo le daban ocho que ochenta. Él era feliz viendo jugar a los nietos, criticando a cualquiera que saliera en las noticias y teniendo en la mesa sus comidas calientes. De hecho, cuando Charo le habló de trabajar unas horitas para ir más desahogados, lo único que objetó fue que él no se iba a hacer la comida y que ya sabía ella que no le gustaba comer solo.

Finalmente Luis no notó su ausencia: se levantaba tarde, tomaba sus chiquitos en la tasca de abajo y tenía en la mesa su comida y a Charo sentada frente a él, sin preguntarle siquiera por esa fatiga constante que desparramaba por el mantel, como un puente que el hombre ni una sola vez cruzó. Ella era consciente, pero qué iba a hacer. Y así un día tras otro hasta llegar al colofón de la semana: la tradicional paella de los domingos. Doce más ellos dos, catorce en casa, un regimiento, sin que nadie moviera un dedo para ayudar, con los mismos chascarrillos y las mismas discusiones.

¡Qué asco de domingos en familia, y que Dios me perdone!

La mayoría de las veces Charo lograba ahuyentar esas ideas. Sabía que darle vueltas a su vida a esas horas era peligroso, porque la invadía un gran desaliento y nubes negras, negrísimas, se instalaban en su cabeza; y lo mismo le daba por pensar que no llegaría a cumplir un año más, como que se sentía tentada de seguir hasta Atocha y comprar un billete de tren que la llevara hasta la otra parte del país. Y desaparecer.

¿En qué punto equivocó el rumbo de su vida? Ella lo sabía. Fue el día en que su gran amor, Olegario, el primo de Luis, murió en un absurdo accidente en el campo, aplastado como la hormiga bajo el pie por un tractor. Lo recordaba como si fuera ayer: allí estaba Luis, en el entierro, sujetándola por los hombros para que la pena no la arrastrara a la fosa. Y de ahí a la boda. Charo se casó con Luis por culpa de sus oídos, que escucharon la cómoda vida que organizó: trasladarse cerca de Madrid, a Alcalá de Henares, donde en una fábrica de repuestos de automóviles le daban un sueldo fijo; además el hombre ya había adelantado una paga y señal para una casa en propiedad con tres habitaciones y baño individual. Y se casó. Sin estar enamorada se casó. Luis no había resultado un mal hombre, pero con los años se había convertido en una persona desapasionada y conformista, quién lo iba a decir, y ya no esperaba nada excepcional de la vida. Y ella que dormía en el mismo colchón, pues eso.

Próxima parada, Coslada. Charo escuchó sin sobresaltos la voz metálica al tiempo que notó que a su lado el asiento quedaba vacío; así que aún con los ojos cerrados aprovechó para mover el culo hacia la derecha y

ponerse así más cómoda. Entonces se topó con algo duro que la hizo dar un respingo y girarse asustada. Se trataba de un libro. Miró hacia las puertas más cercanas, pero el pitido avisaba de su cierre; con el lento arranque del tren Charo cogió impulsivamente el libro y se lo colocó bajo la axila izquierda. El hecho no parecía haber interrumpido el sueño de nadie, pero ella tenía taquicardia. Al llegar a Santa Eugenia, guardó el libro en su bolso y se levantó temerosa de que le dieran el alto y la acusaran de robar lo que no era suyo. No pasó nada. El aire de la calle refrescó sus calores y le infundió ánimos para andar sin echarse a la carrera.

Fue ya de noche, cuando Luis se fue a la cama a escuchar la radio, que Charo vio de nuevo el libro. A solas en el salón, abandonada en el sofá con las piernas encima de la mesa y la televisión muy baja, se entretenía en limpiar el bolso de papeles arrugados de caramelos o haciendo la lista de la compra. Al abrir el bolso descubrió el libro y al cogerlo sintió una fuerte punzada de remordimiento en el estómago. Charo miró con atención la portada en la que aparecían dos mujeres con la cabeza tapada por sendos pañuelos marrones, que dejaban al aire la mitad de una cabezas perfectamente peinadas con raya en el medio. Ambas parecían mirar con deleite algo que la fotografía no mostraba. “Leer *Lolita* en Teherán. Una historia de amor, libros y revolución”, susurró. Ah, ahora lo entendía: estaban leyendo y, pese a que miraban para abajo, se adivinaba que sonreían. Charo pensó en la dueña del libro –imaginó una mujer mucho más joven, estudiante seguramente-, sentada también en un sillón o quizá tumbada en la cama dispuesta a seguir leyendo una historia que ella tenía entre las manos. Movi6 la cabeza de un lado a otro. “Azar Nafisi”, leyó como un párvulo, y volvió a repetirlo dos veces más sin tener ni idea de si Azar era un hombre o una mujer.

Pasó las hojas rápidamente, como el que busca con apremio un papel escondido. Lo que encontró fue un marcapáginas pequeño en el que aparecía dibujada una nube de mofletuda cara que soplabla las páginas de un libro. “Librería La Tramontana”, leyó, y lo devolvió al mismo sitio. Muchas de las páginas estaban subrayadas con trazos suaves hechos a lápiz, en otras aparecían anotaciones con letra estirada, como de médico, signos de interrogación, asteriscos. Lo que no encontró fue un nombre o un teléfono de contacto. Charo decidió que, al día siguiente, martes, estaría muy pendiente en el tren por si veía a alguien buscando el libro. Pero si no aparecía su dueña, como así fue, se hizo la firme promesa de leerlo costara lo que costara, que sería mucho, pues sólo recordaba haber leído a los chicos algún que otro cuento de ratones y princesas. Pero se lo debía a la persona que lo había perdido. Sintió el impulso de anotar el título en el reverso de la lista de la compra, que colocó en el monedero junto a las fotos de sus nietos. Esa noche se durmió con una extraña excitación.

Charo había tardado varios días en sentirse cómoda con el libro. Su problema era que no sabía cómo llevarlo: en el bolso, pesaba, y no siempre le cabía; tenía miedo de llevarlo en la mano por si lo perdía. Así que decidió guardarlo en la bolsa de plástico donde llevaba la fiambarrera con el tentempié de media mañana, una bolsa azul celeste con dos zapatos con ojos muy grandes que se daban la mano. Le gustaba ese dibujo y la bolsa era resistente. Había decidido leer el libro en el tren. A esas horas nada la entretendría y le vendría bien usar su cabeza para algo más que darle vueltas a sus miserias.

Al final de la semana, Charo ya sabía que Azar era nombre de mujer, que seguía viva y que el libro trataba de su vida como profesora de literatura

en Teherán, y de las reuniones que los jueves organizaba en su casa con un grupo de chicas. En ellas se leían y analizaban libros. Pero le surgió otro serio problema: no estaba segura de estar leyendo bien el libro. Claro que lo sujetaba igual que veía hacer a la gente en el tren, qué tontería, y pasaba las páginas chupándose fugazmente el dedo. No es eso. Es que no sabía si para leer un libro había que entender todas las palabras, porque en ese caso...

Durante el sábado se le ocurrió la solución a este problema. De los “nidos” que Charo desperdigaba por la casa juntando las monedas pequeñas que no llegaban al euro, las que aprovechaba para comprarse unas zapatillas en el mercadillo, o un pintalabios y unas horquillas de colores en los chinos, reunió lo suficiente para comprarse un diccionario escolar. Así que ahora tenía un trabajo añadido: anotar en una libreta las palabras que nunca había oído o que no entendía y buscar en el diccionario su significado. Y así, con caligrafía infantil, picudas las emes, con dificultad las erres, las zetas y con rabos muy ostentosos las oes, Charo iba escribiendo “transgresión”, “prescribir”, “laxitud” o “tribulaciones”, y por las noches –un poco con miedo a que Luis se levantara y la pillara- buceaba en su diccionario hasta pescar los nuevos significados que, con parsimonia, anotaba en la libreta.

Todo esto suponía para Charo un gran esfuerzo al que se entregaba con verdadera pasión, porque le proporcionaba un bienestar que jamás había experimentado. Y que no había comentado con nadie. La única vez que mencionó en voz alta algo referente al libro fue con su nieto mayor Samuel, que había comenzado el instituto. Fue el domingo siguiente de encontrar el libro.

-Samuel, hijo, ¿tú sabes dónde está Teherán? –preguntó Charo de

improviso, como si Teherán fuera el perro de la familia y hubiera desaparecido.

-¿*Terán*, abuela? ¿Qué es eso? –contestó de mala gana el joven, mientras pellizcaba un trozo de queso del frigorífico.

-Te-he-rán, en Irán. Se escribe con hache intercalada. Lo habréis estudiado en el colegio –le explicó bajando el tono de voz. Charo se mordió el labio inferior mientras vigilaba el caldo de la paella, segura de que había sido una mala idea hablar de ese tema con un crío al que sólo le interesaba el Madrid y los juegos de ordenador.

-Y yo qué sé, abuela. A mí no me rayes -. Y salió disparado de la cocina.

Samuel entró en el salón con ese fastidio adolescente dispuesto a hacer partícipe del chisme al resto de la familia.

-Al loro. Que dice la abuela que dónde está *terán* con hache intercalada.

Silencio. Risas.

-Eso es de los moros –dijo Luis, su padre, echándose un largo trago de cerveza-.

-Oye, mamá –gritó Rosario, la hija segunda-. ¿No se te habrá ocurrido hacerte amiga de alguna mora del barrio?

Charo consiguió salir airosa del trance inventando, mientras se se-

caba las manos con un trapo, que si una compañera del trabajo tenía una vecina que había venido de allí, y que hay que ver las cosas que contaba de aquellas tierras y, nada, simple curiosidad. Airosa y abochornada. El mismo trapo le sirvió para secarse una lágrima que, de vuelta a la cocina, le resbalaba por la mejilla. “Catorce personas, y nadie sabe si Teherán está a la derecha o a la izquierda de España”, pensó con rabia.

La comida transcurrió como siempre, excepto para Charo, que se había quedado colgada de un pensamiento. Se acordó de las mujeres de su libro, que aparecían ya desde las primeras páginas. Todavía no conseguía identificarlas bien, con esos nombres tan raros; pero se había quedado impresionada por lo que había leído hasta el momento: eran mujeres jóvenes, inteligentes, con aspiraciones personales y profesionales, que hablaban de cosas interesantes de las que ella al menos jamás había hablado con nadie, ni las había oído en boca de sus hijas o sus nueras tampoco. Y todo eso en medio de unas condiciones durísimas para ellas, que eran menos que nada en esa parte del planeta, que no sabía dónde estaba. “Un cero a la izquierda, como yo aquí”, se dijo mientras se levantaba para recoger la mesa. Y fue la primera vez que deseó con fuerza que todos desaparecieran de repente y la dejaran a solas para continuar leyendo. Así hubiera calmado su desasosiego. El deseo no fue concedido, pero a la mañana siguiente Charo llegó unos minutos antes a la estación para perderse más tiempo entre las páginas del libro.

Leía despacio, muy despacio. Cuando empezó el libro no terminaba una página por viaje; en varias ocasiones se mareó y se le revolvió el estómago y, cuando por fin consiguió acomodar el pan con leche en su sitio, se

entretenía como un bebé con una cuerda con cosas superficiales, que hacían que su viaje en tren pasara volando, como contar las palabras que contenía una página elegida al azar -doscientas cuarenta y ocho contó un día-, o leer las anotaciones del margen. Hasta que la historia de Nafisi y su grupo de chicas atraparon toda su atención, se personalizaron en su imaginación y la acompañaban allí donde fuera; y mientras fregaba las escaleras pensaba en esas mujeres que iban acercando a Charo un mundo desconocido. Seguía sorprendiéndose de la capacidad que tenía la escritora de trasladarla a las calles de Teherán, de infundirle el temor, la rebeldía de las mujeres, de despertar en ella las ganas de conocer más de cerca las obras que repasaban en las clases de los jueves, y que Charo ya había apuntado en su libreta, *Madame Bovary*, *El Gran Gatsby* y, por supuesto, *Lolita*, pese a que el tema de este último libro le había parecido un poco escandaloso. Luego ella sola llegó a una conclusión: lo que escandalizaba era la vida misma, las cosas que ocurrían a diario, y se enredaba en pensamientos de este estilo; algo, pensar, que había descubierto como un estupendo ejercicio para sobrellevar su día a día; y como para reafirmar este hecho, cuando llegaba a su parada repetía como un padrenuestro una frase que la anterior dueña del libro había resaltado con varias rayas de trazo grueso: la lectura como refugio; y guardaba el libro, bajaba del vagón y se entregaba a su rutina, que entonces le resultaba un poquito menos pesada.

Una mañana Charo se dio cuenta de que envidiaba en algo las vidas de esas mujeres. Al principio, el mismo pensamiento la asustó y se enfadó mucho. Cómo podía siquiera pensar esa tontería, cómo podía envidiar la obligación de llevar túnicas oscuras, pañuelos en la cabeza con los que debían tapar hasta el último mechón de pelo, porque podrían ser acusadas de

excitar a los hombres. Ser víctimas hasta del control de su imaginación, censurando libros, programas de televisión y películas. Mientras ella podía en verano ir a la piscina con un bañador floreado de fuertes colores, a muchos kilómetros de distancia, Yassi o Mitra no podían pintarse las uñas ni darse brillo en los labios; incluso algo tan sencillo e inocente como llevar unos calcetines rosa, estaba prohibido. Era ridículo, sí, pero a pesar de ello, Charo las envidiaba, porque habían conseguido burlar todas las prohibiciones y reunirse a leer historias, y se tenían las unas a las otras para apoyarse y seguir adelante buscando aquello que deseaban. En definitiva, vivían. Ella en cambio pasaba por la vida, sin ninguna inquietud. Había llegado hasta allí por pura inercia y no se había rebelado contra nada, ni contra nadie. Y lo peor era que ya no tenía tiempo para cambiar y, de tenerlo, tampoco sabría qué hacer. Y se sintió... ¿cómo lo habían descrito en el libro? Miró su libreta y encontró la palabra que buscaba: irrelevante. Esa noche lloró amargamente.

Un día, como otro cualquiera, Charo se topó de bruces con la última página. Fue más o menos cuatro meses después de que lo encontrara. Era viernes, día en el que salía antes de trabajar, y Charo se encontró de vuelta a casa repitiendo hasta memorizar las últimas palabras de Nafisi: "...seguí mi camino con alegría, pensando en lo maravilloso que es ser mujer y escritora a finales del siglo XX". Se sentía bien por ella. Valiente mujer, pensó.

Escuchó el anuncio de la llegada del tren a Alcalá de Henares. Eran las doce y media y el vagón estaba casi desierto. En un acto reflejo, se levantó dejando el libro en el asiento de su derecha y se dirigió con agilidad hacia la puerta. No volvió la mirada. Sabía que dejaba atrás lo más preciado que había tenido en los últimos años y, por eso, se sentía emocionada. Caminó

resuelta por la estación y así siguió hasta el barrio. Se dio cuenta de que caminaba demasiado rápido, porque tenía fatiga y comenzaba a sudar por el pescuezo. Pero tenía prisa. Pasó por delante de su portal hasta la esquina, saludó a Marina, la hija de la droguera, que estaba en la puerta fumándose un cigarro. Saludó a Misi y Josefa, vecinas de la escalera, que como era costumbre últimamente estaban enzarzadas en la conveniencia o no de pasar una derrama para pintar la escalera. Y siguió andando, casi corría ya. Hasta que a dos manzanas, vislumbró por fin el cartel. Entró sin resuello y se acercó al mostrador decidida, como si en lugar de pisar por primera vez la librería, hubiera entrado a comprar el pan. Pero la voz le salió de pajarillo. Buenos días. Quería, quería, y buscaba en el bolso. El librero miraba paciente la guerra que la mujer mantenía en el interior de aquel pozo negro, hasta que vio que sacaba el monedero y, de él, un papel doblado. Quiero este libro. Se llama *Lolita*. De Nabokov, apuntó el hombre, que bordeó el mostrador hasta un expositor repleto de libros. Lo tengo en edición de bolsillo y rebuscó hasta encontrarlo. Charo pagó y rechazó la bolsa. Ya nos veremos, se despidió con una media sonrisa. Salió con él pegado al pecho, apretándolo con fuerza. Comenzó a desandar el camino pensando en el maravilloso viaje en tren que la esperaba el lunes. Antes de llegar a la altura de Misi y Josefa guardó el libro en el bolso. Las volvió a saludar y señaló con la cabeza el mercado. Aún le quedaba por comprar el arreglo para la paella del domingo.



UN MAL DÍA

Manuel Enrique Mingote Muñiz



A María Antonia, por no merecérmele.

A
quella noche hizo un calor del demonio y Justa Cascales apenas pudo pegar ojo. Se levantó temprano, harta de dar vueltas en las sabanas húmedas, y fue a la cocina a prepararse un brebaje descafeinado. Estaba mojando en la taza media torta de san diego cuando se percató de la desgracia: Chuchi, su canario, yacía patas arriba en la jaula con el piquito entreabierto. A la Justa le dio un vuelco el corazón. Aunque era un pájaro grimoso, con el plumaje desteñido y repleto de calvas, le hacía mucha compañía. Durante veinte minutos intentó reanimarlo con un masaje, pero fue en vano; así que el bicho terminó en el cubo de la basura, envuelto en papel aluminio. La mujer pensó que aquella mañana se había levantado con mal pie. En realidad, llevaba haciéndolo desde que nació, pero ella no se remontaba tan lejos. Tenía por costumbre situar el comienzo de sus penalidades veinte años atrás, concretamente la mañana de marzo en que Abundio, su marido, perdió pie en el andamio y se despanzurró contra una acera de la calle Hortaleza. Le quedó una pensión de guasa, un retrato de boda siniestro y la imagen imprecisa de un tipo con bigotillo y gafas oscuras que, en nombre de la empresa, le palmoteó la vacuna al acabar el entierro. Justa lo recuerda a veces, sobre todo cuando anda con la moral baja, y enseguida

se le pone un nudo en la barriga que le sube despacito hasta la garganta. Luego se echa a llorar, como ahora, hasta que la angustia va desapareciendo poco a poco. Se limpió las lágrimas con la punta del camisón y cerró la bolsa de basura. Le dio repelús imaginarse el cuerpo de Chuchi, amortajado en el papel brillante junto a unas mondas de patata y cáscaras de huevo. Apenas eran las nueve de la mañana, pero hacía mucho calor. Pensó que lo mejor sería ir cuanto antes a casa de don Antonio. Si se daba prisa llegaría allí a las diez, en dos horas haría la faena y podría estar de vuelta a la una, con tiempo suficiente para aviar la comida. Además, así evitaba el rato de mayor bochorno. Fue al baño a asearse. Como todas las mañanas, el espejo le devolvió la figura de una mujer cincuentona y rechoncha, de pelo canoso y brazos forzudos. Y, como todas las mañanas, la Justa no reparó en ello. No se explica cómo pudo sucederle, tan cuidadosa como es, pero mientras se secaba el rostro con la toalla sintió esa especie de desconexión con el mundo que le es tan familiar. Instintivamente se echó mano a la oreja y no encontró el aparato. Le bastó bajar la vista para descubrir el sonotone sumergido en el agua del lavabo. Volvió a pensar que no era su día. Al comprobar que el artilugio no funcionaba, añadió a su reflexión que las desgracias nunca vienen solas y, de vuelta al plano de lo concreto, que tendría que llevarlo a arreglar por la tarde, y que como la Seguridad Social no le cubriese los gastos de reparación, este mes las iba a pasar más negras que de costumbre. El espejo mostraba ahora a una mujer con bolsas en los ojos, la mirada perdida y un pequeño objeto en la mano izquierda. Pero la Justa no se dio cuenta.

Lo primero que hizo Suso Cañamón al despertarse fue encender un fortuna que le revolvió los entresijos. A pesar de los petas y de las cervecitas de anoche había dormido fatal. Estuvo un buen rato en la cama, empapado

en sudor, desentumeciéndose los músculos y rascándose la greña. Luego se incorporó y escupió sobre las baldosas. A su abuela la llevaban los demonios cuando le veía hacer eso. Sonrió imaginando a la anciana en el umbral de la puerta, con cara de perro y llamándole de todo. Iba ya para cuatro años que la vieja había muerto y Suso la recordaba con una mezcla de cariño y tristeza. “Mierda”, dijo, y sacudió la chola intentando que se desvaneciera aquel rostro que pasaba del enfado a la dulzura. El cuerpo le pedía café. Fue para la cocineja y buscó sin éxito en el desorden. En la nevera había un botellín y al lado del fregadero una caja de aspirinas. “Tira millas”, dijo, y se embuchó la cerveza y dos pastillas. Bostezó con toda su alma y, como si hubiera pulsado un resorte oculto, le vino a la cabeza el estribillo de una canción. Lo repitió una y otra vez mientras se preguntaba dónde coño lo había oído antes. “En el loro del Sebas”, y rebobinó su memoria hasta llevarla a la noche anterior. Se ve sentado en el parquecillo de la plazuela escuchando los delirios de los colegas y la música atronadora del radiocasete. Alguien le pasa un porro y él eructa antes de pegarle una calada. “Joder, Espider”, dice el Toni, “apunta para otro lado”. Le mola su apodo. Siempre le habían llamado Suso, desde pequeño. Incluso mantuvo el nombre cuando dejó la escuela y comenzó las primeras chapucillas como descuidero, lo más bajo del escalafón. Luego se especializó en el escalo, que es actividad más gananciosa, y el Sebas se inventó el alias. “Pareces el Espíderman ese”. Le gustó, pero como resultaba muy largo se quedó con Espíder. Estuvieron hasta las tantas pegándole a la cerveza y al canuto, con el loro a toda pastilla, hasta que el Toni empezó con sus malos rollos y se apartó un trecho para meterse jaco. Seguro que a los diez minutos le tocaba el turno al Sebas. A Suso se le pone mal cuerpo cuando aparece la aguja, así que pegó un último tiento a

la litrona y se levantó del banco. “Me abro, que mañana tengo un currete”, atravesó la luz lechosa de una farola y se perdió en lo oscuro. Cuando se aburrió del recuerdo fue al baño y se dio una ducha fría que le llegó hasta las vísceras. De pie frente al espejo fue notando el efecto benéfico del agua helada y de las aspirinas. Mientras se peinaba la pelambre, comenzó a canturrear una rumba bastarda y a pensar en la faena que le esperaba. En su habitación abrió un macutillo verdoso y fue introduciendo el material que necesitaba. Poca cosa: guantes, tarjeta de plástico, un destonillador, esparadrapo y masilla. Serían apenas las diez de la mañana y ya hacía un calor de muerte. “Ay, morena, morena, morenita guapa”, decía la rumba.

Justa Cascales recorrió la calle Illescas perdiendo el culo. No la apremiaba el tiempo pero tendía a caminar siempre a toda biela, tal vez porque nunca tuvo un minuto libre y la prisa había acabado por instalarse en su cuerpo, igual que la devoción a los santos y el canguelo ante la autoridad. Cruzó hacia el metro por prohibido y un autobús estuvo a punto de hacerla papilla. Subió al trote las escaleras de la estación y se quedó en el andén, apoyada contra una columna. Pensó en el pajarito hambreado y en la jaula vacía colgada de un azulejo de la cocina. Sintió que el pecho se le encogía. “Qué bien cantaba”, y entornó los ojos intentando recrear los trinos, pero apenas percibió un rumor muy lejano. Cuando quiso darse cuenta el tren amagaba con cerrar las puertas. La Justa se introdujo en el vagón por milímetros, olvidando al canario y maldiciendo la catástrofe del sonotone. Apoltronada en su asiento, se entretuvo experimentando la extraña sensación del silencio, algo que hasta una hora antes asociaba tan sólo con su cama y con la noche, con la soledad absoluta. Le resultó curioso que el metro arrancase sin ruido y que las bocas de esas dos chicas sentadas enfrente

se moviesen sin emitir sonidos, pero cuando un hombre mayor le preguntó la hora y ella no escuchó su voz, sintió algo similar al desamparo o, quizá, al miedo. La rescató el rótulo de la estación de Tribunal al otro lado de la ventanilla, se levantó como un muelle dejando al viejo sin respuesta y ganó el andén a saltitos. Caminó con el piloto automático por unas galerías que había transitado mil veces. En un recodo varios muchachos se movían como anguilas percutiendo tambores. La Justa volvió a sufrir la desazón de la sordera ante esos golpes mudos, pero unos metros más allá olvidó aquella angustia difusa a la vista del convoy que entraba en la estación. Se acomodó en un ángulo del vagón y se dejó mecer por el ritmo de la máquina mientras proyectaba sus planes para aquel miércoles de agosto: dentro de un rato en casa de don Antonio, a las doce en la calle y a la una en casita preparando la comida. Luego daría una vuelta a la casa y fregaría los suelos, que se ponen perdidos de un día para otro, y enseguida zumbando para la tienda con el sonotone, a ver si con suerte e insistiendo el señor se lo tenía para mañana, o para el viernes si acaso. La Justa suspiró casi contenta, sin duda porque eso de tener las cosas claras, saber lo que nos depara el futuro más inmediato, es como un bálsamo relajante. Miró por la ventanilla y distinguió los farolillos de dos obreros que se habían protegido en una hornacina. El tren salió del túnel y el exterior se iluminó con los fluorescentes de la estación. La Justa se agarró a la barra, avanzó dos pasos y esperó que se abriesen las puertas. Tenía mojado el vello de las axilas.

Suso Cañamón llegó a la plaza de la Grosella y enfiló la calle del Geranio. En Eugenia de Montijo, que es topónimo más potable, echó en falta un desayuno de verdad. Entró en «Los doce hermanos» y se acomodó en la barra. Estaba repleta de fuentes infames con patatas bravas fosilizadas,

albóndigas rojizas y boquerones venenosos. Pidió café con leche y una de churros. Mientras le servían recordó que a su abuela le chiflaban aquellos garabatos fritos. Sin que pudiera evitarlo, la cara arrugada y las tocas negras volvieron a surgir del pasado para materializarse en la banqueta de su derecha. La vio mojar en la taza blanca y masticar con esfuerzo. Luego, después de limpiarse con una servilleta de papel, le sonrió. El Espíder apartó los ojos e intentó volver al presente. Apuró el café deprisa y dejó unas monedas junto al platillo. Aunque salió del bar con andares de optimista, le recorría el cuerpo una extraña sensación de inquietud. Caminó hasta General Ricardos fumándose un pitillo y esperó bastante rato en la parada del 34. A los diez minutos empezó a mosquearse y a los veinte le hervía la sangre. Cuando por fin apareció el autobús, los pasajeros pudieron ver a un melencudo treintañero embroncándose con el conductor. Era un tipo delgado pero fibroso, de esos que usan vaqueros ceñidos y playeras abultadas. Llevaba una camiseta naranja y un macuto verde. Lo estuvieron analizando un par de minutos, el tiempo que duró el incidente, pero cuando el fulano se acomodó al fondo nadie volvió a pensar en él.

Ni Espíder en ellos, atento ya a unas calles que conocía de memoria y que por eso le interesaban. Con la nariz pegada al cristal de la ventanilla, rememoró batallas épicas con las pandillas de Oporto y Opañel. De aquellos choques tumultuosos conservaba un par de cicatrices muy aparentes e imágenes borrosas de cabezas rotas y jetas ensangrentadas. Se sonrió ante aquellas dreas remotas y, durante un momento, pasó revista al destino de camaradas y enemigos. Los más acabaron de currantes en el metal o ejerciendo de alondras, vivían por casa dios en pisos minúsculos y estaban casados con tías gordas de mala leche. Otros, como el Ángel o el Chepa, se

habían ido al otro barrio con un tiro entre las cejas o las venas reventadas por la estricnina. Pero él seguía en la brecha, vivito y coleando, y sin que ningún capullo le dijese lo que tenía que hacer. Por un ángulo aparecieron los cipreses del cementerio de San Isidro y sintió otra vez una turbia sensación de desasosiego. Allí estaba enterrada su abuela. Luego el autobús atravesó el río y subió hasta Embajadores. Para entonces el Espíder había olvidado a los muertos. Camino de Atocha encendió un cigarro. Al llegar a su parada, el conductor le gritó algo y él le mandó a tomar por saco.

De la boca del metro a casa de don Antonio no habrá ni doscientos metros. Ahora bien, son cuesta arriba y a la Justa se le atragantan. Hace tiempo que le sucede. En invierno lo achaca al frío y a la solanera en verano. Quizá debiera reconocer que los años le van quitando fuelle a los pulmones y potencia a las pantorrillas, aunque eso sería tanto como aceptar lo inasumible: que la mujer todoterreno de no hace mucho, capaz de llevarle el pulso a un camionero, se está convirtiendo en una vieja achacosa y sorda, beneficiaria de una pensión de risa e incapaz a corto plazo de limpiar las mugres ajenas. Así que le echa la culpa a los elementos, y al coronar la pendiente, enfrente del Retiro, resopla con fuerza y se seca el sudor con el dorso de la mano. Mira el reloj y ve que son las diez en punto. Junto al portal, abre el bolso y busca las llaves. Cuando atraviesa la deliciosa penumbra hacia los ascensores, no puede dejar de admirar las paredes forradas de madera, los grandes espejos del fondo y los apliques de bronce. Mientras oprime el botoncito de llamada, compara cada uno de aquellos elementos con el terrazo descolorido y los muros cenagosos de su portal. Lo hace siempre y cada vez llega a la misma conclusión: es ley de vida que haya ricos y pobres. Las puertas metálicas se cierran tras ella y enseguida se ve en el rellano del

tercero. Permanece unos segundos en suspenso, sin atreverse a usar la llave, quizá porque es una mujer medrosa y ha oído a la panadera de su barrio historias truculentas de robos con fractura. “En verano se quedan las casas solas y los ladrones aprovechan ¿sabe usted?”. El portero del inmueble está de vacaciones y don Antonio se largó el lunes a las chimbambas por asuntos de trabajo. Eso le da miedo, pero se arma de valor y penetra en el piso. Por suerte no halla más desorden del habitual. Huele a tabaco rancio. La Justa recorre las habitaciones descorriendo cortinas. En el baño tropieza con una botella vacía de ginebra. No le sorprende en absoluto. Don Antonio es fotógrafo de prensa y lleva una vida de locos, entrando y saliendo. Además es de esos tipos que dejan los calzoncillos colgados de las lámparas. “Un guarro”, piensa la Justa mientras recoge del suelo un cenicero repleto de colillas. Sin embargo, todo hay que decirlo, es una buena persona que no pone peros a nada, paga sin rechistar y se fía totalmente de su asistenta. En el aseo de servicio, Justa descuelga una bata verdosa y se cambia. Luego, camina hasta el salón y enciende la radio. El piloto rojo se ilumina pero el aparato permanece mudo. La Justa agita el cacharro con vehemencia. De pronto cae en la cuenta de su sordera y experimenta una aguda sensación de impotencia. Se resigna al aislamiento, devuelve la radio a su sitio y opta por la terapia del trabajo. Aunque sea incapaz de formularlo, ella sabe que el esfuerzo físico conduce a una especie de limbo cerebral, a un estado casi hipnótico que elimina cualquier posibilidad de reflexión y, por tanto, todo malestar. Así permanece un buen rato, acaso una hora, lustrando muebles y abrigando cristales. Hace un calor terrorífico pero la Justa casi no lo percibe, abstraída en sus polvorientas faenas. Ahora recorre el largo pasillo en cuclillas, armada de trapos y cera, frotando la tarima con vigor. Siente

una leve molestia en los riñones y se incorpora para mitigarla. Al hacerlo se olvida de esa puñetera ventana que se abre sola. El impacto del metal contra la coronilla le arranca un grito de dolor. Cuántas veces no le habrá dicho al adán de don Antonio que hay que arreglar aquello. “Qué desastre de hombre”, piensa la Justa, y se acaricia la zona dolorida. Le está saliendo un chichón de órdago.

A eso de las once de la mañana Suso Cañamón, alias Espíder, atraviesa como una lagartija la glorieta de Atocha. El sol cae a plomo sobre el asfalto y el cemento reverbera. Cualquier otro maldeciría, pero él sabe que los calores de agosto son los que alejan a los palomos de sus guaridas, facilitándole la labor. En invierno el negocio está jodido. Salvo en algún que otro puente ni el tato se mueve de casita Y, así, la verdad, no hay quien trabaje. Además el frío y la lluvia son un mal asunto. Por menos de un pitillo se te resbalan los tachines y se acabó la historia. Ya va caminando a la altura del Gobierno Militar, con cimbreos de peso gallo y chasqueando los dedos de la mano izquierda. Piensa que sobre la una o una y media, si todo carbura como debe, se volverá para el barrio a trincar unas birritas y papear donde se le ponga. Luego se echará una siesta buena y, de pillar colorao o algún género guapo, lo mismo busca al Martínez para colocárselo. El Martínez es un cabrón y chulea a todo el que puede, pero como él no está con el jaco y no tiene prisa, siempre le saca más talegos. Al llegar a la puerta del Retiro se sienta en un escalón y enciende un pitillo. Estuvo el lunes trabajándose la zona y se decidió por el bloque que observa ahora. Por la pinta está claro que es una casa de pelás, y con la ventaja de que el portero anda de vacaciones. Comprobó por el telefonillo que, como poco, hay nueve pisos vacíos. Se coló en el portal tirando de tarjeta y anotó los nombres de los sujetos.

Luego se dedicó a buscarlos en la guía y telefoneó varias veces. No contestó ninguno. El Espíder apura el cigarro y arroja la colilla al suelo. Ha decidido empezar por el tercero derecha, más que nada porque según el buzón el dueño es fotógrafo y fijo que guarda un material bueno. Probablemente más tarde limpie un par de viviendas más, todo depende de cómo le vaya. En este curro nunca se sabe: lo mismo llenas el morral a la primera que te tiras cuatro horas para levantar una medallita de primera comunión. Lo que Suso tiene claro es que hay que ir al metálico, a las joyas y a la mercancía pequeña. Nada de teles y vídeos: valen tres reales y te la juegas en el transporte. O sea, que nanay. Espera que el semáforo se ponga verde y cruza la calle. Como es un profesional minucioso, se acerca al portero automático y pulsa con insistencia el botón del tercero derecha. Nadie responde. Saca del macuto una tarjeta de plástico y abre la puerta en dos segundos. Atraviesa con sigilo la fresca penumbra y va derecho a las escaleras. Las sube cuidadosamente, la oreja atenta a cualquier ruido, pero sólo percibe el leve rumor de sus zapatillas. Cuando llega a la tercera planta, atraviesa el rellano como un fantasma y queda junto a la ventana del patio de luces. Tarda poco en distribuir por los bolsillos del vaquero el destornillador, la masilla y el esparadrapo. Luego se ajusta los guantes y se seca el sudor de la frente. «Vamos pa'llá, chavalote».

A la Justa le ha llevado más de media hora limpiar la terraza. Mide casi treinta metros cuadrados y en cuanto llega el buen tiempo don Antonio monta allí más de una farra. El fin de semana debió de liar una de espanto. El catalán está cubierto de latas de cerveza y restos de comida. El calor los ha fermentado y la Justa ha tenido que fajarse como un comando con legiones de moscas voraces. Al acabar la faena permanece un par de minutos

contemplando su labor. Mientras observa con satisfacción las jardineras alineadas y las tumbonas relucientes, se acaricia la cabeza y detecta un chichón que parece un cuerno. Son las doce menos veinte y le falta arreglar el baño grande. El interfono comienza a sonar con reiteración, lo menos ocho o nueve veces, pero aunque la asistente pasa junto a la cocina no se entera de la llamada. Camina decidida hacia el baño con la fregona en la mano. Está deseando acabar. Desinfecta el inodoro a base de amoníaco y luego se lanza sobre el lavabo. Mientras, Suso Cañamón abre la ventana del patio de luces, se encarama al alféizar y mira hacia abajo. «Hostias», se dice a sí mismo. Aunque por razones obvias superó el vértigo hace años, no por eso le pasa desapercibido el riesgo; y ante sus ojos se manifiesta un abismo respetable. Enseguida echa un vistazo al panorama, analiza las dificultades del escaló y estudia la mejor vía de acceso a la vivienda. Descubre una primera ventana enrejada a poco más de un metro de su posición y maldice al propietario. La segunda está desguarnecida, pero se encuentra a unos tres metros de la otra, una distancia peligrosa. Entre ambas, no obstante, discurre verticalmente la conducción general del gas. Aparenta solidez y puede servirle de ayuda para alcanzar el objetivo. Se decide a intentarlo. Bien aferrado al muro, alarga la pierna derecha hasta tocar el poyete. Luego acomoda el pie izquierdo en una rendija entre dos ladrillos y queda sobre el vacío. Rápidamente su mano derecha busca las rejas. Ya afianzado, un golpe de riñones le permite llevar su cuerpo hasta el alféizar. Resopla con energía, escudriña a través de los cristales biselados y le parece distinguir el interior de un pequeño aseo. Mira a su derecha y prepara el asalto a la tubería del gas. El zureo de una paloma en el otro extremo del patio le sobresalta y le hace girar la cabeza. El animal remonta el vuelo y se pierde de vista. Espíder sonrío y piensa

que ahora le vendría muy bien tener un par de alitas. Mientras él calcula la distancia, la Justa acaba con el bidé. Ha dejado el baño como los chorros del oro, con los sanitarios bien limpios y el espejo resplandeciente. Apesta a lejía, aunque la mujer está tan acostumbrada a aquel olor que no lo percibe. Recoge los cacharros y el cubo y sale al pasillo. Si mirara a su izquierda vería que la ventana defectuosa ha vuelto a entreabrirse, sin embargo camina ligero a la cocina sin percatarse de ello. Allí guarda cada cosa en su sitio, abre el frigorífico y coge un botellín de tónica. Don Antonio le tiene dicho que se tome lo que le apetezca y, aunque a ella le da un poco de reparo, en ocasiones cede a la tentación. Por no manchar un vaso, bebe a gollete recostada en el lavaplatos. En ese mismo momento, el Espíder, en un alarde de técnica alpinista, se adhiere a la fachada y al cilindro del gas haciendo honor a su alias. A la vez que la Justa termina la bebida y arroja el casco a la basura, él está muy cerca de conseguir sus propósitos: la punta de la playera roza el poyete y los dedos avanzan centímetro a centímetro por la superficie de ladrillo visto. La Justa entra en el aseó de servicio, se quita la bata verdosa y se lava las manos. Cuando sale del cuarto a echar una última ojeada a la casa, Suso acaba de alcanzar el alféizar. El sudor le cae a chorros por la frente y nota la camiseta pegada al cuerpo. Tiene la boca pastosa y daría lo que fuese por beberse una cerveza. La asistente revisa el piso. Al asomarse al pasillo descubre que la ventana está un poco entreabierta. Suso, al otro lado, también se da cuenta. No le hará falta forzarla. En cuclillas sobre el poyete se dispone a empujar el batiente. La Justa ha recorrido el pasillo y, sin mirar siquiera, cierra la hoja de golpe, ajustándola al marco. El Espíder apenas llega a entrever la mano que golpea el cristal. Siente el empujón y pierde irremisiblemente el equilibrio. Mientras cae al vacío emite un grito ronco

que no parece humano, pero la Justa no puede oírlo. Tampoco el impacto seco del cuerpo que revienta doce metros más abajo. La mujer tarda muy poco en repasar el resto del piso. Enseguida sale al rellano, cierra la puerta blindada y guarda con cuidado las llaves. Son las doce en punto. A la una estará en casa preparando la comida. Y, por la tarde, a arreglar el sonotone. Le da rabia pensar en ello pero, qué le vamos a hacer, se dice, cualquiera tiene un mal día. Y suspira resignada.



POR LA OSCURIDAD MORADA

Antonio M. Herrera



“... por la oscuridad morada de la calleja miserable que da al río seco, los niños juegan a asustarse, fingiéndose mendigos. Uno se echa un saco a la cabeza, otro dice que no ve, otro se hace el cojo.”

(Platero y yo, J. R. Jiménez)

El sol de invierno, un aliento de aire calentito, a ras de suelo, se desmaya por la calle enrollada. De espaldas a él, un corro de mujeres matan la tarde cosiendo. Hablan en voz tan baja, tan ensimismada, que las palabras parecen puntadas. De vez en cuando, conforme avanza la raya de sombra, reculan las sillas de costura hacia la solana para prolongar la tibieza del momento.

A unos metros de ellas, juegan unos niños. Juegan a afanarse, a reproducir la vida. Han buscado restos de ladrillos y los llaman camiones. En ellos, transportan guijarros, astillas, fragmentos de no importa qué. Cada uno descargan la mercancía en su parcela y, con ella, van levantando pacientemente, en frágil equilibrio, arquitecturas que poco a poco se convierten en elementales construcciones que llaman casas. Con un sentido de provisión arbitraria, almacenan en ellas todo lo que encuentran: trozos de cristal, cajas de cerillas, chapas de botella. Y otra vez tornan en busca

de más material, arrastrando los vehículos por la magra carretera que ellos mismos han trazado a base de idas y venidas.

Tan embebidos están en su trajinar que no oyen las recriminaciones de las costureras, ensordecidas por el rugido de motores:

-Parar ya, criaturas. ¡Qué tostón!

Tres niñas se acercan, en ese momento, con las manos llenas de bayas de escaramujo, endrinas, majuelas y “panes” de malvas que habrán cosechado en la calleja de la herrería. Llevan en las caras la radiante satisfacción del trabajo bien hecho y del sofoco del sol. Los niños las miran un instante como si fueran forasteras, con una sorprendente mezcla de indiferencia y asentimiento, como aceptando su trajín doméstico: las casas, además de enseres, necesitan comida, y lo que ellas hacen está bien: cada uno, a lo suyo, como debe ser. Las niñas, con el aire experto de mujeres que dirigen el abastecimiento familiar, se intercambian los ingredientes.

- Uy, se me va a hacer tarde, y aún no he empezado a aviar la comida.

Un conductor, a unos palmos que son kilómetros, se dirige al aire:

-Eh, oiga, buen hombre, ¿dónde hay una gasolinera?

El que pide información, como en realidad no pregunta a nadie, se contesta a sí mismo:

-¿En aquella curva? Ah, gracias. Rrrr...

Y otro más allá finge una avería:

-¡Un mecánico, un mecánico! Me se ha eschangao el camión.

Un mecánico voluntarioso, que surge de la distribución orgánica del trabajo, se queja:

-Jo, qué pelma. A ver si conduces mejor, que ya van tres veces. Allá va una grúa.

En cuclillas, arrastrándose, sentados o girando sobre sus agudas rodillas, los niños dan a la tarde una cadencia, una intensidad de poblado que no para, con un convencimiento asumido y responsable. Para ellos, desde luego, la felicidad no está en lo que se tiene, que no es gran cosa, sino en lo que se inventa o se busca.

Una de las niñas, junto a la pared donde crece milagrosamente un membrillo, ha instalado un tenderete abastecido de cáscaras de nueces e, imitando al pregonero, atipla la voz y alarga las cadencias finales:

-Acaba de llegaar... un camióon... con toda clase de frutas. El que quiera compraar... en el pilón de abajo está a la ventaaa...

Es una hermosa creación la suya. Un poco de barro, unas piedras, los restos de cualquier cosa, y ya está montado el juego, un mundo inventivo, muy bien organizado.

El cielo se abre en un azul ya un poco violeta. Algunas chimeneas, como recreándose en la hora o anticipándose a la noche, respiran hacia el aire bruñido, impoluto.

Un chaval, con mocos en la cara y las manos gorrinas, abandona el juego, se acerca a una de las costureras y le tira de la manga:

-Madre, la merienda.

Más atenta a la labor que a la demanda, la madre refunfuña:

-Ahora voy.

Pero el niño insiste y la madre, mirándolo ahora de verdad, se desprende de él de un manotazo:

-¡No me toques con esa pringue, Quique! -y, recogiendo el cestillo de costura, decide: Me voy a atalantar a este porque, si no, no calla...

La madre se levanta meneando la cabeza y le da al hijo la sillita de asiento de enea.

Como una aparición que absorbiera el desarrollo de la escena, viene, calle abajo, otro chiquillo con un juego de parchís bajo el brazo y una caja de pinturas en la mano. Los demás interrumpen el juego y le siguen con una mirada larga, silenciosa, hasta que desaparece por la esquina con el gesto orgulloso y cauto de un perro que acaba de atrapar una presa.

La mujer, mientras se acerca a la puerta, murmura sin dar ninguna importancia a su comentario:

-Mira, ese ya se lleva los reyes a casa.

Quique ha captado el comentario porque, poniéndose delante de la madre, le espeta:

- ¿Y a mí qué me van a echar?

- Un corre-corre-que-te-cagas -le contesta, fulminante, la madre.

Pero él no pregunta por preguntar, así que insiste:

- Venga, ¿qué me van a echar?

- Lo de siempre, so pelma.

Ya sabe él qué es lo de siempre: alguna fruslería y una pequeña bolsa de caramelos. Si alguien le dijera que, para merecer otra cosa, tendría que escribir una carta a los reyes, pensaría que eso son tonterías de niño de ciudad: él tendrá lo que toca tener por un designio de vete tú a saber quién.

Pero se rebela contra ese fatalismo y, para ablandar a su roñoso destino, vuelve a la carga, aunque temiendo algo parecido a un sopapo:

- Yo también quiero eso... -y señala la esquina por donde ha desaparecido el del parchís y la caja de pinturas.

El destino no debe de andar sobrado de luces porque no entiende o no quiere entender lo que el muchacho exige y, con un tono que es más negativa que pregunta, se le encara:

- ¿El qué?

- Lo que hay en ca la tendera.

Se resiste a pedir algo en concreto, quiere que, al menos, le den una sorpresa.

El destino, de nuevo, como es tan sordo como ciego, le contesta sin ningún apasionamiento:

- Bueno, después de merendar, vas a preguntar que cuánto cuesta un plumier.

- Bah, eso no me gusta.

- Pues una pizarra y un pizarrín de manteca.

- Eso tampoco me gusta.

La réplica ha conseguido irritar al destino. Así que ahora vendrán los rayos y truenos.

-Pues, entonces, nada. Y a callar.

-Buenooo -reniega el chaval sin ningún asomo de aceptación.

Como último cartucho contra lo que cree irremediable, Quique pega una patada en el suelo, tira la silla y se va, calle adelante, con la cabeza gacha y una lágrima de rebeldía en el rabillo del ojo. Eso sí que no deben verlo los demás. El vencido ha de conservar su dignidad: puede ser víctima de los hados pero no un llorique. La divinidad, por su parte, no se rinde y grita ásperamente mientras abre la puerta.

- Oye, cacho ser, ven acá.

Pero el cacho-ser piensa que hay que resistir. Aunque herido, se mantiene en su campo de lucha. Hay espectadores al otro lado de la calle que observan el duelo.

- Ven aquí, te digo. En cuanto venga tu padre, verás.

Ah, no, eso sí que no: contra la divinidad tonante no tiene armas suficientes. Se acerca, pues, capitulando con paso lento y restregándose por la pared. Más vale una batalla perdida que una derrota total. La diosa madre le espera con los brazos en jarras.

- Coge la silla ahora mismo, y pa dentro. ¡Y no rechistes! Mira que llegas a ser mulo, hijo.

El mulo Quique pasa a la penumbra del portal con el gesto de un perro experto, el cogote encogido, la espalda cóncava y las piernas dispuestas a correr, pero el pescozón no llega.

La tienda está abarrotada de mercaderías, sin orden o con un orden difícil de explicar. El olfato percibe una extraña amalgama de galletas, bacalao y esparto.

En una alacena acristalada, la escasa luz se refleja en los juguetes, sobre todo en los rostros alelados de unas muñecas que se han expuesto, como una triste tentación, en sus cajas destapadas. Quique se ha fijado en un camión, todo de madera, pintado en colorines llamativos. Sobre todo, se ha fijado en las ruedas que, aunque paradas, dan la sensación de estar girando.

La tendera, una mujer de cara rechoncha y mirada franca, se agacha sobre el mostrador:

- A ver... ¿y tú qué quieres, Quique?

El muchacho, con una voz que no quiere ser oída y que responde más a un mandato que a un deseo, recita:

- Que me ha dicho mi madre que cuánto cuestan los plumieres.

La tendera, incrédula ante lo que acaba de oír, meneaba la cabeza con un vaivén de derrota y, mirando a la parroquiana que espera su turno, murmuraba: Ya te digo yo... Luego contesta al muchacho a regañadientes:

- Dile que los hay de diez y de quince pesetas.

- Bueno.

Quique da media vuelta, abre la puerta y sale a la noche, muy serio, muy desangelado. La luna ilumina mustiamente la plazuela.

La tendera se ha quedado estupefacta. Moviendo los párpados como si intentara despertar, reacciona y decide lamentarse ante la otra clienta que, como un miembro de coro hierático, ha presenciado la escena sin mover un músculo:

- Pobres críos... No me lo puedo creer. Qué poca ilusión, algunas madres-. Finalmente, espantando sus moscas interiores, pregunta: ¿Qué te pongo, Encarna?

- Medio kilo de azúcar y un cuarto de pimentón. Del terreno, ¿eh?

La tendera vuelve a su cantinela, mientras despacha:

- Mira que mandarles a ellos a preguntar por los reyes... A las niñas, al menos, se lo guardan a buen recaudo.

- Vaya..., -comenta la otra, no se sabe si sorprendida o indiferente.

-¿Los míos? Mira que lo están viendo todos los días. Pues si me entero que lo adivinan, nada, sin reyes, se quedan sin reyes. Como me llamo Milagros.

La parroquiiana recoge la mercancía y sentencia con el mismo tono ritual con que daría el pésame:

-Pues así es la vida, maja. -Y sin ningún intervalo, se despide: Bueno, hasta mañana.-Como si supiera que ya había cumplido su papel en el escenario, se retira con parsimonia pero, al llegar a la puerta, se arrepiente, se para y dicta:

- Y apúntame para el sábado.

Al rato, vuelve Quique con una impresionante dejadez de persona cansada. Se le nota una rabia contenida, un gesto de humillación demasiado grande para sus pantalones cortos.

Ni siquiera espera la pregunta de la tendera. Recita con la voz opaca de quien es consciente de su impotencia, de quien acepta a regañadientes lo inevitable.

- Que me dé el de diez pesetas.

Y deposita en el mostrador las monedas. La mujer se resiste a dárselo.

Ni siquiera se permite un comentario. Volviéndose de espaldas para disimular la artimaña, pone unos caramelos minúsculos en el estuche, lo envuelve con un papel de inútil lujo y se lo entrega. Esta vez, su mirada, emocionada y triste, acompaña al muchacho hasta la puerta.

Ya en la calle, Quique se para, se sienta en un poyo, bajo la ventana iluminada de una cocina, abre el envoltorio y empieza a triturar un caramelo con la parsimonia de un rumiante.

Tras la esquina, aparece, con una olla de latón para la leche, el muchacho del parchís y la caja de pinturas.

- ¿Qué comes?

- Un caramelo.

- ¿Me das uno?

- Bueno.

Quique le tiende uno y, de pronto, se le iluminan los ojos.

- ¿Jugamos mañana con tu parchís?

- Bueno -responde el otro.

A Quique el triturar entre dientes la golosina le suena al hueco tintineo de una ficha en el cubilete del parchís.

La luna, allá arriba, muy arriba, anuncia escarcha de enero y da a la noche un tinte de desangelado estoicismo.



LAS SIETE VIDAS DEL CÍSPE

Juan Carlos Muñoz García



Cuando vio el escenario comprendió que había tocado fondo. No era que no hubiese actuado en sitios peores, pero al principio la ilusión por triunfar y más tarde la necesidad de llevar un sueldo a casa habían anestesiado con eficacia durante muchos años las veleidades de Javier. Mas descartada hacía tiempo la quimera del triunfo y con la familia escurrida por los sumideros de la vida, no pudo seguir engañándose, y miró con aprensión el remolque de tractor, mal acondicionado y apestando aún a estiércol, sobre el que estaban montando el micrófono y un remedo de candilejas.

- ¿Qué le parece, maestro?

Nos apañaremos con esto, mintió ante el orgulloso concejal de festejos, a sabiendas de que en pueblitos como aquél la susceptibilidad puede dispararse por cualquier nadería. Los amplificadores irían sobre dos balas de paja que ya tenían preparadas, y se podría cambiar en el cuartito de las herramientas, aunque no tenía agua. No importa, vendré duchado de la

fonda, Javier necesitaba estar solo a toda costa, y se apresuró a dejar cerrado el trato, encargando de los flecos finales a Mazo, el conductor de la camioneta y único miembro de su orquesta. La visión de las banderitas deshilachadas que colgaban al tresbolillo terminó por derrumbarle, y sin darse cuenta se llevó las manos al pecho, como hacía maquinalmente desde que había sufrido el último infarto. Me duele un poco la garganta, quédate tú con el señor para acabar con todo, finalizó la frase conforme salía de aquella especie de establo con ínfulas, sin poder disimular unas ganas de llorar que no recordaba haber tenido desde hacía muchísimos años.

Al llegar a la fonda pidió con mucha dignidad la llave, subió sin apresurarse las escaleras, y finalmente se dejó caer en la cama para prorrumpir en un llanto pausado, de dolor profundo. El horrible papel pintado, los inenarrables cuadros que tapaban los desconchones, la colcha áspera y mugrienta: todo parecía haber sido escogido como escenario ideal para dar rienda suelta a su frustración. Contuvo a duras penas el ansia de abalanzarse sobre el paquete de Ducados que guardaba siempre en el fondo de su maleta (un cigarrillo más, le había advertido su médico, y tu garganta se secará como una fuente, y no te quiero ni contar qué pasará si te fumas media docena), pero ni pudo ni quiso reprimir el impulso de sus manos temblorosas, que, trazándose un atajo entre los trajes cien veces remendados y los potingues del maquillaje, atraparon con una seguridad de tenaza el álbum de sus antiguos recortes de prensa, que ya hacía mucho que habían adquirido una textura de papiro, sensibles al roce de los años y de tantos dedos melancólicos. El rugoso forro de imitación de piel le tranquilizó lo suficiente como para dejar de llorar, y, tras arrojar al suelo los dos o tres absurdos *bibelots* que intentaban embellecerla, depositó sobre la mesita de

madera aquella colección de viejas fotografías, la más nueva de las cuales ya tenía más de diez años, pero cuya mera visión bastaba para que Javier Martínez Díaz, Tony Jairo de nombre artístico, olvidase la dureza de los caminos, la ingratitud del público, la mezquindad de una ex-mujer y la larvada amenaza de un corazón renqueante.

Allí lo encontró Mazo, casi una hora después, tumbado sobre la cama con la chaqueta aún puesta, tarareando las canciones que ya nadie le pedía, al tiempo en que acariciaba el tacto escamoso de sus recuerdos. Tardó en darse cuenta de que no estaba solo, y cuando reconoció al chaval (la melena escandalosa, el pendiente, las ojeras que la noche o la droga habían tallado en un rostro por otra parte aún bastante infantil) se llevó instintivamente a la cara el dorso de la mano, por si quedaba alguna lágrima delatora. Forzó una sonrisa y explicó que había tenido la necesidad de contemplar sus viejas fotos. Mazo se encogió de hombros.

- Me parece bien. Tocamos a las ocho.

Se dio media vuelta y salió de la habitación. El portazo dijo lo que su conversación había silenciado: que estaba harto de aquel vejestorio. O, por lo menos, eso fue lo que interpretó Tony. Apenas quedaba un mes para que los dos jovencuelos que completaban el grupo de Mazo regresasen de un viaje por Australia, y a partir de ese momento tendría que empezar la búsqueda de un nuevo hombre-orquesta, alguien que, además de encargarse del mohoso sintetizador que suturaba los percances de su voz, se las apañase con la iluminación y el sonido, negociase los cada vez menos frecuentes contratos, y, por si fuera poco, supiera conducir una camioneta en cuyos

costados se desteñían unos rótulos enormes que anunciaban al Fabuloso Tony Jairo, el Rey del Bolero, tercer clasificado en el Festival de la Canción Melódica de Peñíscola de 1984. Esto se acaba, suspiró meneando la cabeza, esto se acaba, mientras guardaba el álbum de fotos, ignorante embajador de un país ya extinguido.

Las campanadas de la iglesia le recordaron el hambre que no sentía, y se acicaló un poco para bajar a comer algo. Sabía que Mazo ya estaría echándose la siesta (para ser un hippie, pensó, tiene un horario de lo más burocrático), por lo que se sentó en una de las mesas del fondo, y pidió un caldito caliente, macarrones y un flan, aún a sabiendas de que no iba a probar bocado, como efectivamente sucedió. Ante el gesto ceñudo del patrón al retirar los platos intactos tuvo que improvisar una repentina acidez de estómago, que no pareció muy convincente, por lo que no le quedó más remedio que acudir a su condición de artista.

- Es que soy el que actúa esta noche, y no conviene encontrarse pesado. Tony Jairo, ya sabe. El Rey del Bolero.

El patrón le miró con indiferencia, y mientras volvía a la cocina musitó algo como que él ya hacía mucho que no iba a ese tipo de espectáculos. Para disimular, Tony se puso a jugar con el postre, pues le daba terror pensar que incluso para los gañanes como aquél no era más que una reliquia, uno más de los muebles inservibles que sin duda almacenarían en el granero o en el pajar, prestos para el hacha o el chatarrero, para la chimenea en el peor de los casos. Soy como un almanaque usado, no supo si se le acababa de ocurrir o era algún verso de las miles de baladas que había

tenido que aprender para luego olvidar, y notó que las lagrimas volvían a sus ojos, solo como se encontraba entre aquellos labradores que jugaban al dominó o bebían sin prisa su anís. Como un almanaque usado, repitió, y le asaltó un deseo indomesticable de estar muerto, de llegar de una vez por todas a ese cielo de algodón que le prometieron los curas de su infancia, al que con tanto fervor se encomendaban o ponían por testigo los sufridos protagonistas de sus boleros, y en el que ya le esperaban su madre y un hijo muerto de sobredosis, al que apenas conoció pero de cuya desgracia siempre se sintió íntimamente responsable. Esperando el último vuelo, canturreó conmovido, limpiándose con la servilleta los surcos que el llanto había dejado en sus mejillas, para a continuación pagar la nota y dirigirse de nuevo a su habitación, con los ojos brillantes no tanto por las lágrimas como por la determinación que, sin darse cuenta, había tomado.

Nada más abrir la puerta de su cuarto procedió a limpiar su traje favorito, con una meticulosidad que la desgana hacía mucho que había desterrado de sus hábitos. Cómo he podido actuar con un traje tan sucio, se dijo, observando las manchas y lamparones que adornaban una chaqueta de lentejuelas a la que completaba un ajado pantalón negro. Si he de morir en el escenario, que sea con brillantez, y se asustó al ver formulada coherentemente la idea que quince minutos antes flotaba inconcreta en su cabeza. Sus manos le fallaron y la chaqueta cayó sobre la cama como una marioneta a la que cortan de repente los hilos. Qué estoy diciendo, Dios mío, sollozó, pero apenas un instante después había vuelto a coger el traje y lo estaba cepillando a conciencia, asombrado por la dejadez que tenía que haberle secuestrado como para no importarle salir a actuar hecho un adán. Me iré cantando, y aquel rapto de integridad le pareció lo suficientemente defini-

tivo como para redimirse de las giras estériles y los escenarios de mentira sobre los que se había dejado la piel, literalmente en más de una ocasión. Aunque aún tenía que ducharse, se concedió el capricho de ponerse el resplandiente traje, y se acercó al espejo con un impropio rubor de doncella. Tal fue su éxtasis que ni siquiera notó que el teclista entraba en la habitación.

- Esta fonda está más sucia que...

Tan evidente, tan notorio debía de ser el cambio que incluso Mazo, que ya hacía mucho que limitaba su relación con Tony a meros formalismos profesionales, no pudo por menos que manifestar su sorpresa.

- Joder, tío. Hoy sí que pareces al Luis Aguilé ese de las fotos.

Tony sonrió orgulloso. Recordó de improviso que aún le debía a Mazo el sueldo del último mes, pero supuso que con lo que cobraría por la gala de aquella noche (redondeado con la venta de la camioneta, por la que no darían mucho), saldría más o menos el monto de la deuda. No es mal chaval, pensó sin reflexionar, olvidando (con la generosidad que presuponía para alguien en su situación, más en el otro mundo que en éste) las reticencias iniciales de Mazo para acompañarle en aquella gira, su desprecio total para la música que interpretaba, su grosero materialismo de hombre del futuro. Dentro de unos días estarás con tus colegas de *Rito Satánico*, o de *Matanza Vudú*, o como quiera que se llamen, los pensamientos de Tony se dejaron llevar por el sarcasmo, ahora recordaba las fotos (pues también las llevaba consigo, y bien orgulloso que estaba) que Mazo le había mostrado, y en las que se veía a dos sujetos tan greñudos como él, con idénticas muecas de impostada ferocidad, bajo una calavera con dos tibias cruzadas en forma

de guitarra eléctrica. Impresionante, le había dicho el día que se las enseñó, temiendo llevar la contraria al único teclista que había encontrado y que no se emperrió en meter en el repertorio alguna de sus propias canciones, cuyos títulos imaginaba sacados de algún manual de exorcismo.

- Esta noche quiero que todo salga a la perfección. Quiero que actuemos como si fuéramos los teloneros del final del mundo.

Mazo gruñó algo que tanto podía expresar el acuerdo como la indiferencia, y salió para ir a cambiarse a su habitación. Creo que no ha cogido el chiste, pensó Tony, este chico nunca coge mis chistes. Se apresuró a desvestirse, colgando la restaurada chaqueta en la única percha que guardaba el armario, y se metió de un salto en la ducha, donde pasó casi veinte minutos hasta quedar pulido como una manzana. Tras secarse con una voluptuosidad que ni siquiera la aspereza de la toalla pudo refrenar, se maquilló sin la premura habitual, con una lentitud que le retrotrajo al inicio de la adolescencia, cuando desafió el brutal trabajo al que le destinaba su padre y aprendió a disfrazarse frente al espejo de su madre, ya secretamente convencido de su destino de artista. Se sorprendió de la serenidad con que acogía unos recuerdos que hasta hacía muy poco le habían desasosegado hasta hacerle llorar, pero lo achacó a su firme decisión de suicidarse en escena, la primera decisión que tomaba en muchos años sin pesar los pros y los contras, sin hacer las componendas que le habían amargado la vida y le obligaban a cantar en un villorrio dejado de la mano de Dios, acompañado por un peludo sin educación ni criterio, al que, sin duda, aquella misma noche iba a dar una lección de profesionalismo que no olvidaría en toda su vida.

- Y que aprendan esos idiotas de *Pesadilla Infernal*.

Se miró al espejo, y un legítimo orgullo no hizo sino afianzar su determinación. Bastará con que no me tome las pastillas, su sonrisa, cercada de arrugas, le exilió a tiempos mejores, y conjeturó durante unos minutos sobre cómo se enteraría de su muerte Armando Manzanero, nos hicimos buenos amigos cuando coincidimos en aquella gala en Granada, o Mari Trini, si yo no fuera tan tímido quién sabe lo que hubiera pasado en aquel concierto en Almazán. Moriría con el corazón estrangulado, tal como había cantado en tantas y tantas baladas, y la ensoñación del momento (el último acorde aún flotando en el aire, el brillo de las luces engrandeciendo el cadáver, los gritos de estupefacción del público que reconoce demasiado tarde la valía del artista) le transportó hasta perder la noción del tiempo, pues tuvo que venir Mazo a decirle que espabilara, que ya llevaban retraso, que si no se acordaba de lo que pasó la última vez que habían llegado tarde.

- Que esperen. No todas las noches se goza con el gran Tony Jairo.

Esperó a que Mazo saliera para reírse a gusto de su audacia. Retocó el maquillaje que la carcajada había desportillado, se cepilló el pelo por enésima vez, alisó con mimo el traje, se sacó y volvió a meter el pañuelo varias veces hasta que quedó conforme a lo que él llamaba su estilo, y finalmente se levantó para coger el frasco de las pastillas contra el infarto, que vació con solemnidad en el retrete. Incluso se demoró en verlas disolverse, un minúsculo fuego de artificio que desbarató el torrente de agua. En cuanto hubo terminado se sacudió las manos, como quien ha realizado un trabajo muy penoso, y buscó a ciegas el paquete de tabaco, del que sacó tres

cigarrillos que alineó sobre la mesa, y que se fumó uno tras otro con una delectación que no interrumpió a pesar de la fulminante tos y del galope cardiaco. Exhaló la voluta final, se miró por última vez en el espejo, se dijo adiós, artista, y salió de la habitación tarareando *Si tú me dices ven*, mientras aferraba firmemente el paquete de Ducados que iba a servirle de pasaporte al paraíso de los cantantes: allí le esperaban Antonio Machín, Nino Bravo, Jacques Brel y tantos otros.

Atravesó la pequeña plaza del Ayuntamiento con paso cadencioso, dejándose observar por la media docena de ancianos que aprovechaban el último sol de la tarde sentados en los bancos de piedra. Al llegar al establo se paró frente a su fachada, donde leyó con guasa el cartel que le anunciaba, una sábana de color indefinible llena de faltas de ortografía. Algún día dirán con orgullo que aquí tuvo lugar la última actuación de *Tony Yairo*, a pesar de que lo intentó no pudo reprimir las carcajadas que seguramente le estaban cuarteando el maquillaje, *Tony Yairo*, hay que joderse, y entró en el local con una donosura que le hacía parecer mucho más joven. Ni siquiera la amarga visión que se ofrecía a sus ojos (apenas una veintena de personas dispersas, que no se molestaron en abandonar sus conversaciones tras su aparición) le privó del buen humor con el que estaba encarando su concierto definitivo. Así que éste es el público que tanto me quiere, no recordaba haberse divertido tanto en una actuación desde aquella noche en que una vaquilla se escapó de unos chiqueros cercanos y se metió entre la aterrada audiencia, la misma que no había hecho más que abuchearle desde la primera canción.

- Mira, ése es el cantante.

Dos niños le observaban atentamente, señalándole con el dedo. Eso es lo que he sido toda la vida, cantante, y se deleitó en silabear la palabra, al tiempo en que subía al escenario jaleado por algún aplauso más irónico que entusiasta. *Tony Jairo, cantante*, improvisó su epitafio, y de haber tenido a mano un lápiz así lo hubiera escrito en la mugrienta cartulina que le dictaba inútilmente el orden de las canciones, ya que los años y la costumbre le habían dotado de una rutina invariable por la que el último verso de la precedente quedaba incorporado como primero de la posterior, y así hasta el *...como dos palomas solitarias* con el que, si antes el respetable no lo había decidido de otra forma, clausuraba sus actuaciones. *Tony Jairo, cantante*, se atrevió a decirlo dos veces, alto y claro, y los altavoces se encargaron de hacer partícipe a su público del estado de euforia en el que se encontraba, aunque sin obtener respuesta. Respiró hondo, hizo un gesto a Mazo (que, a su vez, le devolvió una mirada ligeramente cargada de desconfianza), y, sin más dilación, atacó *Dos Gardenias* con un ímpetu que sólo interrumpió para, con toda la teatralidad del mundo, echar mano al bolsillo y sacar un *Ducados*, que fumó con una avidez de cabaretera, y que le produjo las primeras toses, amortiguadas por los tímidos aplausos del público.

- Y ahora, para todos ustedes, voy a interpretar una canción inolvidable de mi íntimo amigo Armando Manzanero, con el que he compartido tantos y tantos escenarios, en ésta y en la otra orilla del charco, y con el que guardo una amistad que ni siquiera la muerte logrará borrar.

Mazo no tenía tan pegado a la sangre el inmutable desfile de los boleros, por lo que se dejó desconcertar por la introducción (era la frase más larga que le había oído decir en público), y tuvo que echar mano de su

chuleta para descubrir que estaba hablando de *La otra tarde vi llover*, por lo que se le trabucaron las primeras notas, aunque la horrisona sonorización no dejara más que entrever el desliz. Rodeado del humo de un nuevo cigarrillo, los ojos cerrados y con las primeras gotas de sudor asomándole por la frente, Tony sonreía a un público que ya no era la cincuentena de pueblerinos que le escuchaba, sino los miles y miles que, en una u otra ocasión, habían ido a verle y habían tarareado aquellos himnos al amor de los que la juventud actual se empeñaba en mofarse, sin darse cuenta (y la teoría era suya, propia, como propia es la personalísima versión de un bolero) de que muchos de ellos debían su concepción a tanto pareado meloso, a tanta ternura derramada, a tanto cariño frustrado. Y en lo más alto de la elucubración le sorprendió el primer gallo, un quiebro repentino que le aceleró el corazón y le hizo notar que tenía toda la espalda empapada, y al que no dudó en atribuir tanto la gélida reacción del público como la mirada de incredulidad de Mazo. En cualquier otra noche ambas circunstancias le hubieran hecho sacar todo su arsenal de disculpas, pero una voluntad inédita en su carácter le hizo sobreponerse, y no se privó de recurrir a una rasposa ironía que, de haber frecuentado antes, quizás le hubiera evitado el final hacia el que se precipitaba.

- Es lo que tiene actuar en un gallinero.

Mazo se apresuró con *Reloj, no marques las horas*, al tiempo en que miraba con una mezcla de admiración y pánico a Tony. Éste, sudando ya a chorros, encendía con los restos del anterior un nuevo cigarrillo, al tiempo en que fraseaba con una octava de desventaja la historia de un tipo que teme enloquecer por el paso del tiempo (como se atrevió a explicar durante

la parte instrumental de la canción, pues había notado un cierto paralelismo entre el protagonista y su situación actual). Desoyó la propuesta de Mazo de hacer un intermedio, ignoró el ominoso ruido con el que dos espectadores abandonaron la sala, y, con la mano en el pecho, se adentró en *Me voy pa'l pueblo* con unos bríos que, unidos al paquete de *Ducados* que acababa de finalizar, serían más que suficientes para provocarle el colapso que pondría fin a su carrera y a su penosa existencia en este mundo traidor. Tal era el ímpetu que imponía a la lánguida canción, que algunos de los asistentes se le unieron dando palmas, y así redobló en sus esfuerzos improvisando versos disparatados sobre la vida y el amor, que interrumpió cuando se dio cuenta de que el órgano había dejado de sonar y un aterrizado Mazo le contemplaba con una expresión muy parecida a la que exhibía en las fotografías con sus colegas, aunque provocada esta vez por el más absoluto de los desconciertos.

- ¿Tè... te pasa algo, Javier?

- No soy Javier. Soy Tony Jairo. ¿Verdad, amigos?

Eso es por mi palidez, que le asusta, los síntomas debían de estar apareciendo, y el irregular bombeo de sus sienas no hacía más que confirmárselo. A pesar de que la luz le impedía avizorar las reacciones del público, imaginó sus muecas de estupor, el tono admirativo en que ensalzaban a aquel artista al que con tan poco respeto recibieron, el gesto mudo de reconocimiento que fraguaría, a no tardar, en una estruendosa salva final de aplausos. Yo estuve allí cuando pasó, así o muy parecida sería la frase con la que los lugareños encararían las preguntas de los hipotéticos biógrafos, de los por fin convencidos críticos.

- Soy Tony Jairo. ¿Verdad, amigos?

Ante la falta de respuesta consideró que un postrer rapto de genio serviría de catalizador a todas las emociones que sin duda estaban germinando, y así se dirigió al boquiabierto Mazo para solicitarle, con una genuflexión de espadachín, *La flor de la Canela*, a la que melodramáticamente bautizó como su testamento artístico.

- Tony Jairo se despide haciendo eso que siempre hizo: cantar al amor.

Forzando la voz y apurando el último de los cigarrillos, la canción se elevaba en una interpretación tan desgarradora como permitían las erráticas costuras de la chaqueta de lentejuelas. Había sido con aquella balada que debutara muchísimos años atrás en un concurso de radio para aficionados, y, aunque la obtención de un segundo premio no evitó la previsible paliza de su padre al enterarse, desde entonces la reservaba para los escasos momentos que merecían ser paladeados, para los instantes en que eso que los flamencos llaman el *duende* se apoderaba de su garganta y se sentía transformar, alzándose sobre las miserias humanas para derramar unos versos a los que no restaba hermosura la presencia de algunas palabras sudamericanas cuyo significado sólo podía comprender muy parcialmente. Me voy, pensó, y aflojó el nudo que retenía sus lacrimales, cayendo de rodillas ante un auditorio estupefacto, que no podía entender por qué aquel señor sonreía con tanto afán, si era tan evidente que se encontraba al borde de un colapso. Agarrando con la mano derecha el micrófono y con la izquierda palpándose el pecho, Tony lanzó su lamento hasta unas alturas desde las que se imaginó

que sería fácil despeñarse, y en las que permaneció durante unos interminables segundos en los que su corazón boqueó como un pez fuera del agua, en una sensación de éxtasis de la que salió al notar que, si no él, al menos su voz había dejado de existir, que el órgano le había dejado solo y que alguien había apagado las rudimentarias candilejas, por lo que se vio cara a cara con un grupo de pueblerinos que, a un palmo de su cara, le miraban con incredulidad.

- ¿Le pasa algo? ¿Qué tiene? ¿Se encuentra usted bien?

Tony, incorporándose poco a poco, negó con la cabeza, al tiempo que buscaba a Mazo, cuya presencia peluda había dejado un hueco enorme tras del teclado. El melenudo se ha ido a buscar al médico, alguno de los paletos creyó interpretar en su mirada una pregunta que no había hecho, aunque bastante más difícil fue adivinar a santo de qué arrancaba al Fidel el cigarro que llevaba en la boca y se ponía a apurarlo con una fiereza de drogadicto, desesperado por la apática regularidad de sus latidos, que aceptaban indiferentes todo aquel derroche absurdo. Pues seguiré sin él, dijo, o creyó haber dicho, ya que lo que salió de su boca apenas fueron unos susurros grotescos que el micrófono hizo espantosos, y que provocaron la rechifla de la docena escasa de supervivientes cuando, sin apoyo orquestal, lo intentó con *La Cumparsita*, cuyos primeros versos fueron la señal de partida para la lluvia de patatas y boñigas de vaca (el recinto facilitó la munición) que embadurnó su ya por entonces desgachada chaqueta y trazó un dibujo de sangre en una de sus mejillas, circunstancia que pareció detener el furor del respetable, aunque lo único que hizo fue, a instancias de su facción más gamberra, cambiar la determinación de lapidarle por la más tradicional de tirarle al pilón.

- Éste lo que necesita es que se le bajen un poco los humos.

Del abrevadero lo sacaron Mazo y el doctor tras dispersar a la enardecida muchachada, con la cara irreconocible por los tintes y el sofocón, chorreando como un perro recién lavado, pero encolerizado y sandunguero como pocas veces se había sentido en su vida.

- Desgraciados. Esta gentuza no sabe reconocer a un artista de verdad.

A lo que siguieron unas carcajadas que dejaron perplejos a sus rescatadores, continuaron durante todo el camino de vuelta a la fonda, y sólo se extinguieron a las dos de la madrugada, cuando se durmió como un tronco después de haber hecho pedacitos aquel horrible álbum de fotografías.



TODO PODRÍA EMPEORAR

Pilar Navarrete Hernández



*“La fatalidad no pesa sobre el hombre cada vez que hace algo;
pero pesa sobre él, a menos que haga algo.”*

G. Chesterton

A caso fue el primer rayo de sol filtrándose por la cortina de algodón color miel, el que como una mano gaseosa y tenue y fresca, rozando los párpados hinchados de Miguel, puso punto final a la noche espantosa en la que no había dormido. Aquella luz, apenas insinuando los bordes del armario, los perfiles de una mesita de noche, y entintando levemente el agua del vaso que reposaba encima de un líquido albaricoque con una punta de perla en el extremo, le pareció un aliento, una voz, una orden, pero no imperativa, sino venida como de los ángeles del pensamiento, para que se levantase, quedo, y se dispusiese a vestirse con la misma ropa que anoche dejó, de cualquier modo, en la descalzadora. Mientras se subía los pantalones, tintineando un poco el llavero que colgaba de una de sus hebillas, cosquilleo sonoro que hizo que Miguel demorara el gesto, se fijó en el rostro dormido de Isabel. Su mujer tomaba pastillas para dormir, por eso no le había sentido levantarse. La nariz de Isabel se recortaba por encima de la sábana como un mástil flotando tras el naufragio de su rostro, y sus ojos,

hundidos bajo el cansancio de unos párpados grandes, estaban sepultados por el peso de unos pensamientos graves, plumizos, apesadumbrados. A Miguel de pronto le pareció un ser extraño, una mujer desconocida, un bulto deformado que, bajo el edredón, parecía de una enormidad rolliza, como un gran almohadón de carne. Miguel nunca pensaba en cómo había sido su mujer de joven, salvo cuando se miraban las fotos familiares en algún cumpleaños. Como la mayoría de los hombres, no estaba pendiente de su amor, de su temperatura emocional, de sus recuerdos o sus cancelaciones. Rara vez, salvo por sugerencia de ella, se había puesto en los últimos veinte años a divagar sobre la juventud pasada, sus primeros años de matrimonio, la crianza de los hijos y los episodios risueños de su existencia. La monotonía lo abrumba todo, lo disuelve. Se vive en la circunstancia concreta del momento, en el plan inmediato a realizar, en el problema que acucia y la solución que exige. La vida rueda, vertiginosa, y los hombres, vuelta la cara hacia el torbellino de los acontecimientos que marcan nuestro acontecer diario, no tenemos ganas de pensar. Pensar ¿el qué? Se puede pensar en el pago de la hipoteca, en el comportamiento demasiado golfo del hijo, en el arreglo del coche. Pero pensar en si nos queremos más o menos, si engordas o adelgazas, si este abrigo me gusta más que el otro o te veo más morena desde el último tinte... ¿para qué? Las mujeres se comen más el tarro, lo llevan en su naturaleza. Antes follábamos más, te estás volviendo un amargao, ya no me escuchas cuando te hablo. Qué sé yo. A Miguel no le gusta pensar en esas cosas porque siempre le dejan una gotera de culpa inconsciente, de malestar inexplicable. Y sobre todo porque pensar en las personas, como hablar con las personas, no sirve para nada. Respecto a su propia alma hace tiempo que ha tomado una actitud evasiva.

Ahora está mirando, sin embargo, a Isabel, que duerme embutida en su gigantesco run-run, y a la vez que la desconoce en esa forma tan poco sugerente, tan mamífera, siente de pronto cómo desde el fondo de su corazón erguido de hombre se arranca un alarido de ternura, una erupción de pena que lo resume todo, la juventud perdida, los abrazos inútiles, los silencios de piedra y el humear constante de un sufrimiento invulnerable, desde que él perdió el empleo y se ha quedado sin ocupación y sin casi esperanzas. No razona en algo concreto, no siente erupciones palpables de su corazón ni festonea los recientes acontecimientos con la precisión de un analista instintivo. Simplemente, en el silencio abotargado de un trajín de gestos domésticos alterados, a veces lastimeros a veces electrizados, reconoce dentro de sí una incomodidad vigorosa que no puede dominar.

Sale de la habitación entre las sombras de la casa y, pasillo adelante, que se ha quedado frío, percibe el sigiloso ajeteo de la habitación de Julia, que se levanta para ir al Instituto. Se pone el móvil a las siete porque tarda una hora en maquearse. Le gusta a Miguel abrir su puerta y sorprenderla, porque los hijos recién despertados es como todavía son los hijos. Luego ya no, pues se desconocen entre sus trazas, sus disfraces, sus expresiones televisivas, sus ropajes abominables. No digamos sus maquillajes y sus peinados, tan espesos que huelen como macetas al viento. Pero por la mañana, cuando el sueño largo ha invadido su piel de esa pálida reconstrucción de la infancia y sus cabellos se han desparramado al baile de la almohada, se percibe en los hijos el aroma de cuando despertaron por primera vez, la suavidad de sus carnes intactas. A Miguel le gusta ver a Julia todavía en pijama. Hola, le dice desde el quicio. Holaaaa!, le susurra el querubín de la cama. Desde que está parado asiste cada día a ese borbotón contenido

de ruidos de percha, de ducha, de tacón, que produce su hija mientras se prepara para la calle, los amigos y el escaparate mundial. Algunos días ha tenido la tentación de acercarse al lecho y abrazarla. Pero teme que Julia lo interprete como un desahogo de su angustia, ya que toda la familia está contagiada de una cierta desazón por el momento que están atravesando, y Miguel evita que se impregne el ambiente de un pesimismo explícito. ¿Te vas?, le dice Julia. Sí, tomaré un café hasta que abran la oficina de empleo.

Al cerrar la puerta tras de sí, Miguel ha sellado el cofre de todo lo que tiene en la vida. Jamás se preguntará si es suficiente, a Miguel no le gusta pensar. No se cuestionará nunca si de haber continuado los estudios hubiera podido situarse en la empresa como facultativo, situación que hubiera impedido seguramente el despido que se produjo por la crisis. ¿Le gustaría llevar otra vida, ansía otra posición, se siente de algún modo frustrado? Cuando Miguel ha visto a sus jefes salir del cochazo o hablar de los chalets que en Torremolinos tienen los millonarios, lo ha sobrentendido siempre como una cosa ajena, envidiable pero, a la vez que imposible, fruto de unas condiciones de vida que no merecen la pena. Para ser rico, salvo que seas un sinvergüenza o te venga de familia, hay que trabajar sin conocimiento, estar todo el día puteao, decía Eladio y con razón, cuando hablaban del tema. Pero ahora, mecagüen los hijos de puta que nos han llevado a esto, sí que creo que debería haber sido más espabilado, recapacita Miguel de vez en cuando. Otros, que han crecido sin más cabeza que yo, han sido más ambiciosos o, si se quiere, más pelotas. ¿Quién iba a pensar que vendrían así las cosas? Cuando me ofrecieron el traslado a Toulouse, ahí me equivoqué yo, por los hijos, el mover la casa, Isabel, que tenía a su madre colgada de ella hasta que se murió. Gilipollas de mí, ahí la cagué. Se devana en esto

mientras escupe una meada en el vater que suena a borboteo de clavos y espumea, de la fuerza con que sale empujada por los juramentos. El agua gélida en la cara, en las orejas, en el cerebro, en la consciencia, en la humillación. No saldría del grifo, aunque casi le hace daño porque esta noche hemos debido rozar el bajocero. El hielo adormece su mala hostia, sombras azules se posan sobre las venas rojas, se acartona el furor. Ah! el frío, el castigo, el hormigueo adormecedor. En el espejo encuentra unos ojos sonámbulos, como si buscaran a qué rostro pertenecer, y una boca abrupta, de gesto tirante y magullado.

Miguel sale de casa con un rumbo medio fingido, pues sabe que ir a la oficina de empleo no es más que un triste rito, escueto, de pocas palabras y acaecido dentro de un espacio atribulado. Se nota en el aire espeso de la oficina el moho de tanta desazón como pasa por allá, en el aire hay madejas enteras de amarguras flotando y, aunque con la maquinaria moderna y un color pistacho en la pared se ha intentado frivolar el escenario del gran drama que acontece, es un lugar a todas luces sombrío y arrumbado, como los hospitales, las oficinas de tributos, las comisarías y juzgados. Demasiados problemas colgados de un sinfín de argollas imaginarias como una microzoología de ahorcados. Cada uno que entra por la puerta cuelga en el aire su pena. Así que Miguel vuelve allí desde hace setenta y cuatro días simplemente porque le ha prometido a Isabel que va a buscar y encontrar trabajo y, aunque sin ninguna convicción, pues siguen subiendo las estadísticas del paro y a su edad es difícil tener una oportunidad, asiste a esa ceremonia estúpida y castrante de presentarse y preguntar, sin ansiedad ni desfallecimiento, si “ha surgido algo”. Las caras de las funcionarias allá embargadas contienen una plasticidad de escayola, realmente no pueden sufrir

por todos los que allí están sufriendo, y cuando sonrían, entre mimética y torpemente, lo hacen con un desfallecimiento congelado en la cara que jamás desempaña el brillo de sus ojos, como si su sonrisa fuera una limosna vergonzante que se otorga con la absoluta seguridad de que no alcanza ni para comprar el pan.

Cuando Miguel vuelve la esquina y se encuentra con la calle transversal, que es una calle ancha en la que la actividad hierve y la vida se multiplica a cada instante, se da cuenta de que una gran parte de la gente que ve forma un continente agitado, higiénico y maquinal. Son los que van al trabajo. Todavía no se ha desperdigado por la ciudad ese otro batallón de mujeres maduras y ancianas, sobre todo ancianas, que acompañan los carros de la compra, ni los estudiantes poco madrugadores. Así, la mayoría de los que cruzan el semáforo o surcan las aceras, lo hacen con pisadas firmes, como queriendo impulsarse hacia arriba ostentando su privilegio. Son la casta de los que tienen la benéfica condena de un trabajo remunerado y seguro. Cueros, piernas, fulares, maquillaje fuerte, zapatos lustrados. Casi todos enfilan las bocas de metro como las hormigas diligentes que salen en busca del granito de sal, de la cáscara de trigo, solo que con la sofisticación que otorga la imaginación humana. Por otro lado, parecen personas corrientes, faltos de motivaciones elevadas. Productos corrientes y molientes de nuestra democracia de masas, sin ninguna aportación destacada que hacer a la historia de la especie, satisfechos con amontonar dinero y copular. Y además, clones de ideas trilladas, sin belleza, sin virtud, sin la menor independencia espiritual. Las categorías humanas se revelan con nitidez bajo el contraste del dinero. Los infortunados se distinguen porque huelen a fluidos humanos e insomnio, los acaudalados porque huelen a ozono y porque no proyectan sombra, como ciertos alienígenas.

Éstas y otras imágenes se instalan una tras otra y cuanto más se reúnen en tropel ante los ojos de Miguel a medida que se espesa la fauna, tanto más meridianas se están volviendo en su mente. No es que Miguel comprenda las leyes que rigen el destino, pero cada vez tiene más la sensación de que no hay tiempo, sino diversos espacios imbricados entre sí, en los que los vivos van de un lado a otro activados por una incomprensible razón. A veces le sabe mal no poder retener algunos rostros vistos sólo un momento, de los que sabes que jamás sabrás nada porque pasan de largo. Y no es que le interese vivamente la gente ni le mueva curiosidad alguna por sus vidas, que seguro están hechas de la misma materia que la suya, de luces y de sombras. Tampoco le motiva el viajar a su lado, el comer en su mesa o indagar dónde viven y qué hacen y qué son. Es que, sencillamente, una atracción sin violencia pero difícil de resistir, le induce una vez y otra a contemplar las figuras que cruzan por su lado por si en alguna de sus marcas existe la respuesta que no encuentra en su cara cuando mira el espejo. La respuesta de qué, no es lo importante, porque ¿qué hay que preguntarse? La piedra angular de nuestra existencia es una respuesta espontánea a una pregunta in formulable. Observa a los demás por si pudiera interpretarse en ellos, sin premeditación ni consciencia. Se sienta en el bordillo de la vida que fluye, como un niño en la acera viendo pasar los coches, y se fija en los rostros contemplando su inercia, su locura, su indolencia, su ira. Alguna vez evoca, ante la sorpresa de una mujer distinta, lo que fue antiguamente el deseo, o mejor, el deseo de sentir deseo. Los objetos de amor ni aparecen con frecuencia ni es fácil prescindir de ellos. Sin descanso, oculto o invisible, el latido de la especie sigue martilleando en el rincón oscuro del instinto. Miguel ya no recuerda a Isabel, sino a lo que su amor por ella recreaba, que era

lo que ampliamente puede llamarse el otro sexo, las mujeres, y el placer de tenerlas y aún de mirarlas o sentirlas simplemente. De sus pasiones antiguas le ha quedado una sensación como de luz envejecida, de luz que aún podría deslumbrarle un poco si destapara el recuerdo, pero formas, ninguna. Y lo que en todo caso echa de menos no es la voz, ni la mirada, ni el beso estremecido, sino la posibilidad de que alguien pueda sentir algo con él.

Pero ve los rostros que se alargan y no se acaban nunca en su repetición de carne humana y se deja llevar por la corriente vaga, incomprensible, monótona, como la lengua de un glaciar que se hiela, y se arrastra. Su soledad se ha vuelto inagotable, tan transido está de soledad que no se da cuenta, pues ésta ha tomado tal posesión de él que no ha dejado resquicio para palparla.

Cada viajero en el metro, al ser contemplado, muestra una forma diferente de orgullo y recelo. En general, observa, somos todos muy feos. Salvo aquella chica de la bufanda azulina y el pelo tirante de cuyos oídos encasquetados salen amortiguadas unas notas de música que resucitan pequeños sentimientos inefables, la juventud, la infancia, la colonia de espliego. Lleva los ojos encharcados en medio de una gran mancha celeste y de sus labios bien maquillados parece emanar una fragancia que es aliento de esperanza y promesas. El resto, unas quince personas no merecen la más mínima atención. Mirándola, Miguel queda cataléptico, como en una suspensión vital que todo lo diluyera en el elemento líquido de un resplandor inmaterial. No piensa ni desea, se deja abducir por un latido ancestral que recuerda la languidez de un tiempo muerto. La chica expone su perfil, una línea que podría cortar el cristal de la ventanilla como una guillotina, y en su fulgor de piel

azul y frente tan limpia que transparenta una enorme falta de problemas, hay como una invitación al trance, al olvido, a un hipnótico viaje astral.

El tren va aflojando, y, de pronto, queda envuelto en una tremenda humareda blanca, como si se le hubieran reventado las costuras y, libre de su peso, empezase a flotar a medio metro del suelo. No se sabe en qué estación ha parado, tan borrosa es la visión tras los cristales del vagón. Pero todos descienden en esta parada, final de un trayecto invisible u obedeciendo a una fantasmal sugerencia. La chica azul se levanta, el hombre de la izquierda se coloca perezosamente un sombrero de color verde nilo.

Miguel sube obediente con los demás las escaleras de una terminal desconocida dejándose llevar por la perplejidad más absoluta. Nadie da explicaciones, por qué se ha detenido aquí, adónde va la gente, ¿qué coño es esto! Y su estupefacción llega al extremo cuando, al salir de la boca de metro, encuentra una inmensa playa, dorada de sol y de fosforescencias anaranjadas, al término de la cual un mar indescriptiblemente diáfano se funde con un amanecer rutilante con la superficie plateada de las aguas. Hay una sensación de irrealidad atravesando aquel día blanco, y todo parece un nebuloso escenario hecho con vagos coágulos de bruma que nacen al paso de los deambulantes como de una trepidación, para disolverse acto seguido. Miguel siente bajo los pies un suelo resbaladizo y húmedo brillante de puntas de coral, y en la cara el soplo de la piel del viajero arrancado de su vagón.

Las personas que como él habían ascendido hacia aquel andén, se empezaban a despojar espontáneamente de la ropa y se introducían hacia

aquel mar que más parecía un alba lánguida de verano alargándose, como desmayada, al final de una tormenta. Con su color lívido de hueso en lontananza y los reflejos refulgentes del primer bochorno de la mañana sobre las olas cercanas y rizadas, el aire exhalaba los invisibles cantos de los pájaros que caían como una lluvia de arena en aquellas extensiones sin límites. Todo era orden, y calma, y felicidad...

El telediario tardó veinte minutos en dar la noticia: dos choques frontales en el metro habían producido un número ingente, todavía sin cuantificar, de víctimas humanas.



EL PLATO DE LONDRES

Maite Núñez Luque



*“No sé. Quizá creí ampararte
al silenciar lo que me hería a mí.”*

José Agustín Goytisolo (*Elegías a Julia Gay*)

Nico abrió la puerta de la casa a su padre con la habitual desgana. Elías llevaba una carpeta entre las manos, un porta documentos que Nico no recordaba haberle visto nunca. El hombre extendió los brazos para que su hijo de quince años se fijara bien. Su figura se recortaba contra un horizonte dramático, en el que el sol ya no era más que un filamento inflamado. Acompañó su gesto con una gran sonrisa, la sostuvo más de lo normal. A Nico, visto así, le recordó un vendedor de enciclopedias.

Nicolás estaba acostumbrado a esas visitas vespertinas e inoportunas de Elías; se repetían muy a menudo desde que sus padres se divorciaran seis meses atrás. En cada de unas esas ocasiones, la madre de Nico solía alegar repentinas urgencias: un ingrediente que faltaba para la cena, una visita inexcusable al médico, un familiar enfermo a quien prodigar cuidados, así que Nico y Elías se quedaban solos en la casa, como invitados rezagados de una fiesta en decadencia. Nico simulaba estudiar, ordenar su armario, leer incluso el periódico mientras su padre permanecía sentado o se dedicaba a deambular por la casa como un fantasma.

En las últimas visitas, Elías había traído a su hijo algunos regalos, objetos que Nico consideraba desatinados e inútiles: una caña de pescar, unos guantes de boxeo... Nico los había ido acumulando en un armario del garaje. Pensó que la carpeta era uno más de esos rancios y evitables premios de consolación.

Se apostó en el quicio de la puerta y barró la entrada a su padre ejerciendo de guarda insobornable, el felpudo de la entrada un paso fronterizo; más allá de la figura encorvada de Elías, el perfil afilado, distante, de la ciudad empezó a difuminarse.

- Estoy estudiando -dijo Nico por todo saludo; la vena de su sien derecha demostraba vida propia.

Elías miró por encima del hombro de su hijo, pasillo adelante, hacia el interior de la casa. Ignoró el comentario franco y disuasorio del chico. Luego preguntó:

¿Está tu madre?

No -cortó Nico.

Elías esbozó una mueca de disgusto; al chico le halagó el desencanto de su padre, como si cada pequeña decepción de Elías significara una medalla en su particular y adolescente cuenta de triunfos.

- Vengo a despedirme -dijo Elías, y su voz quebrada causó en su hijo una impresión lastimera.

- ¿Y cómo es eso?

- ¿Puedo pasar? -Elías enarboló la carpeta como un salvoconducto-. Te enseño esto y te lo explico.

Nicolás se hizo finalmente a un lado; el brazo –una barrera de ferrocarril- bajó recto e implacable. No era una claudicación; esa concesión le hacía, por decirlo de alguna manera, importante; era su forma de expresar que era él quien llevaba las riendas en esos encuentros.

Elías entró; Nico le siguió hacia el interior de la casa; le dio la impresión de que su padre caminaba con torpeza, como si le apretasen los zapatos. Elías entró en la cocina. Dejó con delicadeza la carpeta sobre la mesa, como si fuera de cristal en lugar de cartón.

- ¿Cómo va el colegio? -se interesó.

Nico odiaba esas preguntas triviales en las que su padre parecía haberse especializado, ese intercambio de consultas sin sustancia que escatimaba en sentimientos y no le aportaba ningún tipo de las explicaciones que él esperaba. Así que hizo como si no le hubiera oído y el silencio luctuoso entre ambos agrandó la cocina.

Nicolás tomó asiento, apoyó los brazos en la mesa; se atrincheró detrás de un periódico atrasado, fingía leerlo, pero observaba a su padre de soslayo: Elías se había sentado, miraba inquisitivo a su alrededor; Nico esperó algún comentario, sabía que buscaba alguna primicia, algún renovado mueble de cocina, enseres recientes que le proporcionasen un tema de conversación inédito. Le pareció que su padre aguardaba alguna muestra de interés por la carpeta, así que bajó el periódico con mundanidad impostada.

- Está bien, ¿qué es eso que tienes que contarme?

Su tono era admonitorio, no curioso, como si el padre fuera él, y Elías su hijo: un adolescente díscolo al que reprender por alguna travesura. Al momento vio resucitar en el rostro de su padre la sonrisa displicente y artificial de vendedor a domicilio.

- Verás –dijo Elías-, he pensado en irme a vivir a Londres algún tiempo, nada definitivo, ya sabes... ver Buckingham Palace, Downing Street y todo eso...

- ¿A Londres? ¿Qué se te ha perdido a ti en Londres?

- ¿Y por qué no? Tiene que ser un lugar de grandes oportunidades...

- ¿Y el idioma? ¿Qué hay del idioma? Tú no sabes inglés, Elías.

- Bueno, qué más da, ya aprenderé, o quizás no lo necesite. Y te agradecería que no me llamas Elías, aún soy tu padre.

- Sí, eso es, mi padre...

- Sí, eso es, tu padre...

- ...Un padre que sólo viene de visita,...- Nico lanzó el periódico de un manotazo al otro lado de la mesa.

- Eso no es cosa mía, habla con tu madre, lo dijo un juez...

- ...un padre que se fue un día de casa...

- ¿Hubieras preferido vernos siempre discutiendo?

- un padre que no me ha dado nunca ninguna explicación....

- Nicolás, hijo –Elías se levantó de la silla y se acercó a su hijo-, ¿crees que para mí está siendo fácil?; ten la certeza, algún día lo entenderás.

Nico estaba seguro de que no, de que no lo entendería nunca. Se levantó y se acercó a la nevera, por hacer algo; la abrió y eligió un refresco sin convicción, la luz interior parpadeaba, convertía el frigorífico en una región inhóspita. Dudó un instante, pero después cogió una lata de cerveza y se la ofreció a su padre. Elías le dio las gracias, la abrió y le dio un primer trago, largo y curativo, y se limpió los labios con el dorso de la mano, luego se levantó, se acercó a la nevera y la abrió de nuevo.

- ¿Cuánto hace que está estropeada esta luz? –preguntó Elías, empleó un tono profesional, como si la conversación anterior no hubiera tenido lugar.

- No sé –admitió Nico-, no me he fijado –las cuestiones domésticas acababan siempre por aplacar los enfados.

- Si quieres la puedo arreglar, puedo venir mañana al salir del trabajo –Elías dio otro sorbo pausado. Se le quedó un filamento de espuma en un extremo de la boca.

Nicolás percibió que la cerveza tenía ese poder, que podía adoptar para su padre la categoría de compañera de confidencias.

- No creo que mamá lo considere oportuno –le dijo.

- Tu madre no tiene por qué enterarse. Luego le dices que lo has hecho tú. Puedo venir mañana a esta misma hora. No tendré muchas más ocasiones. Ya te he dicho que he venido a despedirme. Seguro que es la bombilla, traeré un recambio y la dejaré colocada, serán dos minutos.

Nico le dijo que sí. Días atrás había consentido en que arreglara el grifo del cuarto de baño: había empezado a gotear de improviso, la savia del hogar perdiéndose por el sumidero; la semana anterior también le había permitido arreglar la puerta de su cuarto: los goznes habían padecido un repentino descuadre. Fue una época en la que se sucedieron en la casa pequeñas averías, penurias domésticas que, de no subsanarse, podían resquebrajar la solidez de la vivienda.

- ¿Y vas a dejar tu trabajo? –fue la siguiente pregunta del chico.

Elías trabajaba desde hacía años en la portería del edificio Moka, un despropósito de doce plantas de oficinas y apartamentos en el centro de la ciudad. Arreglaba calderas, repartía el correo, ese tipo de tareas.

- Bueno, verás, ya no es tan buen trabajo. En Londres puedo encontrar algo mejor. Tengo contactos, ya sabes, esa gente importante que vive en el edificio Moka... La señorita Elke, por ejemplo..., la que trabaja para Forbes, el millonario, ya sabes.... puede encontrarme algo.

Nico vio cómo su padre se frotaba la pechera de la camisa, le faltaba un botón y tenía otro a punto de desprenderse. Luego le siguió con la vista cuando se dirigió a la mesa y abrió la carpeta; notó que las manos le

temblaban; Elías sacó un papel doblado, lo fue desplegando con mimo. Aunque no había estado allí nunca, Nico reconoció el plano de Londres. Elías lo extendió sobre la mesa, semejava un olimpo de colores, su viveza aliviaba la congoja de la formica blanca.

Elías sonrió, acarició el plano con las dos manos para alisarlo. Nico se acercó, le pareció que el mapa se hacía más grande, como si al extenderlo por completo la ciudad misma se alzara y cobrara vida, un mundo por estrenar ante los ojos de ambos.

- Ven, ven, acércate, mira —dijo Elías, señalaba un punto en el plano-, aquí está el British Museum, y esto..., esto verde que se ve en este lado es un parque, a ver... sí, mira, es Hyde Park...

- ¿Y ya tienes casa allí?

- Bah, según me han dicho es fácil encontrar alojamiento; en la zona de la estación Victoria —apuntó con el dedo a una zona indeterminada del mapa- hay muchos hoteles. Ya me estableceré, no me preocupa.

Nico quiso creer firmemente que la perspectiva del viaje de su padre era sólida, que no era un farol, una estratagema para que la idea de su marcha le ablandara, una coartada para que le conmutara la pena, el ostracismo paterno al que le tenía confinado.

Elías volvió a sentarse, tosió tapándose la mano con la boca, luego se frotó los brazos como si tuviera frío. A continuación se quitó las gafas con un movimiento que a Nico se le antojó inmensamente lento, se secó

el sudor de la frente con un pañuelo. Sin las gafas, a Nico la mirada de su padre le pareció agotada y su rostro más sombrío.

-¿Te importa que vaya al lavabo? -dijo Elías.

Nico negó con la cabeza, y enseguida volvió a refugiarse en el periódico; sin embargo las letras impresas habían dejado de tener para él significado alguno, ya no, no después de haber oído esa pregunta, “¿te importa que vaya al lavabo?”, como si la derrota, la rendición de un hombre pudieran concentrarse en esa única frase.

Le vio subir las escaleras. Hacía un año que Elías había pintado la barandilla de blanco y en la madera empezaban a amarillear algunas clapas.

Pasado un rato Nico consultó su reloj, le pareció que su padre llevaba demasiado tiempo en el lavabo. Reprodujo su recorrido y se acercó a la puerta del baño, de puntillas, pensó en una escena funesta en la que un adolescente encuentra a su padre en el suelo, abatido por algún súbito ataque al corazón. Pero no era así, la puerta estaba entreabierta, Elías se afeitaba, usaba una maquinilla que se dejó al irse de la casa, tenía el pelo mojado, como si acabara de bañarse. No llevaba la camisa puesta y en lugar de vestir su pantalón se cubría de cintura para abajo con una de las toallas de la casa. Nico vio su ropa apoyada con descuido sobre un taburete. Le estremeció el deslizarse de la cuchilla por la barba encanecida.

Cerró los ojos para no ver más. Las visitas, los extraños regalos – ahora lo pensó– tal vez donados por generosos vecinos del edificio Moka, la ducha necesaria, el afeitado furtivo. Fue como si todo se desvelara de

repente: puede que alguien más joven ocupara ya su puesto en la portería del Moka, lo vio dormir tal vez en una cama hecha de cartones, beber vino barato en lugar de cerveza.

Cuando Elías bajó, Nico ya estaba de nuevo en la cocina, simulaba observar ensimismado el plano de Londres, aquel entramado laberíntico de calles y expectativas. Elías llegó, sonriente, renovado, sin justificar su tardanza.

- ¿Qué? —le dio a su hijo una palmadita en la espalda -. ¿Vendrás a visitarme en las vacaciones del colegio?

Pero Nico no contestó, miraba hipnotizado el plano de Londres, como si desbrozando el nombre de las calles pudiera adivinarse el futuro. Quiso creer firmemente que en algún punto entre Russell Square y Market Place podría encontrar la respuesta a sus preguntas. Calles, parques y avenidas como rayas de la mano donde leer el porvenir.



SVÍTE ESPAÑOLA

José A. Ramírez Lozano



*“Qué lejos te vas quedando
España de mi querer...”*

Antonio Molina

Aquella de mi infancia era una vaca enorme y singular. Una vaca que traía pintado en su piel el mapa de España. Un mapa negro, una gran mancha negra rodeada del pelaje blanco de sus mares. Ponía los cuernos en Francia, los filetes en Cuenca, la leche en Cádiz y su boñiga en Portugal. El cementerio era su única heredad. Había que verla paciente pastar la grama de las tumbas. Dicen que de noche amamantaba a los muertos con leche verde de ortigas y que, cuando mugía, la cruz de Caravaca se abría en dos, lo mismo que cuando las tormentas.

Fue un maestro quien trajo aquella vaca un día. Cuando le preguntaron por la vaca, respondió que aquel era un animal didáctico y que por eso siempre la llevaba con él. Y más razón que un santo que tenía, porque la vaca aquella traía en su piel pintado el mapa de una mancha negra y enorme como nuestra España y daba leche al pobre calentita.

-La incultura y el hambre, eso combate ella –dijo don Casimiro el alcalde.

Lastima que el señor gobernador acabara expulsándolo del pueblo porque un domingo dijo en el sermón que la Virgen había sido toda su vida analfabeta. Y tanto que sí.

El maestro se fue por donde vino y la vaca quedó en el cementerio, huérfana ya del mundo, su pezón derrochando por las tumbas el hilo de su leche, blanco como esa inútil caligrafía de la nieve sobre el páramo.

Al par que los suicidas, los fusilados bajan discutiendo en la noche por las trochas la virtud de su muerte. Algunos traen aún la bala entre sus cejas o el veneno en sus venas, negras como el azote cruel de la locura. Allá donde el suicida argumenta valor, reclama el fusilado su martirio. Y gritan y proclaman el precio de su sangre sin que el destino acepte su moneda. Ellos lo cambian todo por una sola gota de rocío, la flor de la saliva. Caronte guarda el pozo donde beben ya por última vez a cambio de una pizca de tabaco, un reloj de cadena, un granito de sal, la pistola o esa taba del hueso tan terrible con que arbitró su suerte la Fortuna.

Los difuntos milicianos pasan el verano entero yendo y viniendo. Rebuscan en el habar las habas verdes y duermen bajo las parras. Los muertos del camposanto envidian su libertad como ninguno y les encargan tabaco negro y ciruelas. Los difuntos milicianos tienen una prima muerta que teje pañuelos de telaraña, y que reza por ellos un rosario enorme de huesos de aceituna.

Por entonces, las monjitas de Merla le pidieron mil duros al obispo para comprar un cáliz y el obispo les dijo que se los daba a cambio de que se quedasen con Silverio, el niño lobo. Hijo de un maquis y de una loba, aprendió el catecismo después de muchas horas con sor Macaria. Silverio les molía café a las monjas y no comía más que fruta y verduras. Fue luego cuando sacó el instinto. Bastó escucharle al cura, don Marcial, aquello de *Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo* para que diera en aullar. Desde entonces no había manera de callarlo. Y lo peor es que su lascivia tentaba los oídos de las monjas. Hasta que un día, de madrugada, saltó las tapias blancas del convento y se llevó con él a la más joven de las novicias. Alanda se llamaba. Menuda era su huella en los arroyos. Y todos estaban, incluidos el cura y el alcalde, en que se fue por propia voluntad. Alanda López Luna tenía los pechos rojos y mordidos igual que albérechigas. Eso dijo Patiño, Patiño el cabo, después de que un mastín la encontrase desnuda entre las zarzas.

Debajo del olivar hay un muerto miserere que no quiere levantarse. Se trata de don Sisenando, el difunto. Don Sisenando Cuenda daba clases de latín cuando estaba en este mundo y ahora, ya ves tú, hace raíces cuadradas y se quiebra con ellas la cabeza para eso, para olvidar. Don Sisenando se asusta si escucha gente pasar por la carretera.

-Camaradas. A mí dejadme a la sombra de esta oliva. Tengo una muela picada y ya no puedo pagar más que con plomo.

Bajo el barbecho, don Sisenando pasa las noches pastoreando el molusco negro de su calavera.

-Yo no quiero ese cáliz de alpechín que un ángel aceitunero me trae cada siete de septiembre. No. A mí dadme el olvido, esa patria ya sin himnos en donde la primavera no me vuelva a sonreír.

Don Sisenando no quiere ni responsos ni homenajes. Que la bala fratricida, aquella que lo mató, se la cambió a las hormigas por una miga de pan.

En las noches de agosto, tibias y estrelladas, los difuntos acuden al cine cada cual con su silla. Sobre la tapia del camposanto, el cura les proyecta documentales en blanco y negro. Un cine mudo, memoria de los años del estraperlo. Ellos aplauden -aun siendo rojos- con los manojos secos de sus falanges. Y ellas, tan chatas y tan beatas, toman refrescos de agua bendita. A veces pasa que los fusilados llegan tarde con sus sillitas y los muertos les silban, y ellos se agachan para no ver sus sombras una vez más contra las tapias.

Según el topo Diego Armilla, aún queda gente abajo. Dieguito, viendo que aquello no acababa, se estuvo allí escondido bajo tierra. Conoció oscuros ríos y ciudades hermosas hechas de limo y sombra. Trabajó en una granja de cría de luciérnagas y viajó en esos buques de herrumbre que navegan a la resurrección por los mares sin nombre del ocaso. Fue el primo quien le dio por el pozo el aviso de que Franco había muerto. Cuando salió, traía los ojos llenos de sombra y tuvo que pedirle a su primo catorce duros para que el retratista Julito Ariza los revelase. Dentro de la cubeta los ojos de Dieguito fueron cobrando poco a poco el color, como dos peces huérfanos que hubiesen descubierto su infancia de repente en la pecera terrible de sus lágrimas.

En mitad del cementerio hay un pozo de lágrimas. La vaca abreva en él, paciente y negra, enorme como el mundo. Y los difuntos -que le envidian la sed- sueñan sanguijuelas verdes y se pelean por las flores tan tiernas del culantro. Cantan los grillos y en la noche de España, el agua de los pozos sueña en vano con ser fuente mañana. Que sólo es agua de responsos, salada y negra.

Un siete de agosto, mataron en el molino a dos frailes y al abuelo de Martín. Los milicianos los mataron en el agua clara del caz y el molinero, Juan Vega, tuvo que moler ya con agua roja su trigo. Desde aquel día el cura don Elino no prueba el pan. Que hasta encarga las hostias en una panadería de la Puebla. Que no se fía. Que dice que a sus cristianos, cuando comulgan, les siguen sabiendo a sangre y a pólvora mojada.

Ramón Pérez Henares se ha traído un paraguas portugués con que ampararse de esta llovizna de cenizas. Con Ramón vienen todos los cadetes difuntos y el comandante zurdo de Antequera y el recovero bizco que hurtaba los sagrarios. Bajan por las cañadas del olvido como un tropel insomne, como la trashumancia de las almas que pronto abrevarán las sombras. Sus negros zapatones, sus zapatones nuevos de difuntos recientes se escuchan por la noche quebrar la oscura laja en los canchales, cruzar la paramera hasta el infierno. Pecador como era, a Ramón le pusieron en la fosa un bollo de cizaña y en su lacrimatorio un trago de alpechín. Ramón, en cuanto pudo, el bollo lo cambió por el paraguas. A veces, se detienen a contarse los años y se tapan los ojos con sus corbatas negras de crespón para no ver así su rostro en este cielo. Este cielo de amianto que pesa como el plomo fundido de los sueños.

Los curas enterraron al general a los pies de la Virgen. Y cuando se aburría tomaba por alcázar su capillita y disparaba a las lechuzas y contra el Judas negro de La Cena, o contra la cabeza de un hugonote que había labrada en el retablo. Admirado el obispo de su gesta, lo mandó canonizar. Y dicen los monagos que, en las noches oscuras de la cuaresma, se escucha un tintineo bajo su hábito. El tintineo metálico y terrible de la pistola con su crucifijo de oro.

Difunto Carrizón, don Silverio, no podía descansar en la fosa común que le asignaron en Muriel. Y se volvió a Moreda aquel otoño. Bajó del autobús con su harapera militar y una maleta de cartón en la que sólo traía su retrato, pomada para los huesos, una cartilla de racionamiento y el catecismo viejo de Ripalda. Anduvo así dos noches, aporreando puertas, preguntando a deshora por sus deudos. Hasta que, harto de tanta espera, llamó al enterrador y le pagó en pesetas. Con las mil que le quedaban compró tabaco negro y una gallina. Una gallina habada que le anida en el nicho y picotea los gusanos de los muertos recientes. Y que, de noche, pone huevos redondos y calientes como el mundo. Silverio Carrizón los manosea y siente entonces esa nostalgia tibia de la carne.

Mientras los difuntos descansan, la vaca pace. A veces muge si escucha un llanto lejano. O embiste y cornea en mitad de la noche. Yo he visto a la Muerte subida a las tapias como una manola arrojarle flores de felpa, flores rojas de felpa y ramitos de avena loca. La escucho en mi sueño. Un oscuro mugido que se escucha profundo en la noche de España, patria de las catacumbas.



LAS MANOS CIEGAS

Miguel Sánchez Robles



*“¿Cómo ha ocurrido esto,
esto tan parecido a no ocurrir?”*

Ricardo Bermejo

Salí del cine, iba por la calle y vi cómo a una muchacha se le cayeron las dos manos al suelo. Fue como si una lepra instantánea se las hubiese arrancado. Las manos se quedaron allí, como si estuvieran ciegas o algo por el estilo, y ella continuó andando con su mochila llena de libros colgando de la espalda. Me tomé prisa, recogí las dos manos pálidas del suelo de la acera y se las quise entregar, pero me miró con una tristeza infinita y me indicó con sus ojos y su mirada de resignación que no las quería o que no las podía aceptar porque no tenía manos con las que volver a cogerlas de nuevo. Siguió su ruta y se alejó de mí sin manos y sin sangre que le cayese siquiera de sus muñones amputados. Las manos tampoco tenían sangre. Eran unas manos muy tristes, de carne muy blanca a la que se le notan las venas de la dermis, unas manos como de mártir cristiana o algo parecido. Me quedé allí quieto, sin saber qué hacer, con sus manos en mis manos, exactamente igual a como lo haría un torero que se quedase de pronto sin público con

las orejas recién cortadas en mitad de la plaza vacía. Por supuesto, no sabía qué hacer. La gente pasaba por mi lado y miraba de reojo aquellas manos en mis manos, pero no decía nada, seguían su trayecto y no parecerían impresionados, sólo un poco sorprendidos por la redundancia de tener aquellas manos en mis manos. Incluso yo mismo no estaba demasiado impresionado, sólo incómodo y un poco aturdido porque no sabía qué hacer con ellas. Hubiese corrido detrás de la muchacha para tratar de convencerla y llevarla a un hospital con el fin de que se las injertasen de nuevo o algo así; todos sabemos que trasplantan de todo, ¿por qué no aquellas manos?, pero ya no veía a la muchacha. Volví a tomarme prisa, corrí en la dirección en que ella se había alejado y ya no pude verla. Se me había perdido en la boca del Metro de Madrid.

Me encontraba solo y desorientado, en medio de la Gran Vía con un par de manos muy frías colgando de las mías. Las tenía cogidas por los dedos. Las cogía así por escrúpulo, por no mancharme o algo por el estilo. Pero era horrible ir así por la calle con unas manos amputadas de otra persona colgando escrupulosamente sus dedos de tus dedos. No sabía qué hacer. No sabía qué hacer. No sabía qué hacer. Y me lo repetía a mí mismo sin cesar. Quise dárselas a la gente que pasaba por allí.

-Perdone. Me he encontrado estas manos en el suelo. Se le cayeron a una chica que no las quiso. No sé qué hacer con ellas. ¿Las quiere usted? ¿Podría decirme qué debo hacer con ellas?

Pero no había manera. Me miraban con desdén, no con asco, sino con desdén absoluto y ni me respondían. Era de suponer. La gente está muy escamada con todas esas bromas tontas que ponen sin cesar en la televisión

para reírse mucho de quien sea. A la gente le ofreces unas manos en medio de una acera de Antón Martín o de Las Ramblas y, lo primero que piensa, es que no eres más que un pequeño bufón a las órdenes de su majestad La Nada o El Sistema. Sólo te hacen caso si le enseñas un micrófono, entonces sí porque quieren salir, la gente se vuelve loca delante de un micrófono, todo el mundo quiere salir, pero si le ofreces un hígado de cerdo o unas manos como de mártir cristiana recién amputadas, entonces te miran con desdén y siguen en lo suyo.

Pensé arrojárselas a una papelería para que se las encontrasen y lo sacasen luego en el parte de las nueve de la mañana. Lo hice. Pero enseguida me sentí arrepentido. Supuse que a lo mejor estaban grabándome a mí, que sería yo la víctima de la broma televisiva y quedaría fatal delante de toda España. Por eso volví inmediatamente y las recogí de nuevo. Y otra vez estaba allí, en medio de la calle con aquellas dos manos cogidas por los dedos con los dedos de las mías. Miré hacia todas partes buscando donde podría estar la cámara. Estaba seguro de que debía haber una cámara. Por eso me decidí a hacer tiempo y me senté en el ribete del escaparate de una tienda de ropa. Me senté a esperar y me dije a mí mismo: “Estos de la cámara se aburrirán pronto y saldrán con el micrófono de un momento a otro”. Pero no salía nadie y yo estaba allí sin saber qué hacer con las manos. Me estaba empezando a poner nervioso.

Decidí ir a la policía. Anduve con aquellas manos un cuarto de hora por todo Madrid hasta llegar a una comisaría. En la comisaría me hicieron esperar. Me tuve que sentar con las manos en una silla de cuero negro que había en el hall. No me dio buena espina que no se alarmasen y me hiciesen

esperar con dos manos amputadas colgando de las mías. Luego, alguien me condujo hasta una mesa detrás de la cual había uno de aquellos policías vestido de paisano y me hizo depositar las manos en una bolsa de plástico transparente. Por asepsia, dijo. Me interrogó. No me preguntó directamente por las manos. Preguntaba un sin fin de cosas sobre mi vida. Datos de mi trabajo, de mi salud, de mi situación profesional, de mi celibato, de mi infancia... Hasta tuve que rellenar un test psicotécnico cuyos resultados tuvo que llevar a baremar a otra dependencia dejándome allí frente a aquellas manos tristísimas envasadas en plástico. Fue entonces cuando comencé a tenerle cariño a aquellas manos. Me fijé mucho en ellas. Eran unas manos adorables, delicadas, sin anillos, con un vello precioso y escaso, sin ningún tipo de asperezas y con las uñas pintadas. No me había fijado hasta ese momento en las uñas, exquisitamente pintadas color malva, un color que le confería una dimensión nueva al asunto, que le daban un toque de tragedia o algo por el estilo a aquellas extremidades muertas. Recuerdo que deduje que unas manos sin las uñas pintadas o pintadas de otro color, un color rosa o un color carmín, por ejemplo, serían unas manos que no se desprenderían nunca del cuerpo de su dueña, ni se caerían al suelo con la tristeza y el abandono con el que se le habían caído a aquella muchacha de mirada perdida y melancólica. A unas manos simples y naturales no les entra esa lepra, pensé. Entonces sentí compasión por aquellas manos suicidas.

Cuando volvió el policía le advertí, le dije como queriendo contribuir a resolver algo terriblemente posible e importante:

-Tal vez estas manos puedan ser suicidas. ¿Han pensado ustedes en la contingencia de que hubiese manos suicidas o unos labios suicidas o unas

cejas suicidas o lo que es peor, un páncreas suicida? A lo mejor a la gente le da azúcar porque el páncreas se les suicida solo. A lo mejor a esa muchacha se le suicidaron las manos.

No prestó mucha importancia a mi hipótesis. Dijo:

-Delictivamente hablando, esas manos no son asunto nuestro. La policía no puede hacer nada por esas manos, ni hay ninguna denuncia por pérdida de manos. Tampoco podemos meterlas en un frigorífico y dejarlas ahí porque no sabemos si las condiciones de nuestros refrigeradores son las adecuadas. En realidad esas manos son asunto suyo, caballero. Le pertenecen. Nuestra recomendación es que la lleve al hospital más cercano. Sobre la posibilidad que me apuntaba al principio no sabemos nada de suicidio de órganos o de extremidades. Aunque no parece una idea descabellada.

Me dejó noqueado. Tuve que irme de allí sin poder haberme desprendido de las manos suicidas. Volví a la misma situación anterior, aunque había avanzado en algo, la bolsa, llevar las manos en aquella bolsa de plástico era un avance importante.

Decidí entrar a un Starbuck. Me senté en la barra. Pedí un café irlandés. Saqué las manos suicidas de la bolsa y las estuve mirando mucho tiempo. Nadie se fijó en mí. El camarero pasaba por allí, me ponía el café, me daba un tique, retiraba un servilletero, y ni tan siquiera parecía darse cuenta de que lo que yo estaba mirando eran manos humanas verdaderas. Era monstruosamente tan normal. Recordé que en la película que había visto, *Magnolia*, al final llovían ranas del cielo, un montón de ranas que caían sobre los automóviles en marcha y sobre las ramas de los árboles. Una can-

tividad impresionante de ranas cayendo con un ruido apocalíptico y brutal. Y parecía también muy normal, brutalmente normal. Las ranas caían y caían con una especie de asiduidad asombrosamente cotidiana, mientras los protagonistas trataban de resguardarse. Tuve entonces miedo de correr el riesgo de volverme un poco loco. *Magnolia* es una película que te inyecta un halo de trastorno y, por si fuera poco, me había ocurrido todo aquello. Tenía que hacer algo. Necesitaba hablar. Le dije al camarero señalándole las tristes manos pálidas que tenía frente a mí encima de la barra:

-Oye, ¿esto es normal? Son manos. Están amputadas. Vi cómo se caían a una chica en plena calle. Las he llevado a la policía y dicen que me pertenecen. Estoy aquí mirándolas y no pasa nada. Podrían tener un ántrax. ¿Es normal? Dime: ¿Lo ves normal?

El camarero sólo me respondió:

-¡Perdón!

Yo no soporto que me digan “Perdón” de esa manera en que lo dicen. Perdón es esa clase de palabra que la gente te dice como para que vuelvas a explicarle de nuevo lo que has dicho antes, como dándote a entender que les importa poco, ¿qué les importa poco qué? No sé, que les importa poco. Perdón es como decirte:

-A ver, dímelo otra vez. Explícate, imbécil, tómate tu tiempo porque a mí me la suda.

Tuve que olvidarme del camarero. El camarero, como todo el mundo, iba a lo suyo y no le importaban en absoluto mis dos manos suicidas,

ni le hubiese importado que yo hubiese llevado un tarro transparente lleno de agua con babosas ahogadas o algo así. A los camareros en general hay muy pocas cosas que les importen. A los camareros a lo mejor se les suicida dentro del precórtex cerebral esa zona sensible donde radican el interés y la importancia. Yo siempre que voy a los bares me fijo en los camareros de una manera especial, comprobando cómo les importa todo tan poco e intentando verles las ganas de escapar de su trabajo, de pedir la baja o de salirse un rato a fumar a la calle.

Así que me quedé de nuevo fijándome en la belleza de aquellas manos a las que les estaba tomando cariño. Sufrí por la muchacha, porque nunca más pudiera volver a masturbarse o a acariciar la piel de un delfín con aquellas manos góticas y dulces, aquellas manos ciegas. La imaginé pintándose, mano contra mano, aquellas uñas de color elegante y premonitorio. Aquellas manos escribiendo números y redacciones en el instituto. Aquellas manos muertas delante de mí. Inservibles y ciegas para siempre. Propensas a la descomposición de la carne. Las miré con una atención exagerada por si se movían imperceptiblemente, por si pudieran aún tener un poco de vida o desplazarse por si solas como las manos de Reanimator o la mano de *Los Adams*. Pero no, aquellas manos confirmaban estar definitivamente muertas, aunque habían adquirido un halo como de obra de arte en sí misma, como de manos para exponer en un museo o para colocar en una exposición de arte contemporáneo en Telefónica. Unas manos preciosas, unas manos que ofrecían ese desgarró escénico que tienen ciertas obras de arte. Unas manos que me hubiera gustado besar alguna vez en una profesora de instituto.

Pagué mi café y salí a la calle decidido a desproveerme de aquellas manos que estaba empezando a querer. Saqué un taxi y me dirigí al hospital más cercano. Al taxista tampoco le extrañó que yo llevara en las manos una bolsa transparente con aquellos pedazos de carne desprendida y muerta. El taxista también estaba en lo suyo. Era uno de esos taxistas muy callados. Llevaba puesta música Machín y ni tan siquiera nos cruzamos la palabra durante el trayecto.

En el hospital también me hicieron esperar sentado en una silla de cuero. Me cogieron la bolsa con las manos suicidas y se las llevaron a algún sitio. A los veinte minutos volvieron con ellas. Una médica vestida totalmente de verde me dijo:

-Estas manos no sirven. Tenían que haber sangrado. Se les ha coagulado toda la sangre dentro. Son no aptas para trasplante. Habría que limpiar uno a uno todos los vasos capilares y eso es muy costoso. Además vienen sin informe. No podemos admitir unas manos sin la documentación prescriptiva. Nosotros no sabríamos que hacer con esas manos. Digamos que son manos sin papeles, como los sin papeles que llegan todos los días en cayucos y luego hay que devolver en avión a Burkina Faso o a Mali. Usted me entiende, ¿verdad? Le ruego que se lleve de aquí esas manos, por favor.

Fue terrible. Me sentí mal, como desubicado de la realidad, como sin encajar en la monstruosa y verdadera vida real. Parecía que había ingresado en la atmósfera inquietante de la película *Magnolia* que acababa de ver esa tarde. Miré las manos para asegurarme de que no me las habían cambiado. ¡Qué tontería! Entonces tuve una idea. Salí a la calle. Llamé a un taxi y me

dirigí a ARCO, a la Feria Internacional de Arte Contemporáneo. Coincidió en esas fechas. Tuve suerte de que fuese febrero y la semana de la Feria de Arte 2012. Pensé: “Lo mejor para encontrarte unas manos en el suelo es que sea febrero”. Y se lo dije al taxista. Estaba volviéndome idiota y desinhibido. Ambas cosas.

Cuando llegué, era tarde, pero aún estaba abierto. Saqué mi entrada. Me dirigí al primer expositor y allí, encima de una escultura que representaba la maqueta de una ciudad que podría ser Venecia, dejé directamente las manos sin que me viese nadie. Supongo que allí estén todavía. Me pareció el lugar más adecuado para unas manos así.

Por fin volví a casa. Mi padre salió al pasillo para recibirme y preguntarme por la película. Estaba hablando con él y de pronto vi cómo se le cayó el corazón al suelo. Por debajo de la bata le bajó el corazón y golpeó en el suelo. Produjo un sonido seco sobre la alfombra del pasillo, un ruido triste, muy triste, el mismo ruido que deben producir los pájaros cuando mueren y caen contra el prestigio de la altura. Ambos miramos muy callados aquella víscera que ni tan siquiera seguía latiendo. Seguramente llena también de sangre coagulada. Mi padre ni tan siquiera lloro. Se dio media vuelta y se dirigió al comedor. Fue directo al sofá y le subió volumen a las noticias del canal Veinticuatro Horas. Yo me quedé mirando, durante unos minutos intensos, un poco más su corazón tirado. Lo toqué con la punta de mi zapato, con escrúpulo, como se toca a un pequeño animal muerto con la punta del pie. Luego lo recogí con la mano, entre a la habitación y le dije:

-Papá, ¡tu corazón!

Se lo mostré en medio de mis dos manos y me dijo que no con la cabeza. Después me miró como miran con infinita tristeza todas las prostitutas pensativas. Y yo no sé, no me explico, por qué la gente se niega a recibir lo que se amputa solo. A lo mejor es que Dios está dejando un poco de soñarnos a todos o algo así.



RÉQUIEM POR UN ARTISTA

Josefina Solano Maldonado



*“Un recuerdo -pasado deleitoso-
me ataca y se apodera
tanto de mí que interna primavera
me somete a su acoso.”*

Jorge Guillén

N

o sé por qué ahora me acuerdo, y casi puedo oír, las pisadas de Juan Lucero. Eran pisadas clorhídricas y secas, portadoras de ese amargor que tiene la vida cuando alguien se mira al espejo y descubre que le mira un ser descafeinado y abúlico con grandes desastres dentales. Escucho esas zancadas ciegas que iban enterrando sueños en el duro alquitrán de la noche, esas zancadas dolientes que arrancaba a los tacones una marcha fúnebre y cadenciosa. No sé por qué ahora que Juan Lucero yace difunto en esta sala aséptica y pulcra del tanatorio, yo me acuerdo de la canción de sus pasos, y puedo intuir ese nihilismo al que un hombre llega cuando se convence de que su talento no tiene en absoluto más valor que su reloj comprado en la tienda de todo a euro.

Siempre quiso ser artista, y durante mucho tiempo conservó la esperanza de que alguien descubriera su voz, y lo paseara por los mejores escenarios del país. Admiraba a Antonio Molina, su paisano malagueño,

y fue siempre su incondicional seguidor. Se sabía todas sus canciones, e imitaba con gracia y plante sus poses en el escenario. Había recorrido en su juventud todas las tabernas y tablaos de Málaga, y no se puede obviar que alcanzara cierto éxito en la ciudad. Se puso Juan Lucero como nombre artístico, porque todos veían un gran parecido entre él y el actor de la película homónima, y entre su novia y Juanita Reina. En aquel tiempo sus pasos no sonaban a asco y tristeza, y lo terco del cansancio bajaba hasta las suelas para perderse en la lluvia y en el viento.

Por entonces no había iniciado esa persecución de sí mismo que en los últimos tiempos había entablado, por entonces se creía todavía hijo de una voluntad cristiana y católica que mantenía la fe al margen de la sombra lisérgica de la duda y la negación. Iba rondando por la vida con el propósito de algo superior, sin saber que su máximo trofeo sería ser el adalid de un sueño derrotado, y el portador de un manajo de ilusiones rotas.

En aquel ayer cuando salía a los escenarios y recibía el aplauso de su público, siempre el mismo, se sentía renacer, y volvía a creer en sus capacidades para el triunfo. Tardó muchos años Juan Lucero en darse cuenta de que su público estaba formado por gente que gastaba la vida sin grandes pretensiones, gente a la que no le resultaba doloroso adaptarse a la fatiga cotidiana de existir, gente que hubiera disfrutado lo mismo con su espectáculo, que con una tragedia de sal gorda representada por sepultureros.

Su familia tampoco supo valorar al artista que corría por sus venas. Chon, su esposa, fue antaño la morena de la copla, espigada y talluda, de ojos grandes y sonrisa limpia como la de Juanita Reina. Presumía de ser una

señorita educada y decente, pero después de cuatro partos, había tirado por el retrete el despliegue de las buenas maneras. Es como si la vida hubiese querido tener primero a una muchacha hermosa y suave, y luego a una mujer oronda, docta en la lengua del arrabal y poseedora de toda la elegante ruindad que deja el desencanto.

Todavía recuerdo aquellas tardes de verano, cuando la Chon, sentada en el portal, se empinaba un vaso de tinto con hielo, y se cagaba en la señora patria de todas las moscas que revoloteaban a su alrededor. Le contaba a su vecina Manolita que Juan Lucero la había convertido en una desgraciada, que no se preocupaba de buscarles las habichuelas a los niños, que eso de ir cantando de taberna en taberna no daba apenas para comer, que el *artisteo* sólo le servía para excusar su vagancia, y para tocarle el culo a las bailaoras y a ella los mismísimos cojones. Porque si de algo estaba orgullosa la Chon era de sus cojones, de los que había tenido que echar para salir adelante, para que quedara fuera de toda duda que la suya era una existencia estoica, y digna de la peana de una mártir de iglesia. La Chon se iba calentando la boca con Manolita, apretaba las mandíbulas, los mofletes se le hinchaban, y manoteando en el aire se acordaba de la santa madre de su marido, que en aquellos momentos de exaltación dejaba de ser santa para convertirse en puta, y Juan Lucero pasaba de digno hijo a digno hijo de la gran puta.

No sé si ahora, en este mismo instante, la Chon también recuerda como yo los pasos últimos de su marido. Está sentada junto al cristal que la separa del ataúd, y tiene en los ojos ese cansancio que sólo he visto en la mirada agónica de los perros. También se le ha pegado a las suelas de sus alpargatas ese tedio que se dedica sin reparos a clonar pasos sin rumbo.

Me da mucha pena la Chon, vivió sin comerlo ni beberlo en mitad de una sociedad que purgaba sus culpas a golpe de rosario y catecismo; asistió sin pena ni gloria a la venida del seiscientos y los nueve de familia viajando en él hacia la playa; sufrió varios cambios de gobierno que no la hicieron salir de la pobreza; vio la televisión en color en casa de Manolita y se emocionó con los Luises Alfredos y las Marías de las Consolaciones de las telenovelas venezolanas; presenció el progresivo deterioro de la carrera artística de su marido; y decidió ella misma sacarle provecho yendo de bar en bar, con una cesta enganchada del brazo. Debajo de los *cassettes* del artista escondía tabaco americano, comprado en Gibraltar, que era lo que realmente le daba la calderilla con la que aplacar el hambre. No me cabe duda de que la Chon siguió al lado de su marido porque la rutina le resultaba menos arriesgada que la libertad, y el empacho de vaciedad que ambos sufrían era más llevadero cuando al meterse en la cama, en pleno invierno, se regalaban el calor de sus espaldas.

Sé que a la Chon no le conmueve ya el Dios de las catedrales e iglesias de barrio, ese Dios que en los últimos años también se había transformado en un extranjero para Juan. La fe se fue convirtiendo en algo color mandarina que se iba marchitando a medida que pasaba el tiempo. Los sueños fueron un tropel de mariposas muertas que caían como una lluvia lenta en el corazón. Porque tampoco a la Chon se le cumplieron los sueños. No fue la mujer de un gran artista; tuvo que aceptar vivir siempre en la miseria; y sólo se le ocurría después de haber llorado a moco tendido, enfriar el vino tinto con cubitos de hielo y mandarlo todo al carajo en presencia de Manolita. Desde que se casó supo que el oficio de vivir era el más duro, que estaba en mitad de un grupo de seres que jugaban al desquite con la vida,

que sus corazones estaban amaestrados por el vacío, que sus pasos estaban fabricados con la materia del desastre.

Por las venas de la Chon debe correr una sangre de amapola amarilla que incendia la esperanza y la reduce a cenizas. Ella se ha curado, igual que lo hizo Juan Lucero, de ese delirio patológico que padecen los que tienen por hábito vivir como si estuvieran dentro de un sueño. Ellos se dieron de bruces contra la realidad y sus heridas nunca cicatrizaron. Es lo que Susy, la hija menor, llama “darse una de hostias” Hoy veo triste a Susy, a pesar de que lleva sus tacones de plataforma y camina con el empeño de quien aún no se siente derrotado. Está sentada al lado de su madre, y en el borde de sus labios hay un naufragio, en su mirada un dolor sordo que se mueve siempre dentro de las lágrimas que resbalan como gotas de lluvia estremecida. Seguro que piensa que con la muerte de su padre se “ha dado una de las mayores hostias” de su vida, porque Susy no quería que Juan Lucero partiera, porque Susy siente hoy que morir es una música desolada, compuesta por alguien con las manos atrapadas en las tapas de un piano.

A Susy le gusta que escriban su nombre a la inglesa, acabado en y, porque eso da más caché y te hace sentir un poco menos miserable. Y dice que “se dio una de hostias” el mismo día en que nació, cuando se le escurrió a Chon entre las piernas, y cayó en el retrete. Pero Susy se fabrica cada día su propia felicidad para no ser arrastrada por esa corriente lenta y blanca que circula por los pies de su familia. No le gusta que le recuerden que su padre cantaba “Soy minero” como el mismísimo Antonio Molina, entre otras cosas porque odia esa canción y todas las canciones de esos artistas de la dictadura que nada tienen que ver con las de su idolatrado Sabina. Susy

no comprende cómo la gente de antes comulgaba con la eucaristía de una placidez impuesta, no comprende por qué el minero de la película antigua sonrío en sepia y canta como si no pasara nada, cuando el trabajo de la mina es uno de los más jodidos que existen, y allí en las profundidades de la tierra no está la cosa para cantes. “Estabais amuermaos perdíos” era lo que le decía a sus padres cuando recordaban aquellos tiempos pasados, y su prolija falsificación de felicidad.

A Susy le gusta escribirles versos a sus hermanos en servilletas de papel. Recuerdo con exactitud los primeros que escribió, como si hubiese cargado el bolígrafo con una tinta leprosa que se afanaba en la eliminación catequética de lo superfluo. A María, su hermana mayor, que trabaja en un club de alterne le escribió *“Los animales de la noche olfatean el miedo que llevan las meretrices en la piel”*. Susy sabe que María no está a salvo de la irreverencia ni de los pasos oscuros, y que trabaja para conseguir su pico de *blanca* y olvidar que es lo que nunca hubiese querido ser. María siente que el gusano de la zozobra pone huevos en las tripas, y que las larvas se alimentan del alma, o de lo que queda de ella. Se le amontonan las palabras en la boca, y al final sólo se bate con una lucha interminable de silencios. A María le ha crecido un hueso en la fruta del corazón, y sabe contener el llanto con la abnegada y tenaz dedicación de quien busca sus huellas en el lodo de la lluvia cuando se muere el sol. María sale fuera a fumar un cigarrillo y rehúye cualquier tipo de conversación.

Otro que también calla es Juanito, el único hijo varón del matrimonio. Quería ser torero, pero una ceguera progresiva vino a dar con sus huesos en un quiosco de cupones. El mundo de Juanito está hecho ahora

de olores diferentes: el de los días grises en que hasta el aire huele a huevo crudo; el de los días de verano que gastan un inconfundible aroma a bronceador y salitre; el de los días de Navidad con su peste a resaca, y con su fragancia dulzona de niño Dios, hecho de mazapán. Susy le escribió en una servilleta del Piyayo este verso *“No se te cansarán los ojos de buscar miradas y encontrar temblores de silencio”* Juanito tampoco es feliz, pero no añora lo que cree que nunca ha existido. Juanito gasta en sus zapatos la misma tonadilla triste que usaba su padre en los últimos días. Juanito hoy tiene en las narices el olor de la muerte que deja ese tufo de flores tronchadas y coronas fúnebres. Para Juanito la muerte es un reptil dormido que paraliza la sangre, y descompone las ambiciones rezagadas de la memoria.

Violeta, nacida la tercera, está sentada al lado de su madre, y parece acumular susurros y pensamientos para levantar un baluarte contra la muerte. Violeta tiene un puesto de pescados en el mercado de Atarazanas, vive en Huelin, y le gusta comprarse la ropa en los mercadillos del barrio. Violeta lleva una vida pequeña que ha engrandecido conectándose a Internet. Participa en un foro de mujeres maltratadas. Cuenta a sus compañeras cómo soportó durante tres años que su marido le gritara y le pegara, y dice sin reservas que cuando la existencia duele hay que buscarse un analgésico en los juzgados. A Violeta le gusta contemplar el mar, caminar descalza por la playa cuando ya no queda nadie. Escribe sobre la arena mojada y espera que las olas hagan de goma de borrar. Muchas veces la he visto escribir “lágrimas” “tristeza” o “cansancio”, se sienta y espera que la espuma blanca arrastre todas las letras mar adentro. Respira hondo, y siente como si hubiese borrado del libro de su vida todo lo que no le gusta. Luego la bajamar trae las esquelas de todo aquello que sepultó cuando las olas golpeaban

fuerte. Violeta escucha el rugido del mar donde enterró las palabras, y lo siente como un precipicio donde hay que permanecer atado, como Ulises ante el canto de las sirenas. Quizás esta mañana el mar le gritó, sin que ella todavía se hubiera amarrado al mástil, que olvidó escribir “muerte” y ahora cree que todo cuanto escribió en la arena es un texto incompleto. Hacía ya mucho tiempo que había visto que en el rostro de su padre se drenaba un cadáver con la disciplinada constancia que deja la enfermedad y el agotamiento. Su hermana Susy escribió para ella este verso: “*Caminas hacia ese centro ignorado de ti misma para saber quién eres realmente*” Violeta ha vuelto hoy de ese viaje cansada del mundo y de la vida, aunque quiere creer que no ha derrochado ni todas las sílabas, ni todo el tiempo. Le quedan sus amigas del Internet, compañeras de *valium* y desilusiones, ávidas de leer que el vodka y la esperanza pueden ahogar el aullido de los lobos que corren en manada por sus sienes.

No sé por qué ahora sigo oyendo los pasos oncológicos de Juan Lucero, ni por qué miro a la Chon y me compadezco, ni por qué recuerdo versos de Susy, escritos en una servilleta de papel, y siento lástima por todos los hijos. No sé por qué en este preciso instante el *clown* se hace héroe y la pantomima hazaña. Quizás porque ahora es fácil la despedida y se amontonan los recuerdos, quizás porque mi viejo amigo llevaba tantos alfileres dentro de las venas que llegaron a pincharle los talones para hacer de sus pasos un Morse de angustia sobre la acera.

Juan Lucero sonrío desde el lado de los muertos porque su historia ya no existe más que en el pasado. Y al pasado conviene tratarlo de usted sin entrar al trazo de su viejo engaño, ni pagar la fianza que su memoria

impone. El pasado de Juan Lucero se resume en una hilera de pasos nocturnos y anestésicos que retumban en mis oídos con el mismo tono que tienen los sueños cuando se van muriendo poco a poco.



ÚLTIMO DÍA EN LA PLAYA

Pedro Ugarte Tamayo



N

erea extendió el brazo para pasarme el teléfono. Antes de que dijera nada, su rostro exasperado ya anunciaba quién había llamado.

- Es tu hermano, -musitó, torciendo la boca, reprochándome en silencio mis orígenes, mi familia, mi existencia, como si todo lo malo que había en nuestra vida procediera de allí.

Resoplando, tomé el teléfono.

- Dime, Honorio.

- Hijo de puta. Sé lo que pretendes. Tienes engañada a mamá pero conmigo no valen tus tretas. ¿Me oyes, Jorge, me oyes?

Honorio estaba bebido. Me pregunté cuándo habría sido la última vez en que habíamos hablado sin que estuviera bajo los efectos del alcohol.

- Qué quieres, Honorio.

- Quiero ver a Gabriel. Joder, yo soy su tío, mamá es su abuela. ¿Lo has olvidado, cabrón? ¿Lo has olvidado ya?

Mientras Honorio gritaba, me recogí sobre mí mismo. Pero era una estupidez intentar que aquella fuera una conversación entre los dos: Nerea estaba a mi lado, escuchando. De todos modos, con aquel gesto yo al menos pretendía evitar que Gabriel me sorprendiera, como tantas otras veces, discutiendo con mi hermano.

- De qué se trata, Honorio.

- Voy a llevar a Clara y a mamá a la playa. Queremos que Gabriel venga con nosotros. Mamá no ha visto al niño en los últimos tres meses. Coño, Jorge, vivís a diez kilómetros de casa, ¡a diez putos kilómetros! Pero esta vez ni la furcia de tu mujer podrá impedirlo, ¿me estás oyendo?

- Deja de gritarme, ¿de acuerdo?

- Dentro de media hora estaremos allí.

Honorio colgó.

No me gustaba mi hermano. Pero aquel sentimiento ni siquiera tenía que ver con que me gritara o me insultara constantemente, sino que nacía de algo más íntimo y profundo. Honorio no me gustaba porque era el espejo en el que yo veía cuál podría haber sido mi destino. Por fortuna, hubo un momento en que decidí abandonar su estela: cuando empecé a trabajar en la ferretería. Nunca me lo perdonó. Era estúpido considerar una traición

que yo optara por una forma de vida distinta de la suya. Pero él siempre lo había visto de ese modo: una traición.

Aquel sábado Nerea tenía guardia. Trabajaría doce horas seguidas en la unidad de quemados del hospital central. Ella jamás habría permitido que Gabriel pasara un día más con mi familia. Pero calculé que podría arreglarlo todo: era posible que Gabriel estuviera en la playa con mi madre y, después de cerrar la ferretería, yo iría a recogerlo hacia las dos. Luego padre e hijo pasaríamos la tarde en casa, hasta el regreso de Nerea. No, ella no tenía que enterarse de nada.

Antes de salir de casa, Nerea dio al niño un beso fuerte y después me miró.

- ¿Qué quería el borracho?

- No hables así delante de Gabriel.

- De acuerdo, ¿qué quería?

- Ver al niño. Y que lo viera mi madre.

- Ya sabes que no.

- Ya se lo he dicho.

- Deja al niño en la guardería. Cuando termine el turno te llamo.
¿Por qué no venís en coche a recogerme?

- Seguro.

Vi salir a Nerea, a su turno de doce horas en la unidad de quemados del hospital. Seguro que allí las enfermeras veían cosas horribles, pero en casa ella nunca hablaba del trabajo. La parada del autobús estaba cerca. Contemplé cómo se alejaba y esperé que en algún momento se diera la vuelta para mirarme otra vez. Entonces yo volvería a agitar la mano, a modo de despedida. Pero no lo hizo. Nerea llegó al cruce de la calle, dobló hacia la derecha y desapareció.

En casa, a la entrada, abrazado a uno de sus peluches, apareció Gabriel. Me acerqué hasta él y me agaché, para que pudiéramos hablar de igual a igual.

- ¿Te gustaría ir a la playa?

- ¿Contigo?

- No. Ahora tengo que ir a trabajar. Pero podrías ir con la abuela. Y con los tíos.

- No quiero.

- Si lo has hecho otras veces.

- No, no quiero.

Decidí no contestar.

Me quedé mirando el cruce. Vivíamos a las afueras, en un espacio impreciso entre el campo y la ciudad, allá donde la trama de las calles se desmiga, se disuelve poco a poco. En nuestro barrio, la cuadrícula urbana

dejaba paso a casas pequeñas, huertas y cobertizos entre los que discurrían caminos de grava que llevaban a garajes, verjas y cancelas.

En casa, vestí a Gabriel para la playa. Le puse una camiseta de colores, el bañador naranja. Mientras hacía todo aquello, él no dejaba de abrazar su peluche.

- ¿Puedo llevar a Capitán?

- En la playa se llenará de arena, Gabriel.

- Pero es mi amigo. Si no puedes venir tú, me gustaría que viniera Capitán.

- De acuerdo.

Media hora más tarde apareció en el cruce la furgoneta de Honorio, un artefacto destartado, colérico y ruidoso que anunciaba su llegada con una estridente confusión de sonidos inconcretos. Estuvo a punto de estamparse contra uno de los árboles de la avenida, pero un volantazo imprevisto, dictado por el azar, encajó la furgoneta entre dos troncos, aunque entonces casi impactó contra el banco de cemento que había entre los dos.

Del asiento del conductor salió mi hermano. Honorio tenía el cuerpo flaco, los hombros encogidos, las mejillas vacías, la mirada alucinada de los hombres que han bajado al infierno de la droga y, aunque hayan regresado, aceptan resentidos que nada será igual. Sostenía un cigarrillo entre los labios y ejecutaba los movimientos de alguien que está muy ocupado o que tiene mucha prisa. Parecía estar buscando algo en los bolsillos, aunque

en realidad ni estaba buscando nada ni metía las manos en los bolsillos. En toda mi vida había visto a Honorio sostener un cigarrillo entre los dedos: una vez encendido, lo colocaba entre los labios y ya no volvía a tocarlo. Él seguía haciendo cosas, o parecía que seguía haciendo cosas. El acto de fumar se acompañaba con su respiración, hasta que un olor apestoso anunciaba que la lumbrera estaba quemando el filtro. Entonces Honorio se acordaba del cigarrillo y lo escupía.

Del otro asiento delantero salió mi madre. Me acerqué hasta ella y la besé. Como todas las madres conscientes de sus privilegios, ya estaba ofreciendo la mejilla, desde lejos, para que yo me inclinara y posara allá mis labios.

- Hola, mamá.

- Hola, hijo. ¿Dónde está Gabriel?

Miré hacia la casa. Gabriel estaba en el umbral de la puerta, inmóvil, agarrando del cuello a Capitán.

- Ahora viene a saludarte, mamá —dije yo, mientras hacía al niño un gesto expeditivo para que se acercara.

Mi madre cargaba sobre los hombros décadas de miseria y de padecimiento. A la imprudencia de un matrimonio estúpido entre dos adolescentes le siguió el calvario de educar sola a tres hijos. Ahora su cabello eran lianas de pelo rubio invadido por las canas y su forma de vestir una acumulación de trapos combinados con desidia. Fumaba y bebía furiosamente, como Honorio; furiosamente, como yo lo había hecho antes de la

ferretería. Era curioso: mi madre no ignoraba que, por modesta que fuera nuestra vida, si nada le faltaba a su nieto era gracias a mi empleo en la ferretería y al trabajo de enfermera de Nerea, pero algo había en nuestro modo de vivir que censuraba. Qué demonios, pensaría mi madre, la vida es una mierda, pero es lo único que tienes, así que ¿por qué malgastarla en una tienda o entre cuerpos que supuran líquidos envenenados, en la unidad de quemados de un hospital?

Del asiento de atrás descendió mi hermana. Clara era gorda, casi nunca decía nada y si lo hacía era siguiendo el surco abierto por las palabras de los demás. Nada había en ella que tuviera que ver con la felicidad, ni siquiera con la esperanza de que la felicidad fuera posible. Opiniones sobre la felicidad: eso es lo que diferencia a las personas. Algunas personas consideran que no existe. Y otras pensamos que realmente sí existe, sólo que en algún otro lugar.

Honorio y Clara me odiaban, aunque jamás tendrían el coraje de aceptar la explicación de semejante sentimiento: que yo no era como ellos. Yo había decidido no ser como ellos. Eso no quiere decir que me engañara acerca del porvenir. No me hacía muchas ilusiones, pero al menos mi futuro sería mejor que el suyo: después de seis años en la ferretería, tenía un empleo fijo, el dueño me aplicaba cada año la subida salarial correspondiente, sabía de memoria un centenar de códigos para dar entrada o salida en el almacén a destornilladores, martillos y alisadoras, tenazas, bobinas y alcatraces. No, yo no era un buen dependiente de ferretería, yo era un excelente dependiente de ferretería. Una verdad modesta, pero al menos una verdad.

Gabriel se acercó por el sendero del jardín, indeciso, temeroso, abrazando a Capitán.

- Hijo –dijimos al mismo tiempo mi madre y yo.

- Hola, abuela.

Mi madre expuso, como siempre, su arrugada mejilla, ejecutó el movimiento necesario para simular que se inclinaba. Gabriel se puso de puntillas, hasta tocar con sus labios la cara de mi madre, y entonces la besó.

- ¿Cuándo vas a tirar ese muñeco? Dile a tu tío Honorio que te compre otro más bonito.

A mis espaldas, Honorio tosió ruidosamente. Se plegó sobre sí mismo, mientras las expectoraciones eran tan violentas que parecía que iba a vomitar sobre la hierba los órganos húmedos y blandos del abdomen.

Se acercó hasta mí, y sentí en mi nuca un aliento indefinible, una mezcla de tabaco reciente y odio antiguo, algo que tenía que ver con las prisiones y las tabernas y las multas, y los crueles castigos a los niños muy pequeños.

-¿Lo ves, Jorge? –me dijo al oído, en voz muy baja- Pelele, calzonzos. Te mereces dos hostias. Gabriel adora a su abuela, pero ni tú ni tu mujer dejáis que esté con ella.

Di unos pasos para alejarme de él. Hacía años que no me pegaba

con Honorio. Hacía años que me había jurado que no íbamos a pegarnos nunca más.

Clara, que había permanecido ausente, pareció regresar de algún lugar remoto. A la luz de la mañana, distinguió de nuevo a nuestra madre y a Honorio. Comprendió que estaba en mi casa. Identificó a Gabriel, sin duda alguna, y sonrió.

- ¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Hola, Gabriel!

Clara se acercó al niño, corriendo pesadamente. Apartó de un manotazo a Capitán, abrazó al niño y lo besó.

- Mamá, por favor, tráelo al mediodía, hacia las dos —dije a mi madre.

- Es entonces cuando vuelve tu mujer, ¿verdad?

- No, viene más tarde, pero prefiero que no hablemos de mi mujer. Mamá, yo sólo quiero que al niño no le pase nada malo.

- Siempre estás con las mismas tonterías —protestó.

- Mamá, Honorio no puede conducir en esas condiciones.

Entonces vi cómo mi hermano se acercaba por detrás, a toda velocidad. Temí que fuera a empujarme, pero pasó de largo, abrió la puerta trasera del coche y montó.

- Cómo va a conducir Honorio. ¿Crees que estoy loca? Vamos con mi nieto. No voy a permitirlo. Clara llevará la furgoneta.

- Es verdad –pronuncié, con rencor- Debo estar tranquilo. No es un borracho el que conduce el coche que lleva a mi hijo y a mi madre hasta la playa: es una deprimida en tratamiento.

- Tú hermano tiene razón: parece que nos odias.

Honorio, dentro del coche, ya se había puesto un cigarrillo entre los labios y abrazaba ahora a Gabriel, volcando todo su cuerpo sobre el niño. Mi madre volvió a exponer la mejilla, para que le diera un beso de despedida.

- No te preocupes, hijo. Todo irá bien.

Subió al asiento delantero de la furgoneta. Clara, en el puesto del conductor, se familiarizaba con la caja de cambios, ajustaba el espejo retrovisor y luchaba por descubrir dónde había que introducir la llave de contacto.

El coche arrancó, con un bramido monstruoso e insensato, como si el motor tuviera vida propia y en cualquier momento pudiera salir en estampida. Yo pensé entonces en las innumerables curvas del camino, en las rocas que cercaban las calas de la costa, en la suerte, en la vida, en las mareas, en la incapacidad de mi familia, desde hacía generaciones, por atesorar un solo gramo de cordura.

- ¿Papá?

Por la ventanilla de atrás Gabriel, algo asustado, levantó la mano derecha, para despedirse de mí.



AUTORES

GONZALO CALCEDO JUANES. (Palencia, 1961), funcionario en excedencia, ha publicado los libros de relatos *Esperando al Enemigo* (Tusquets, 1996), *Otras Geografías* (NH Ediciones, 1998), *Liturgia de los Abogados* (Edit. Ayuntamiento de Sevilla, 1998), *La Madurez de las Nubes* (Tusquets, 1999), *Apuntes del Natural* (Páginas de Espuma, 2002), *La carga de la brigada ligera* (Menoscuarto, 2004), *El peso en gramos de los colibríes* (Castalia, 2005), *Mirando pájaros y otras emociones* (Diputación de Badajoz, 2005), *Chejov y compañía* (Caja España 2006), *Saqueos del corazón* (Algaida 2007), *Temporada de Huracanes* (Menoscuarto, 2007), *Cenizas* (Pre-textos 2008), *Picnic y otros cuentos recíprocos* (El brocense, 2010), *El prisionero de la Avenida Lesington* (Menoscuarto, 2010) y *Siameses* (Tropo, 2011). Ha participado en antologías del género como *Los Cuentos que Cuentan* (Anagrama, 1998), *Cuentos de Hijos y Padres* (Páginas de Espuma, 2001), *Lo que Cuentan los Cuentos* (Cuentos Españoles Contemporáneos - Universidad de Veracruz, 2001), *Cuentos contemporáneos* (Gran Angular - S.M., 2001), y *Pequeñas Resistencias* (Páginas de Espuma, 2002), obteniendo, entre otros, los premios NH en todas sus modalidades, Alfonso Groso, Tiflos, Caja España y Cortes de Cádiz, en su modalidad de libro de relatos. En 2003 publicó su única novela hasta

el momento, *La Pesca con Mosca* (Tusquets Editores). Habitualmente imparte conferencias sobre el género, colabora en revistas literarias y, participa como articulista, en medios de comunicación.

MARÍA DE LAS NIEVES MORALES CARDOSO. Nace en La Habana, Cuba, en 1969. Licenciada en Psicología por la Universidad de La Habana. Escritora, declamadora y narradora oral escénica. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Integra profesionalmente junto a su esposo el dúo dramático-musical Ad Líbitum, perteneciente al catálogo de excelencia del Centro Nacional de la Música Popular, con el que ha realizado numerosas giras por Cuba, así como por Ecuador, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Venezuela, Alemania y Suiza, recibiendo excelentes valoraciones de la crítica en la prensa nacional y extranjera. Como escritora ha obtenido entre otros los siguientes premios: Premios internacionales: Premio Iberoamericano de la Décima “Cucalambé”, Las Tunas, Cuba, 2002. Premio Internacional de Poesía “Francisco de Quevedo”, Ciudad Real, España, 2004. Mención Especial en el Concurso de Poesía “Cafetín Croché”, Madrid, España, 2004. Finalista del Certamen Literario “Andrés García Madrid”, Madrid, España, 2005. Premio Internacional de Décima Espinela “Tuineje”, Islas Canarias, España, 2007. Mención Especial en el Concurso de Poesía “Cafetín Croché”, Madrid, España, 2007. Accésit en el XLIII Premio Internacional de Cuentos “Miguel de Unamuno”, Salamanca, España, 2007. Segundo Premio en el VII Certamen Internacional de Relato Corto “Encarna León”, Ciudad de Melilla, España, 2008. Segundo Premio en el Concurso Internacional de Sonetos “Mercedes Matamoros”,

México, 2008. Premios nacionales: Premio Nacional “Décima Joven de Cuba”, Las Tunas, 1999. Segundo Premio de Décima Espinel-Cucalambé, Puerto Padre, 1999. Premio Nacional “Vicentina Antuña”, La Habana, 2000. Premio Nacional “Francisco Pereira”, La Habana, 2000. Segundo Premio Farraluke de Narrativa Erótica, La Habana, 2007. Premio Unión Latina de Narrativa Erótica, La Habana, 2007. Gran Premio “Décima al filo”, Guáimaro, 2008. Segundo Premio en el “Concurso Nacional de Glosas”, Las Tunas, 2009. Ha publicado *Retablo de Saudade* (Sanlope, 2000) y *Otra vez la nave de los locos* (Sanlope, 2003). Textos suyos aparecen recogidos en las Antologías *Nueve Poetas y una Estrofa* (Lengua de Víbora, 2001), *Hombres Necios que Acusáis* (Oriente, 2002) y *Que caí bajo la noche* (Ediciones Ávila, 2003), así como en revistas y antologías de España y México.

JOSÉ MANUEL BARROS CAMPOY. Durante los primeros años ochenta, estudié Filosofía en la Universidad de Sevilla. Poco después de haber acabado, y en ese estado en que uno no sabe a ciencia cierta si continuar con la vocación o intentar otras cosas, me presenté a mi primer concurso literario. Creo recordar que era de ámbito local, aunque no estoy seguro de si el calificativo que rememoro responde adecuadamente a la realidad o a la timidez que siempre contrapongo a mis logros. La verdad es que también pudo ser nacional o internacional, pero ya saben que en aquellos tiempos la publicidad no era tan eficaz y pocos acudimos al reclamo. A partir de entonces, no he dejado de escribir y de presentarme en concursos literarios y hasta he obtenido algo de reputación entre mis colegas escritores de la comarca. Sobre

todo por dos cuentos: *El aviador* y *El Gallo Marini*. Estoy convencido de que en ellos están contenidos los temas y los estilos que me preocupan y en los que vuelvo una y otra vez inconscientemente a caer en ellos. Por lo demás, señalar que junto con otros tres amigos editamos durante seis años una revista literaria llamada *Así, Roithamer* dedicada a autores que cumpliesen con dos requisitos ineludibles: estar fallecido y ser de nuestra predilección. En estos momentos, ando liado con los ultracortos, que presento a diestro y siniestro y que aún no han tenido la repercusión que les deseo. Premio literario de Relatos Cortos Letras del Sur. Publicación: Relatos cortos Letras del Sur I. *Botas prietas* (San Roque, Cádiz 1988); Primer Premio de II Certamen de narración corta “Diego Bautista”. *La estatua* (Jimena de la Frontera, Cádiz 1993); Colección de cuadernos. Gabriel Baldrich. *Antología poética* (San Roque, 1994); Certamen de narraciones breves “Ángel María de Lera”. *El Gallo Marini* (La Línea 1995); Editor y redactor de Ediciones *Así, Roithamer*. Revista Literaria *Así Roithamer*, 1994-2000. <http://asiroithamer.blogspot.com/>; *Café negro*, Varios autores (Ediciones Diputación de Cádiz, 2000); los cuentos, *El Aviador* y *El Teorema de Pitágoras*; Juan Benet. *Metafísica y novela*. Artículo nº: 18 | 03-01-2004. <http://www.escueladeletras.com/juan-benet/juan-benet-metafisica-y-novela/18.html>; *El aviso*. Costa Cultural. Revista de cultura (Sotogrande, agosto 2006).

FABIÁN DORIGO. Licenciado en Sistemas de Información, es periodista y escritor. Ex colaborador del diario *Página 12*, participó de talleres literarios con Silvia Plager, Vicente Battista, Juan Martini y Mario Goloboff. Algunos de sus cuentos fueron publicados en

las antologías *Cuentos para ser leídos en el subte* (Corregidor, 2003), *Cuentos por deporte* (Homo Sapiens, 2007) y en la revista *La mujer de mi vida*. Obtuvo el primer premio del Concurso de Cuentos Instituto H. Moore (Bs. As., mayo 2010) y ha sido finalista del XXXVI Concurso Internacional de Cuentos “Hucha de Oro”, (Madrid, junio 2010). Más recientemente ha obtenido el primer premio del Primer concurso de Cuentos en Twitter, organizado por Grupo 23 (Rep. Argentina). En la actualidad coordina talleres literarios en la ciudad de San Miguel de Tucumán, República Argentina (<http://eltallerdelaspalabras.weebly.com/>).

ROSA MARÍA GARCÍA RUIZ. (Madrid, 1971), licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Desde el año 2004 dirige la Librería La Tramontana (Sitges), en estos momentos cerrada temporalmente. De manera virtual puede seguirse la actividad por Facebook. De 1995 a 2003 ejerció de Jefa de Prensa y Asesora Técnica en Comunicación en el Ayuntamiento de Alcalá de Henares (Madrid). De 1989 a 1995 dirigió los informativos de Antena 3 Radio y Cadena Ser en Alcalá de Henares. Primer Premio Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Alcalá de Henares con el relato *El Salto*.

MANUEL ENRIQUE MINGOTE. Nacido en Madrid en 1957. Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Complutense. Catedrático de Instituto de Lengua y Literatura desde 1981, ha ejercido la docencia en Centros de Pontevedra, Cuenca y, desde 1985, Madrid. Autor de varios estudios críticos sobre literatura del siglo

XVI. Ha obtenido galardones en el Concurso de Narraciones Breves “Antonio Machado” (finalista en la edición de 1992 y segundo premio en la de 1993) y en el Premio NH de Relatos (finalista en 1997)

ANTONIO M. HERRERA. 1942, Pontejos (Cantabria). Bachillerato, en Ávila. Filología Hispánica y Francesa en la Universidad de Barcelona. Profesor de Lengua y Literatura Española en diversos IES de Cataluña y Valencia. Publicaciones de carácter pedagógico en la editorial Teide. De creación poética: *Esa luz que el aire tensa* (Ávila, 2004), *Godayla al amanecer* (Godella, 2009), *Tras el vivir y el soñar (Villa Amparo)* (Fundación Antonio Machado de Collioure, 2010). En preparación, *El resplandor de la piedra, Solo son fábulas*. Premios de cuentos y relatos: “Ciudad de Badalona”, “Ciudad de Massamagrell” (Valencia), finalista del “Café Gijón”, de novela corta, Premio Internacional de Literatura Antonio Machado de Collioure 2010, seleccionado en el Festival Internacional de poesía Ciudad de Segovia.

JUAN CARLOS MUÑOZ. Nacido en Alcalá de Henares en la primavera de 1964, su llegada a este mundo no estuvo precedida (como cabría suponer) por cabriolas planetarias ni por zarabandas cósmicas, alardes que siempre ha considerado de muy mal gusto. Nuestro héroe tuvo una infancia feliz, navegó como pudo por las turbulentas aguas de la adolescencia, estudió (y aprobó) una de esas carreras que se hacen con la vocación al ralenti, a veces esquivó las añagazas del amor, otras no. Desde hace unos años está decidido a renovar la Literatura Occidental hasta límites insospechados, y en ese empeño se incluye el cuento *Las siete vidas del cisne*, que el autor

dedica a todos los cantantes melódicos de medio pelo.

PILAR NAVARRETE HERNÁNDEZ. Veterana de las letras aragonesas, aunque poco prolija, desde que escribía poemas para musicalizar hasta hoy, esta autora turolense ha publicado la novela *Un profundo cansancio* con la que ganó el Premio Extremadura 1997, el libro de relatos *Quebranto y otros relatos* (Premio Isabel de Portugal 1992) y numerosos relatos más premiados en diferentes certámenes, como: *Diario entrecortado* (Premio Cortázar) o *Una cuestión personal* (Premio La Felguera 1998). También sus relatos cortos han formado parte de varias publicaciones colectivas o revistas literarias: *La mirada nocturna* (Turia), *Punto de fuga* (La Expedición), *Los amigos*, *Las aficiones peligrosas* o *El gavilán* (Mosen, Pirineum Editorial) son algunos de ellos. Con frecuencia ha colaborado en la prensa haciendo crítica literaria, entrevistas y artículos de fondo sobre temas sociales y culturales. Próximamente aparecerá en Amazon, formato digital, su segunda novela titulada *La Inercia*. Profesionalmente es funcionaria.

MAITE NÚÑEZ LUQUE. Nacida en Barcelona en 1966, soy Licenciada en Historia Moderna y Contemporánea por la Universitat Autònoma de Barcelona, y con posterioridad cursé estudios de Documentación y de doctorado en Periodismo, así como diferentes cursos en el ámbito de la edición, de las tecnologías de la comunicación y de la creación literaria. He colaborado en diversas revistas literarias y he participado en la redacción de textos de todo tipo, desde artículos de enciclopedia (entradas de Historia, de Geografía), hasta artículos de divulgación para revistas femeninas... He

publicado cuentos, artículos, reseñas literarias, etc. En la actualidad trabajo como responsable administrativa de un departamento universitario. Entre los premios literarios recibidos más destacados puedo citar: Primer Premio del V Concurso “Tanatocuentos” (Empresa Madrileña de Servicios Funerarios) y revista *Adiós*, 2005. Finalista del IV Certamen de Relatos para ser leídos en tres minutos “Luis del Val” (Ayuntamiento de Sallent de Gállego, 2007). Primer Premio de la XXXI edición del Certamen Internacional de Narrativa «Tomás Fermín de Arteta» (Fundación Bilaketa de Aoiz, 2007). Finalista del XXI Certamen literario de Relato corto “Joaquín Lobato” (Ayuntamiento de Vélez-Málaga, 2007). Finalista del XI Certamen de Relato corto “Tierra de Monegros” (Consejo Comarcal de los Monegros, 2009). Finalista del XII Certamen de Relato corto “Tierra de Monegros” (Consejo Comarcal de los Monegros, 2010). Primer Premio del VIII Certamen de Relatos para ser leídos en tres minutos “Luis del Val” (Ayuntamiento de Sallent de Gállego, 2011).

JOSÉ A. RAMÍREZ LOZANO. Nogales, Badajoz 1950. Licenciado en Filología. Ha publicado narrativa y poesía; más de 60 obras en total, premiadas las más de ellas con galardones significativos, como el Juan Ramón Jiménez, Unicaja, Ciudad de Irún, Claudio Rodríguez, Ciudad de Badajoz, José Hierro, Blas de Otero, Ricardo Molina, Ciudad de Mérida, González de Lama, Ciudad de Burgos, Manuel Alcántara de poesía; y Ateneo de Valladolid, Azorín, Cáceres, Ciudad de Valencia, Felipe Trigo, Río Manzanares, Fray Luis de León, Casino de Mieres y Alarcos Llorach de novela, entre otros. En el 86 fue candidato al Premio Nacional con su novela *Gárgola* editada

por Cátedra. Ha publicado también literatura juvenil con Edelvives, Alfaguara, Algaida, Kalandraka, Anaya, S.M. e Hiperión. Obtuvo, además, los premios Jaén, “Leer es vivir” de Everest, Lazarillo y el del Banco Mundial del Libro de Venezuela. Ha sido Premio de la Crítica Andaluza recientemente por su novela *Las manzanas de Erasmo*, ed. Algaida. Sevilla 2010.

MIGUEL SÁNCHEZ ROBLES. (Caravaca de la Cruz, 1957). Catedrático de Geografía e Historia y escritor. Entre sus obras poéticas publicadas destacan: *Palabras para un tiempo sin respuesta*, *Instrucciones para reiniciar un cerebro*, *Eternidad de los momentos* y *Desecación de la Alegría*. En narrativa ha ganado premios como el “Camilo José Cela”, “La Felguera”, “Ignacio Aldecoa”, “Alberto Lista”, “Fernández Lema”, “Gerard Brenan” y “Julio Cortázar”. Ha publicado la novelas *La tristeza del barro* y *Donde empieza la Nada* (Algaida, 2008). Recientemente ha obtenido el Premio Internacional de novela “Javier Tomeo” de la Universidad “Rey Juan Carlos” de Madrid por la obra *Corazones de cordero*, el I Premio Internacional de poesía “Gabriel Celaya” de la Diputación Foral de Guipuzkoa por *Treinta maneras de mirar la lluvia* y el Premio de Ensayo “Becerro de Bengoa” por *El sentido del mundo*.

JOSEFINA SOLANO MALDONADO. nació en Alhaurín el Grande (Málaga) en 1970, es Licenciada en Filología Clásica y Filología Hispánica, y ha cursado estudios de doctorado en Literaturas Hispánicas en la Universidad de Málaga y actualmente estudia Historia del Arte en la UNED. Se considera una lectora voraz, y escribir

supone para ella una manera de interpretar el mundo, una manera de desmontar la realidad para comprender al ser humano en toda su plenitud. Ha sido galardonada en numerosos certámenes literarios nacionales e internacionales, entre los que podemos citar el Premio Internacional de Narrativa “Clarín” (Asturias), el Premio de Novela “Comarca del Maestrazgo”, el Premio Internacional de Narrativa “Vivir” (Cuenca) o el Internacional de narrativa corta “Ciudad de Torremolinos” (Málaga). Colabora con el Centro Andaluz de las Letras y en diferentes medios de comunicación. Fue la fundadora y directora de la revista literaria cultural *La victoria de Sísifo*. Su obra ha contado con el reconocimiento de escritores tales como, Francisco Ayala, Alejandro López Andrade o Soledad Puértolas. Tiene publicados más de un centenar de cuentos, poemas y algunas novelas cortas entre las que destacamos *Yocaté* y *El pájaro de ceiba*. Su última novela titulada *La memoria de los árboles* ha sido publicada recientemente.

PEDRO UGARTE TAMAYO. (Bilbao, 1963) es autor de una amplia obra narrativa, con títulos como *Los traficantes de palabras*, *Manual para extranjeros*, *La isla de Komodo*, *Los cuerpos de las nadadoras*, *Una ciudad del norte*, *Pactos secretos*, *Materiales para una expedición*, *Casi inocentes*, *Mañana será otro día*, *El mundo de los Cabezas Vacías* y *El país del dinero*. Finalista del Premio Herralde, ha obtenido, entre otros, los premios Euskadi de Literatura, Papeles de Zabalanda, NH de Libros de Relatos, Lengua de Trapo, Julio Camba de Periodismo y, recientemente, el Premio Logroño de Novela.



ÍNDICE

El nuevo	7
Gonzalo Calcedo Juanes	
Un ángel en la vía	19
María de las Nieves Morales Cardoso	
Hace horas que al bebé no se le siente	31
José Manuel Barros Campoy	
La partida	41
Fabián Rubén Dorigo	
El deseo de llevar calcetines rosa	53
Rosa María García Ruiz	
Un mal día	67
Manuel Enrique Mingote Muñiz	
Por la oscuridad morada	83
Antonio M. Herrera	
Las siete vidas del cisne	95
Juan Carlos Muñoz García	

Todo podría empeorar Pilar Navarrete Hernández	113
El plano de Londres Maite Núñez Luque	125
Suite española José A. Ramírez Lozano	137
Las manos ciegas Miguel Sánchez Robles	145
Réquiem por un artista Josefina Solano Maldonado	157
Último día en la playa Pedro Ugarte Tamayo	169
Autores	181



El concurso Hucha de Oro, que convoca la Fundación de las Cajas de Ahorros (FUNCAS), ha alcanzado, un alto grado de prestigio en el mundo literario español e hispanoamericano.

El libro que el lector tiene en sus manos recoge los dos relatos premiados en la XXXVII edición del Concurso Hucha de Oro, junto con los doce finalistas.

ISBN 978-84-89116-93-1



978-84-89116-93-1